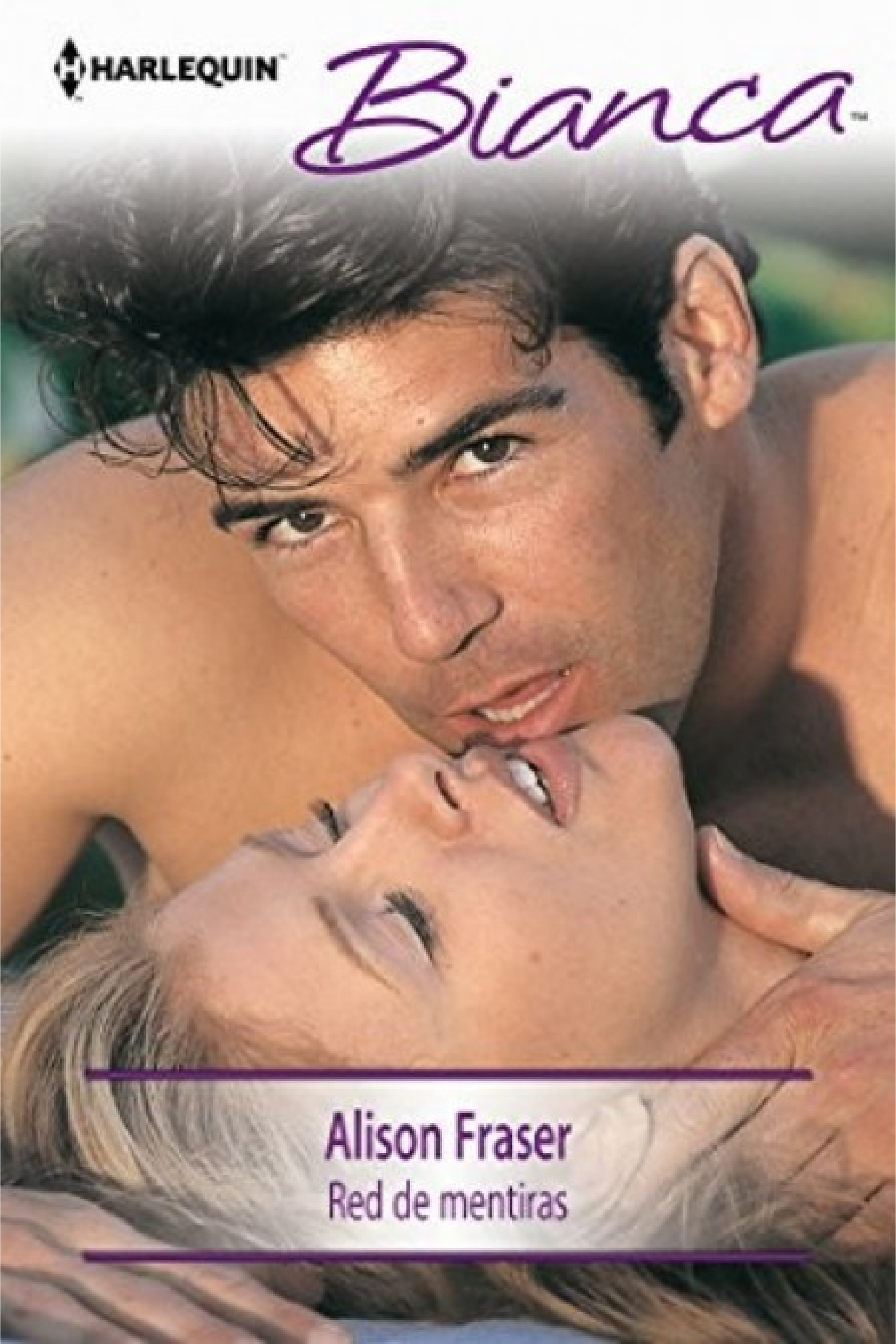

HARLEQUIN
Bianca
Alison Fraser
Red de mentiras

Red de mentiras

Alison Fraser

Red de Mentiras (2001)
Título Original: Her sister’s baby
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1218
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Dray Carlisle y Cass

Argumento:

Cuando Dray Carlisle apareció de improviso, Cass imaginó que había pasado algo grave. Llevaba sin verlo desde que habían roto su breve pero apasionado romance hacía ya tres años.

Sin embargo, Cass no estaba preparada para la noticia que Dray iba a darle: la hermana pequeña de ella, a la que apenas veía, había muerto después de dar a luz una niña. Cass no podía darle la espalda a su sobrina ni a Dray… Y eso significaba que la fuerte atracción que había entre ambos volvería a formar parte de su vida de nuevo.

Capítulo 1

Cass salió de la estación de metro con la cabeza baja. Había anochecido ya y, a pesar de que las calles estaban iluminadas, muy pocas personas caminaban bajo la lluvia veraniega. No llevaba paraguas y la chaqueta de ante se le empapó en seguida, así como el pelo, que le caía en mechones irregulares alrededor de la cara.

Después de haber trabajado todo el fin de semana, estaba demasiado agotada para correr y solo deseaba meterse en la cama.

Cuando giró hacia su calle, no estaba en condiciones de notar nada, ni siquiera aquel elegante coche aparcado, que no pertenecía a nadie del vecindario. Pasó a su lado, buscando la llave en el bolsillo.

El conductor sí que la vio, sin embargo. Llevaba allí más de una hora y no estaba acostumbrado a esperar. La impaciencia le había agudizado sus dotes de observación y salió del coche rápidamente antes de que ella llegara al portal. Corrió tras ella, pensando en que, si no se daba prisa, la muchacha entraría y cerraría la puerta en sus narices.

Cass oyó los pasos que la seguían y sintió el nerviosismo típico de cualquier mujer en la oscuridad. Así que, cuando llegó al portal, ya tenía la llave preparada.

Oyó que los pasos se detenían junto a ella y el nerviosismo hizo que se le cayeran las llaves. Entonces, se dio la vuelta, dispuesta a enfrentarse a la persona que la había puesto en ese estado.

—No tengas miedo, soy yo —le dijo una voz profunda.

Al principio, Cass no reconoció la voz de él, pero en seguida se tranquilizó.

—Drayton Carlisle —añadió él.

Como si fuera necesario que se presentara… ¿Se creía que podía haberse olvidado de él? Eso era un insulto contra su persona.

Habían pasado solo tres años y él había cambiado muy poco. Pelo oscuro, cara angulosa y unos ojos azules tan burlones como siempre. El hombre más atractivo del universo… así era como Pen, la hermana de ella, lo llamaba. Y no era ninguna exageración. Lástima que fuera tan canalla.

—¿Sí? —replicó ella, tratando de imitar su tono arrogante.

El hombre se agachó para alcanzar la llave que ella había dejado

caer.

—¿Puedo entrar?

—¿Tengo otra opción?

—Tengo que darte una noticia acerca de Pen —dijo, devolviéndole la llave.

Se lo había imaginado. El hermano de él, Tom, se había casado con su hermana Pen.

—¿Podemos hablar dentro? —insistió él.

—¿No podemos hacerlo otro día? Estoy cansada.

—No, es urgente —replicó el hombre, a pesar de fijarse en las ojeras de la chica.

—De acuerdo —dijo, abriendo la puerta y dejándolo entrar de mala gana en el vestíbulo—. Pero prefiero que tu visita sea lo más breve posible porque estoy agotada.

—¿Un fin de semana agitado? —preguntó él, haciendo una mueca.

—Algo así.

—Llevo llamándote desde ayer por la mañana.

—Estaba fuera.

—Eso imaginé.

Seguro que él creía que llevaba una vida social intensa, pero lo cierto era que no tenía tanta suerte.

—Estaba trabajando —recalcó ella.

—¿A las seis de la mañana? —replicó él, sin creerla.

Pero era cierto. Cass había estado de guardia y había dormido el viernes y el sábado en el hospital.

—Eso no es asunto tuyo.

—No, posiblemente no. ¿Podemos sentarnos en algún sitio? —contestó él con gesto de disgusto.

Luego, se quitó el abrigo y esperó mientras ella se quitaba la ropa mojada, sin hacer ademán de abrir la puerta del salón.

—No voy a atacarte, ya lo sabes —dijo él con un gesto de impaciencia.

No se le había ocurrido que fuera a hacerlo. Además, él nunca había tenido que atacarla. Más bien había sido algo mutuo.

Sus ojos se encontraron, recordando el pasado. Pero en seguida ambos decidieron enterrar los sentimientos que los habían unido.

Ella, finalmente, agarró el abrigo de él y lo colgó en una percha. Luego, lo condujo al salón.

La estancia tenía un aspecto gastado y viejo, con sus muebles

adquiridos en mercadillos o regalados.

Algunos, incluso, habían sido rescatados de la basura. Él hacía que todo resultara más viejo en contraste con su camisa de seda y su traje impecable.

Iba demasiado elegante para visitarla a ella y eso inquietó a Cass. ¿Le habría pasado algo grave a Pen?

La muchacha se quedó mirando al hombre mientras este se sentaba.

Él la miró con cinismo.

—Si quieres cambiarte primero, no me importa esperar.

—No, estoy bien —contestó ella, quitándose la chaqueta y colocándola sobre el respaldo de la silla—. ¿Quieres tomar algo? —añadió por pura educación.

—Me tomaría un whisky, si tienes.

—Me temo que solo tengo vodka y martini —dijo ella, mirando en el interior de un pequeño mueble.

—Vodka entonces, y creo que tú también deberías ponerte uno.

Eso demostraba que iba a darle malas noticias. ¿Por qué si no iba a ir él a verla?

La mujer obedeció y se puso un poco de vodka con limón. Luego, se sentó frente a él y esperó a que empezara a hablar.

Cass observó al hombre con una sensación de algo ya vivido. Recordó que aquella misma tarde había tenido que decirle a una madre que su hijo se había muerto. Había estado haciendo tiempo, confiando en que la mujer lo adivinara para no tener que decírselo ella.

—Le ha pasado algo a Pen, ¿verdad?

—No sé cómo decirte esto…

—Ha muerto —dijo Cass en voz baja. Luego, lo miró para ver si él decía que no.

El hombre pareció sorprendido y eso la hizo plantearse si habría sido demasiado dramática y exagerada. Entonces, el hombre sacudió la cabeza.

Comenzó a explicarle los detalles, pero Cass apenas le oía. Notaba que estaba a punto de desmayarse y tomó aire profundamente para relajarse. Luego, hizo un gran esfuerzo para concentrarse en las palabras de Drayton.

—Los resultados estarán listos el jueves —concluyó gravemente.

—¿Los resultados? —preguntó Cass, que no se había enterado de qué le estaba hablando.

—De la autopsia.

—No pueden hacer eso —exclamó horrorizada, pensando en Pen.

La guapísima Pen, siempre tan orgullosa de su físico, de su cuerpo de modelo.

—Tienen que hacerlo cuando la muerte es repentina.

Cass no dijo nada. No podía pensar de manera lógica. La primera impresión había dado paso a una sensación de irrealidad.

—Tom dice que seguramente no sabrás lo del bebé —añadió él, aumentando la sensación de irrealidad de la muchacha.

—¿El bebé? —repitió con extrañeza.

Drayton la miró confundido. Se lo acababa de explicar.

—El bebé del que estaba embarazada Pen —le recordó—. Es una niña. Está en cuidados intensivos.

Cass hizo un gesto de incredulidad… ¿Pen estaba otra vez embarazada?

—No lo sabías, ¿verdad?

—¡Estúpida! —exclamó Cass, incapaz de ocultar la rabia.

—Al parecer, ella sospechaba que reaccionarías así.

—Estoy segura de ello —contestó Cass, recordando la última conversación que había tenido con Pen sobre el tema.

Ella la había advertido, pero Pen, por supuesto, no le había hecho caso.

—Ella le dijo a Tom que quizá tú te enfadarías.

Era lógico que así fuera. Vio que Drayton Carlisle la miraba y sospechó que estaba sacando unas conclusiones equivocadas. La verdad la habría redimido, pero, ¿cómo revelarla, cuando Pen había pagado sus mentiras con el mayor castigo?

—¿Cuál ha sido el diagnóstico?

—¿Diagnóstico?

—Del bebé.

—Tiene un buen tamaño, a pesar de haber nacido antes de tiempo, así que son optimistas.

—¿Cómo está Tom?

—Regular. He preparado todo para que el funeral sea el miércoles —le informó Drayton.

Con aquello explicaba el estado en que se encontraba su hermano, que no pudo prepararlo él mismo.

—¿La van a incinerar? —dijo ella.

—No, será un entierro normal… ¿por qué?

—Eso no es lo que ella hubiera querido.

—¿Cómo lo sabes?

Podía haber sido una pregunta inocente, pero Cass sabía que no era así. La pregunta quería decir en realidad: «¿Cómo puedes saberlo si en los últimos años no tenías apenas relación con ella?»

Pero sí que lo sabía. Conocía a su hermana mucho mejor que todos ellos. Había vivido con ella tal como era en realidad, antes de convertirse en aquella mujer que había luchado desesperadamente por entrar a formar parte de la familia Carlisle.

—No podéis enterrarla —repitió Cass—. Ella me lo dejó claro después de la muerte de nuestra madre. Le desagradaba la idea de los cuerpos pudriéndose bajo la tierra.

—Lo hablaré con Tom —dijo él.

—Haz lo que quieras, pero lo que te digo es verdad. Ella quería ser incinerada.

—Si a Tom le parece bien… será un funeral íntimo. Solo los familiares —continuó.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Tampoco eso es lo que le habría gustado a Pen.

—Perdona, pero creo que tú no estás en condiciones de opinar. No se puede decir que estuvierais muy unidas en los últimos tiempos.

¿Eso era un hecho o una acusación? Cass lo miró con dureza. No tenía por qué darle explicaciones de su complicada relación con Pen.

—Posiblemente no, pero resulta que sé lo que opinaba de los funerales. En el de nuestra madre le dio mucha pena que fueran solo un pequeño grupo de personas y juró que el de ella sería multitudinario. Solo tenía quince años por aquel entonces… —Cass tragó saliva, decidida a no demostrar sus sentimientos ante aquel hombre—, pero imagino que seguía opinando lo mismo. A menos que se hubiera vuelto tímida, cosa que no creo.

—En eso llevas razón, pero he preparado así el funeral pensando en Tom.

—Y yo estoy pensando en mi hermana —replicó Cass.

Ambos se miraron de manera hostil.

—Pero yo soy el que lo va a pagar.

—Eres ruin, Carlisle.

—Y tú eres la mujer más dura que he conocido en mi vida.

Eso sí que hacía daño. A ninguna mujer le gustaba que le dijeran

que era dura. A Cass, sin embargo, no le importaba ocultar sus sentimientos.

—Eres muy amable.

—No era un cumplido.

—Lo sé.

Se miraron de nuevo. Al principio, con rabia; luego, intrigados, preguntándose cuál de los dos iba a apartar antes la mirada.

Pero Cass fue la primera.

—Y ahora, será mejor que te vayas —dijo.

Se levantó bruscamente y él la siguió. En el vestíbulo, se volvieron casi a la vez y estuvieron a punto de chocarse al alcanzar el abrigo. El primero en recuperarse fue Drayton, que puso una mano sobre al brazo de Cass.

Eso fue todo. Pero el roce la quemó y se apartó bruscamente.

—No iba a hacerte daño.

—No me preocupa eso —replicó Cass, enfadada consigo misma por haber demostrado esa falta de seguridad.

Quizá Pen había llevado razón al decirle que se estaba convirtiendo en una solterona amargada.

—No, claro. Tu hermana siempre decía que nada podía asustarte y que tampoco te preocupabas nunca por nada ni nadie.

Cass podía oír las palabras de su hermana. Cerró los ojos, pero continuó oyéndolas. No eran ciertas. ¿Cómo era posible que su hermana no supiera lo mucho que la quería?

Drayton Carlisle la observó en silencio. Finalmente, vio el dolor reflejado en su rostro. Era lo que quería. Quería ver que la chica con la que él había pasado un breve periodo de su vida, la chica que podía reír, sentir y amar, había sido real. Pero aun así, no pudo evitar apartar en seguida la vista.

—Lo siento, no debería haber dicho eso —al decirlo, hizo un gesto con la mano—, ni siquiera es…

—¡No importa! —exclamó Cass.

Las palabras que él había repetido eran indudablemente de Pen y Cass sintió un gran dolor al oír el eco de su voz.

Las lágrimas pugnaron por salir de sus ojos y se aferraron a su garganta como si finalmente pudieran echar abajo las barreras que ella había construido durante años. Pen estaba muerta y no solo ausente por una temporada. No volvería a ver a su hermana, que solía reaparecer en su vida de vez en cuando con su personalidad unas veces vibrante y encantadora; otras, imprudente y cariñosa; y

otras, esas solo delante de ella, muy frágil.

—Tengo que… —no pudo terminar la frase.

Drayton le volvió a tocar el brazo.

—Escúchame, Cass. Estaba mintiendo —se disculpó.

—No importa —repitió ella—. Yo… yo… —cerró los ojos, pero no pudo ocultar por más tiempo las lágrimas.

—Maldita sea —exclamó Drayton, que no podía dejar de mirarla.

Cass intentó ser fuerte. Extendió las manos y empujó a Drayton por los hombros. Luego, al no poder contener el llanto, comenzó a golpearlo. Él se dejó. Aceptó ser el objeto sobre el que ella pudiera descargar su rabia, pero Cass no parecía tener la energía suficiente. Le dio otro golpe más y después se puso a llorar desconsoladamente.

Lloró mucho rato, con la cabeza enterrada en el hombro de él y las manos agarradas a su chaqueta. Él la rodeó con sus brazos como si fuera algo tan natural como respirar.

Pero cuando se acabaron las lágrimas y Cass se tranquilizó un poco, le resultó extraño seguir abrazada a él.

Más extraño, quizá, porque no era el primer abrazo entre ellos.

—Ya estoy bien —aseguró, levantando la cabeza.

—Bien —contestó él, mirándola.

—Por favor, vete. Tengo que hacer algunas llamadas. Se lo tengo que decir a algunas personas —dijo, bajando la cabeza de nuevo.

—Yo puedo hacerlo por ti —se ofreció él.

—¡No! Gracias.

—De acuerdo. Y de verdad que lo siento mucho —repitió él.

—En serio, estoy bien. Pen dice… decía cosas peores. Solo que me ha recordado a ella, eso es todo… En cuanto al funeral…

—Si Tom acepta, llamaremos a todo el mundo.

—Tienes razón, claro. Es cosa de él. Pero lo que iba a decir es que yo no puedo ir.

—¿Qué?

—Que no puedo ir —repitió mientras la mano de él la soltaba finalmente.

Cass no podría soportar el ver cómo enterraban a su hermana. Sería demasiado duro, aunque las cosas entre ellas no hubieran ido muy bien en los últimos tiempos.

—Tengo que trabajar toda la semana —comentó como disculpa.

Drayton la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Estoy seguro de que el supermercado puede prescindir de ti un día.

Cass se quedó mirando a Drayton sin decir nada. Era evidente que Pen no le había hablado de su cambio de profesión. ¿Por qué?

—Es verdad. Pero no iré de todos modos.

Drayton la miró anonadado. Le era difícil conciliar a esa Cass Barker con la que había estado llorando en sus brazos pocos minutos antes.

—No te entiendo. Aunque la verdad es que nunca te entendí.

—¿Lo intentaste?

Se le escapó sin pensar. Oyó la amargura en su voz y se asustó de lo que esta podía revelar.

Se dio la vuelta y abrió la puerta, sosteniéndola para que él se fuera.

Él entendió el significado de su gesto, así que se puso el abrigo y salió.

—No hemos resuelto todavía esto. Te llamaré mañana.

Cass se encogió de hombros como si no le importara. Al día siguiente, estaría preparada para luchar. Pero esa noche solo quería que él se fuera antes de que ella se derrumbara.

Drayton la miró unos segundos, buscando sus ojos azules. Luego, se fue. Afortunadamente.

Cass cerró la puerta y se apoyó contra ella sin energía.

Otra muerte a la que enfrentarse. Era ya algo familiar para ella. Padre, madre y hermana. Era difícil no tomarlo como algo personal. ¿Por qué yo? ¿Por qué nosotros? ¿Por qué Pen?

Volvió al salón y sacó de la estantería el álbum de familia. Allí había recuerdos de su vida antes de la muerte de su padre, cuando ella contaba quince años y Pen nueve. Eran fotos de tiempos felices, vacaciones alegres y fiestas de cumpleaños…

Aquellas fotos siempre la ponían triste. Volvió unas cuantas hojas para ver las fotos de Pen. Una niña rubia con cara de ángel, que sonreía a las cámaras y hacía gestos. Su llanto, en ese momento, era por todos. Por su querida hermana pequeña; por su padre, fuerte e inteligente; y por su encantadora madre, que siempre estaba riendo. Incluso por ella, por la niña juguetona y sin problemas que había sido un día.

La culpa llegó un poco después, y con ella, aquella pregunta conocida. ¿Qué debería haber hecho? Parecía como si siempre lo hubiera hecho todo mal.

Había ido a la universidad a estudiar Medicina, imaginando que un día podría ofrecer a su madre una vida mejor. Cuando su madre había muerto en un accidente de coche, ¡cómo deseó ella no haberse ido nunca!

La única cosa que la había salvado en aquel momento había sido su hermana. En aquellos días, se había aferrado a Pen y la había consolado. Habían estado tan unidas, que parecía que jamás iban a separarse.

La realidad, sin embargo, había llegado la tarde en que habían enterrado a su madre. Había llegado en la forma de un hombre de una edad más cercana a la suya que a la de Pen. Cass había reparado en el pendiente, el tatuaje y sus modales arrogantes. Luego, había permanecido atónita mientras Pen se había dado media vuelta y había desaparecido con ese hombre antes de que ella pudiera hacer nada. Parecía que Pen, sin ella a su lado, había madurado muy rápidamente… demasiado rápidamente.

Cuando Pen finalmente había aparecido a las dos de la madrugada, Cass ya había tomado la decisión. No abandonaría a Pen en manos de futuros novios que no la llevarían a ningún lado.

Por eso había llevado todo lo que quedaba de su familia a su pequeño apartamento de Londres. Pen había protestado mucho al principio, pero había comenzado a hacer poco a poco amigos en el nuevo colegio y había dejado de quejarse. Ya no echaba tanto de menos a su amigo. Ella, finalmente, había respirado aliviada.

Pero aquel alivio le duró poco. Dos meses escasos. Luego, Pen empezó a salir por la noche y ella no sabía cómo controlarla.

Habían pasado muchos años y Cass seguía buscando la respuesta adecuada. Sentía que, si la hubiera encontrado, Pen seguiría viva.

Capítulo 2

El trabajo fue una salvación para Cass. Se había quedado dormida de madrugada y su busca la despertó a las siete. Era un aviso del hospital. ¿Podría sustituir a uno de sus compañeros? Cass contestó en seguida que sí. Cualquier cosa antes que pasarse el día llorando por su hermana.

No dijo nada a nadie y nadie habría imaginado que la respetada doctora Barker se había quedado dormida llorando. Revisó heridas, palpó estómagos y auscultó corazones con su habitual eficacia.

Por supuesto, la pena no se marchó. Simplemente, la dejó a un lado mientras trabajaba en la unidad de urgencias y trataba de suavizar la tristeza de los demás, pero esta volvió cuando llegó a casa.

Consiguió llamar por teléfono a su tía abuela y al primo de su madre, los únicos parientes que le quedaban. Las palabras bien intencionadas de su primo la sobrecogieron. Cuando el teléfono sonó poco después, no contestó. No quería hablar con nadie, deshecha en un mar de lágrimas, como estaba.

Fue mucho más tarde cuando recordó las llamadas y accionó el contestador automático para comprobar quién había llamado. Había tres mensajes. Habían sido dejados durante todo el día y cada uno era más impaciente que el anterior. Todos eran de Drayton Carlisle para hablarle del funeral.

Era evidente que había perdido toda compasión por ella, se dijo Cass, sin darle la menor importancia. No necesitaba su cariño. Él jamás había comprendido la relación que tenía con su hermana Pen. No sabía nada del pasado que las había unido a pesar de que luego se hubieran separado.

Algunas veces, los secretos provocaban eso en las familias. Pen había querido esconder el suyo donde nadie pudiera descubrirlo. El problema era que Cass lo había descubierto. Cass lo conocía y había vivido con él, la había ayudado a guardarlo a pesar de que Pen nunca había estado segura de ello. Seguramente, porque su hermana no era capaz de mantener los secretos de otras personas. Había imaginado que Cass sería igual y había vivido siempre con miedo. Por eso no había querido verla demasiado. Había querido mantenerla alejada de la familia Carlisle y de su nueva vida.

Cass lo había aceptado porque se sentía parcialmente responsable del pasado de su hermana. Si hubiera controlado mejor a Pen, ella no se hubiera que dado embarazada a los dieciséis años ni hubieran transcurrido cinco meses sin darse cuenta de su estado. Cass había disimulado su horror al enterarse y la había consolado en vez de recriminarla, hasta que Pen se había resignado y aceptado al bebé. Habían hablado durante horas de nombres y del precio excesivo de la ropa infantil.

Sin embargo, el niño no había llegado a vivir. Había intentado salir al mundo en la casa donde vivían, había luchado por respirar y Cass había fracasado en su intento por insuflar vida en su pequeño y perfecto cuerpo. Pen se había quedado vacía y destrozada.

Cass había dejado a un lado su vocación y sus estudios para concentrarse en ayudar a Pen a pasar aquella época dura. Por un tiempo, pareció que su hermana se quedaría rota, destrozada e incapaz de superar su pena, pero finalmente lo logró y se convirtió en una persona más fuerte.

Decidió convertirse en modelo. Cass había pagado alegremente las fotos para un dossier… habría hecho cualquier cosa por no ver a su hermana deprimida en un rincón. Ella había vendido sus libros de textos y el material médico, creyendo que no volvería a estudiar. Cuando Pen consiguió trabajo en una agencia de modelo, pensó que aquel dinero había sido bien empleado.

Pero su sueño de llegar a ser una supermodelo no se había hecho realidad. Pen no era lo suficientemente alta para la pasarela y era demasiado delgada para tener cierto glamour. Solo consiguió unos cuantos contratos, la mayoría en marcas de ropa joven y luego trabajo como presentadora en algunos espectáculos.

Había sido en aquel momento cuando había conocido a la familia Carlisle. Y casi desde el primer día, su objetivo principal había sido casarse por dinero con uno de los dos hermanos. Al principio, hablaba de Drayton Carlisle, hasta que decidió que era demasiado mayor para ella y depositó su cariño en el hermano más joven, Tom.

Cass no había contrariado a su hermana. No imaginaba que fuera a tener éxito. Su hermana tenía solo diecisiete años y, a pesar de la experiencia sufrida, seguía siendo inocente con los hombres.

Thomson Carlisle era mayor que Pen, pero bastante inmaduro. Había tenido una infancia privilegiada, pero destrozada por la pérdida de sus padres. Era dulce, aunque un poco débil.

¿Había amado Pen a Tom? Cass nunca estuvo segura de ello. Pen había aparecido un día con una sonrisa triunfante y un anillo de diamantes, hablando vagamente de Tom. Este tenía unos veintidós o veintitrés años, quizá veinticuatro, tenía un piso en South Kensington y su familia tenía un negocio de ingeniería. Había hablado más específicamente del Mercedes deportivo que conducía y de las doscientas cincuenta mil libras anuales en que consistía su herencia.

Cass recordó entonces que al primero que había conocido no había sido a Tom, sino a Drayton Carlisle. Él había aparecido una noche en su puerta inmaculadamente vestido, educado e irresistiblemente atractivo. Cass había sentido un hormigueo en el estómago antes de recuperar su habitual comportamiento frío y distante.

Estaba de mal humor aquella noche y la visita imprevista lo empeoró. Había estado todo el día limpiando la casa y pensando en su hermana, que no había pasado allí la noche. Tenía que estar diez minutos después en el supermercado donde trabajaba después de haber dejado los estudios.

—¿Sí?

—No estoy seguro de si tengo la dirección correcta. Estoy buscando a una familia llamada Barker.

—Sí, aquí es.

—¿Es usted la hermana de Penelope? —preguntó él después de observar detenidamente su rostro.

El hombre pareció sorprendido. Posiblemente había esperado ver a una mujer rubia y vestida con minifalda, como solía ir Pen.

—¿Eres Tom? —dijo ella, también sorprendida, al ver que aquel hombre parecía mayor para su hermana.

—No, será mejor que me presente. Soy Drayton Carlisle, el hermano de Tom. Y tú eres…

Una persona sorprendida, estuvo a punto de decir ella. No había conocido todavía a Tom y allí estaba su hermano mayor.

—Cass —replicó con brusquedad.

—¿Cass? Ese es el diminutivo de…

—Castleford —replicó ella con ironía.

—¿Castleford?

—Una ciudad del norte —dijo, exagerando el acento de Yorkshire.

Drayton entornó los ojos. ¿No se daba cuenta de que le estaba

tomando el pelo?

—¡Qué nombre tan extraño!

—¿Y Drayton no lo es? —contestó ella sin poderlo remediar.

—Es un nombre de familia. Mi madre era de la familia Drayton.

—¿De verdad? —replicó, fingiendo sorpresa—. ¿De los Drayton?

Por supuesto, se había pasado. Le había hablado como si fuera un estúpido elitista cuando no lo conocía en realidad.

Él la miró fijamente durante unos segundos. La examinó detalladamente con sus ojos azules, fríos e inteligentes.

—Me imagino que eso es humor norteño —concluyó finalmente —. ¿Está Penelope?

—No, lo siento. ¿Quieres que le diga algo?

—¿Crees que volverá pronto? —insistió él.

¿Cómo contestar a eso? Pen iba y venía. Hacía mucho tiempo que Cass había perdido por completo el control sobre ella.

Y así lo confirmó, encogiéndose de hombros.

—En ese caso, quizá podríamos hablar un momento nosotros —sugirió él con un matiz de dureza tras la educación.

La cuestión era que su hermano iba a casarse con una don nadie que había conocido tan solo hacía unos días. Incluso Cass podía darse cuenta de que era lógico que la familia no estuviera loca de alegría.

—No quiero resultar grosera, pero, ¿no podemos vernos otro día? Tengo que entrar a trabajar dentro de diez minutos.

—¿Trabajas cerca? —preguntó él mientras ella cerraba la puerta con llave.

—A una milla más o menos.

—Te llevaré en mi coche.

Cass estuvo tentada de aceptar, pero se lo pensó mejor.

—No te preocupes. No importa que llegue un poco tarde. No quiero causarte molestias.

—No es una molestia —dijo él, siguiéndola por la acera y sacando el llavero con control remoto para dirigirlo hacia la fila de coches aparcados.

Ella vio que se iluminaban brevemente los faros de un coche, pero no se fijó detenidamente en el coche hasta que llegaron a su altura.

Mantuvo la expresión impasible. Pen quizá se dejara impresionar por los coches caros, pero ella no.

El hombre le abrió la puerta y esperó para ver si aceptaba o no

su ofrecimiento. Tenía aspecto de persona normal y no de alguien que pudiera convertirse en un psicópata. Por otra parte, tampoco parecía que pudieran gustarle las chicas pobres vestidas con una bata de supermercado.

Así que se subió y le dio instrucciones para llegar al supermercado. Había atasco.

—Me preguntaba… ¿qué opinas de la relación que mantienen tu hermana y Tom?

—En realidad no puedo hablar mucho. No conozco a tu hermano.

—Entonces, tendrás alguna duda. Tu hermana tiene solo… diecisiete años, si no me equivoco. Un poco joven para casarse así, tan repentinamente, ¿no crees?

Cass pensaba que era cierto, pero no quería darle la razón… especialmente, cuando sabía que Tom no era el único miembro de la familia Carlisle con el que su hermana había salido.

—Sin embargo, parece que no es demasiado joven como para salir con hombres que pasan la treintena —señaló.

—¿Te refieres a mí? —preguntó él, entornando los ojos.

—¿A quién si no?

—Solo fue una vez.

—Entonces, está bien —contestó Cass con ironía.

—No, no está bien —dijo él, molesto—, y no quedé con ella. Teníamos un acto publicitario de la empresa en Earls Court y luego una cena. No sé ni cómo acabé con tu hermana. Cuando descubrí su edad, sin mencionar su inmadurez, la envié a casa en un coche sin que pasara nada.

Cass se volvió, descubriendo, por la tirantez de su boca, que estaba hablando completamente en serio.

Extrañamente, se sintió aliviada, a pesar de no estar muy segura de por qué. Aunque Pen no se hubiera acostado con él, seguro que habría habido otras.

—Tendré que creerte.

—Hazlo. Y sigo pensando que es muy joven para casarse.

—¿De verdad? Eres muy amable al preocuparte por ella.

Él apartó la mirada de la carretera y miró a Cass para comprobar si el comentario era tan ingenuo como parecía. Al ver sus labios curvados, decidió que no era así.

—Bueno, es cierto que lo que estoy defendiendo son los intereses de mi hermano.

—Y supongo que también su dinero.

—O sea que sabes lo de la herencia.

Ella lamentó haberse delatado.

—Bueno —comentó, encogiéndose de hombros—, normalmente todos los millonarios tenéis alguna herencia, ¿no? Y ahora gira a la izquierda —añadió, aliviada, al darse cuenta de que habían llegado.

Él metió el coche en el aparcamiento del supermercado y Cass se bajó en cuanto el vehículo se detuvo.

—Gracias —le dijo, dándose la vuelta para marcharse.

Pero él no se iba a despedir de ella tan fácilmente y la siguió, deteniéndola antes de que entrara en el edificio.

—Llego tarde —protestó ella.

—¡Qué pena! Y respecto a lo de la herencia, eso convierte a mi hermano en un buen partido, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas.

—¿Y cómo puedes saber tú lo que pienso?

Él se quedó mirándola fijamente.

—Está bien, tienes razón, no puedo saberlo. Pero, ¿podrías informarme tú de qué piensas de todo esto?

Ella sabía que no podía decir la verdad si no quería traicionar a su hermana.

—¿Cuántos años tiene tu hermano?

—Veinticinco.

—Así que me imagino que, al igual que mi hermana, puede hacer lo que le venga en gana.

—No necesariamente, ya que yo soy el que le administra su herencia.

Cass se preguntó si lo sabría su hermana. Luego, se fijó en la frialdad que transmitían lo ojos azules de Drayton y se dio cuenta de cuáles eran sus propósitos.

—Ya entiendo, lo que pretendes es que yo le cuente a Pen que Tom no tiene acceso a esa herencia. De esa manera, tú piensas que ella se buscará a otro, ¿verdad?

Ella lo miró fijamente con sus ojos verdes y él soltó una carcajada seca.

—¿No te han dicho nunca que eres demasiado lista?

—Sí, pero no dejo que eso me moleste. Los hombres inseguros nunca fueron mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo?

—¿Por qué lo preguntas?

—Me gustaría saber si hay un hombre en tu vida.

—Varios —dijo ella—, de hecho, están haciendo cola por mí.

Él se fijó en que ella estaba mirando la gente que hacía cola en las cajas registradoras y se echó a reír.

—Bueno, creo que será mejor que te deje. ¿A qué hora acabas?

—A las ocho, ¿por qué?

—Me gustaría invitarte a tomar algo —respondió él con una sonrisa que Cass estaba segura que habría conquistado a muchas mujeres.

—No puedo —respondió ella, que después del supermercado, tenía que trabajar en el Happy Hamburger.

—Bueno, pues en otra ocasión será.

Cass pensó que solo eran palabras, pero cuando sus ojos se encontraron, comunicándose sin palabras, se dio cuenta de que hablaba en serio. Él parecía dispuesto a encargarse de que hubiera otra ocasión.

Cass le contó a Pen lo que Drayton Carlisle le había dicho, pero Pen estaba segura de que sus objeciones se debían a que Drayton estaba celoso.

Pen no solo pensaba que él seguía interesado por ella, sino que, además, parecía excitarla la idea. Cass trató de convencerla de que no era así, argumentando que un hombre como Drayton necesitaba a su lado a una mujer inteligente, atractiva y madura. Pero solo consiguió que Pen también la acusara de estar celosa debido a que él nunca se fijaría en ella.

Normalmente, Cass no entraba en ese tipo de discusiones con su hermana, pero en esa ocasión le dijo que no solo se había fijado en ella, sino que también le había pedido que salieran juntos un día.

Pen se quedó mirando fijamente a su hermana como si fuera una desconocida y, a continuación, soltó una carcajada y le aseguró que Drayton se había burlado de ella.

Pero en seguida se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y se disculpó. Le aseguró que su comentario no se había referido a ella, sino a Drayton Carlisle, que tenía muy mala reputación con las mujeres Le aseguró, además, que no quería que ella se convirtiera en una de sus víctimas. Pareció tan sincera, que Cass la creyó e hicieron las paces.

Cuando Pen se casó con Tom, perdieron el contacto. Se encontraban de vez en cuando por Londres y Pen, en esas ocasiones, casi siempre estaba de compras, de manera que Cass tenía que fingir que estaba entusiasmada con el nuevo bolso o los nuevos zapatos que se había comprado su hermana.

Por aquel entonces, Cass había vuelto a estudiar y tenía un montón de deudas a pesar de que trabajaba por las noches en una pizzería. Por supuesto, podría haberle pedido dinero a Pen. De hecho, su hermana se lo había ofrecido en un par de ocasiones, pero ella no había aceptado. Cass no lo veía como el dinero de su hermana, sino como el dinero de los Carlisle y no quería que Drayton pudiera enterarse de que lo había aceptado.

En ese momento, el teléfono la hizo volver a la realidad. Suponía que era Dray y se sentía con fuerzas para hablar con él. No había nada como recordar el pasado para fortalecer el ánimo.

—Soy Drayton —dijo él.

—Ya.

—El funeral va a ser el jueves. Tom ha confirmado que tu hermana hubiera preferido ser incinerada.

—Muy bien —contestó ella fríamente.

—¿Irás?

—Sí.

—Bien.

—¿Qué tal está Tom?

—Está muy turbado —admitió él después de quedarse pensativo por unos instantes—. Y tiene muchas ganas de verte. Si pudieras quedarte después del funeral, te… te estaría muy agradecido.

Cass frunció el ceño. Le extrañaba tanta educación.

—Lo siento, esa noche tengo guardia.

—Entiendo, ya me ha dicho Tom que trabajas en un hospital como celadora.

«¿Como celadora?». Cass pensó que debía haber sido Pen quien les había dicho eso.

—Sí, más o menos —contestó ella sin querer dar más explicaciones.

—¿En qué hospital trabajas?

—¿Por qué lo preguntas?

—Para llevarte al trabajo después del funeral. Así podrás quedarte a hablar un rato con Tom.

Cass volvió a fruncir el ceño. Si Tom tenía tantas ganas de

hablar con ella, ¿por qué no la llamaba?

—No sé, no estoy segura de que me dé tiempo.

—No creo que nadie te critique porque te retrases un poco el día del funeral de tu hermana.

Eso sería si hubiera hablado de ella a alguien en el trabajo o si tuviera pensado hacerlo, cosa que no era así.

—Pues te equivocas —replicó ella—. Mi jefe no admitiría que me retrasara por ningún motivo. Y mi contrato está llegando a su fin…

—¿Tu contrato…?

—Sí, mi contrato como doctora —dijo ella con orgullo.

—¿Ah, sí? No me digas —evidentemente él creía que se trataba de un sarcasmo—. Bueno, en cualquier caso, yo me ocuparé de que llegues a tiempo. Y puedo enviar un coche a que te recoja por la mañana.

—No es necesario. Ya te he dicho que iré.

—No lo estaba poniendo en duda. Solo pretendía ser amable y evitarte las molestias de tener que ir en transporte público.

—Gracias, pero puedo ir perfectamente en el tren, que es lo que suelo hacer. Además, aunque tú no lo sepas, hay muchas personas que tienen que viajar en transporte público.

—¿De verdad? —fingió sorprenderse—. No lo sabía. Bueno, ¿me dejarás al menos ir a recogerte a la estación?

—¿Estás seguro de que aguantarás el esfuerzo de ser amable conmigo, Dray?

—Pues la verdad es que sí, Cassie. Y por cierto, ¿no te parece que estaría bien que dejáramos de simular que somos dos desconocidos?

«Cassie». Esa forma de llamarla le recordó el único momento de sus vidas en el que habían intimado. Seguramente, él la había llamado así al oír que ella, sin darse cuenta, le había llamado Dray, pero aun así no pudo evitar sonrojarse. Resultaba patético que a sus veintiséis años se comportara como una colegiala.

Luego, se dio cuenta de que al menos él no podía ver su sonrojo. Solo podía oír su voz.

—¿Quién está simulando nada? —Replicó ella con frialdad—. Te aseguro que sigues siendo un desconocido para mí, a pesar de que nos acostáramos juntos.

—No te preocupes por eso. Tú y tu hermana arruinasteis cualquier posibilidad de que intimáramos más.

Lo cierto era que, a pesar de los consejos de su hermana, ella había llegado a hacerse ilusiones.

—Además, supongo que incluso debería sentirme halagado por el hecho de que te acuerdes de los nuestro. Porque me imagino que tu lista de amantes será bastante larga.

«¿Larga?». Solo se había acostado con otro hombre después de hacerlo con él. Se había tratado de un estudiante de medicina y su relación había sido un desastre. Pero no quería que él supiera la verdad.

—Sí, la verdad es que tengo un verdadero récord. Y tú estás en mi lista por la D… de decepcionante.

Él se echó a reír.

—¿Estás segura de que no será en la D de devastador? —sugirió él con su habitual arrogancia.

Ella volvió a sonrojarse mientras recordaba la imagen de sus dos cuerpos abrazados.

—Bueno, creo que ya está bien de recuerdos. Será mejor que volvamos a lo que nos interesa ahora, que no es otra cosa que el entierro de mi hermana.

—Por supuesto. ¿Por qué no me llamas luego para informarme de los horarios de los trenes? Así podré enviarte un coche a la estación. Por cierto, mañana voy a encargar las coronas para el entierro, ¿quieres que pida una para ti?

—No, ya me encargaré yo de eso.

—Muy bien. ¿Y quieres que suene alguna canción en especial durante la ceremonia? —añadió él con sorprendente generosidad.

—No se me ocurre ninguna en especial.

—Bueno, entonces elegiré un par de himnos tradicionales.

—Puedes preguntarle a Tom si a él se le ocurre alguna canción que a ella le hubiera gustado.

—En lo único en lo que piensa Tom en estos momentos es en el bebé —replicó él tras una breve pausa.

«El bebé. Su sobrina». Cass podría haber preguntado qué tal estaba la niña. De hecho, habría sido lo normal. Pero prefería no hacerlo. Cuanto menos supiera del bebé, mejor.

—Ya la han sacado de la incubadora —dijo él al darse cuenta de que ella no iba a preguntarle—. Parece que de momento está bien.

—Muy bien —dijo ella en un tono frío.

—¿Te gustaría verla?

—No creo que dé tiempo.

—Sí, me había olvidado de que Pen solía decir que no te gustaban los niños.

Cass frunció el ceño. ¿Por qué habría dicho eso Pen? No era cierto en absoluto.

—Tampoco creo que te gusten mucho a ti —replicó ella, dándose cuenta de que la conversación estaba volviendo a hacerse demasiado personal—. Bueno, y ahora, si no quieres decirme nada más, está sonando mi busca… Tengo que dejarte.

—¿Tu busca? —preguntó extrañado, sin poder imaginarse para qué necesitaría ella algo semejante.

Cass alcanzó el busca, que llevaba colgado del cinturón, y activó el pitido para que él pudiera escucharlo.

—Sí, mi busca —le dijo—. Adiós.

Cass colgó el auricular, pero luego volvió a descolgarlo. Si él volvía a llamar, se encontraría con que estaba comunicando. Así justificaría su mentira.

Una mentira más, se dijo, recordando cuando había tenido que ocultarle a Tom que Pen había tenido un bebé. No se lo había dicho porque su hermana le había asegurado que, si Tom se enteraba, no se casaría con ella. Así que, creyendo que Pen estaba realmente enamorada, ocultó la verdad.

Luego, dejó de estar tan segura de que su hermana estuviera enamorada.

Se acordó entonces de la noche anterior a la boda. Cass y Pen habían dormido en la habitación de un hotel de lujo por cortesía de los Carlisle. Al principio, Pen se mostró muy feliz, pero luego tuvo una crisis, ya que no estaba muy segura de amar a Tom. Él se había portado muy bien con ella, pero, ¿sería aquello suficiente?

Cass había sufrido una gran sorpresa al escuchar aquello.

—No, no es suficiente —le había contestado a Pen.

Pero eso no había sido lo que su hermana había querido oír.

—¿Cómo lo sabes? Tú nunca has estado en esta situación. Nadie te ha pedido matrimonio.

—No voy a discutir contigo, Pen —había respondido ella, que estaba acostumbrada a los enfados de su hermana—. Pero te aseguro que yo no me casaría con un hombre al que no amo.

—¿Y quién dice que no lo ame? Ya me imaginaba que no querrías que me casara.

—Eso no es verdad —se había defendido Cass—. Solo quiero que seas feliz.

El tono de Cass había sido tan dulce, que Pen se había mostrado avergonzada por un momento.

—Ya lo sé. Perdóname por lo que he dicho. Y te aseguro que amo a Tom. Solo que a veces, al verlo al lado de Dray, me parece demasiado blando.

—Oh, Pen, ¿no estarás pensando en conquistar a su hermano mayor?

—Por supuesto que no —había respondido ella después de pensárselo durante un rato. Lo cierto era que la respuesta no había sonado demasiado convincente—. Pero al principio sé que yo le gustaba. Si no le hubiera dicho que tenía dieciséis años…

—Pero si por aquel entonces debías de haber cumplido ya los diecisiete…

—Sí, pero sabía que a la mayoría de los hombres les gustan las jovencitas. Sin embargo, a él no. Después de decirle aquello me dijo que volviera cuando hubiera cumplido los veintiuno. Luego, me dio un beso en la frente y me metió en un taxi para que volviera a casa.

—¡Qué hombre tan horrible! —había dicho Cass, aunque había pensado para ella que Dray había hecho lo correcto.

—Sí, y es muy aburrido. Solo piensa en el trabajo. Pero es tan sexy…

Eso Cass no se lo había podido discutir. Dray Carlisle era definitivamente un hombre muy sexy. Sin embargo, no estaba bien que Pen lo pensara cuando iba a casarse con su hermano al día siguiente.

Pen, por lo que dijo a continuación, debió darse cuenta de lo que estaba pensando su hermana.

—Pero no te preocupes, muchos otros hombres me parecen muy sexys. No pienso acercarme a él.

—Pero esos otros hombres no van a ser tus vecinos.

—¿Y qué? Será él el que se arrepienta al descubrir lo que se ha perdido.

—Así que entonces habrá boda.

—Por supuesto, debería estar loca para rechazarlo con todo el dinero que tiene.

—¡Pen!

Pero su hermana sonrió y se metió en la cama.

Al día siguiente, Pen se levantó descansada y radiante. Varias primas de Tom y Kelly, la mejor amiga de su hermana, hicieron de damas de honor.

Cass lo había rechazado y había contemplado la ceremonia desde uno de los primeros bancos de la iglesia medieval. Se había sentido muy orgullosa por lo guapa que estaba su querida Pen.

Incluso Dray, que hizo de padrino, parecía contento durante la boda. Al terminar la misma, abrazó a su hermano y a Pen con una sonrisa.

Cass se alegró de que los Carlisle aceptaran a Pen en la familia, aunque por otra parte se sintió triste, al darse cuenta de que su hermana iba a embarcarse en una nueva vida. Era posible que quisiera romper todos los lazos que la ataban a su pasado.

Luego, Cass vio acercarse a Dray entre la multitud.

—He estado buscándote por todas partes —le dijo sin más preámbulos.

Considerando que no habían hablado desde el día en que se habían conocido, no era el saludo más adecuado. ¿Por qué entonces volvería a sentir ella aquella fuerte atracción?

—También yo me alegro de volver a verte —contestó.

—Ven —dijo él después de hacer un gesto de sorpresa ante su sarcasmo.

—¿Dónde?

—Van a hacemos fotos. ¿O no quieres verte incluida en el recuerdo de este día tan feliz? —preguntó al ver la falta de entusiasmo de ella—. Solo serán un par de fotografías —le aseguró.

Llegaron hasta donde estaban la novia y el novio, posando al lado de un árbol en flor.

Pen estaba encantada y flirteaba con la cámara de un modo atrevido.

—Parece que tu timidez no es algo genético —añadió Drayton en voz baja.

—Pen está disfrutando mucho. Es normal en el día de su boda. ¿Qué hay de malo en ello?

—Nada, me imagino. Era solo un comentario sobre lo diferentes que sois.

—Si yo fuera tan guapa, sentiría la tentación de ser un poco exhibicionista.

Dray Carlisle podría haber entendido por ese comentario que sentía envidia de su hermana, pero era demasiado astuto para ello.

—¿Tú crees? —preguntó, estudiándola detalladamente—. Yo no estoy de acuerdo. Tu belleza puede que no sea tan evidente como la de tu hermana, pero para muchos hombres serías la más guapa.

Sospecho que lo sabes, pero no le das importancia.

Y en parte llevaba razón. Cass no tenía interés en ser valorada por su físico. Pero aun así, el comentario de él la puso a la defensiva.

—¿Y has deducido todo eso a partir de una conversación de dos minutos?

—Bueno, Pen nos ha hablado de ti.

—¿Ah, sí? —replicó, imaginando la impresión que debía haberles dado su hermana de ella.

Estricta, mojigata, reprimida…

Pero no tuvo oportunidad de indagar más, ya que el fotógrafo los llamó.

—La familia allegada, por favor.

—Nos llama a nosotros —dijo Drayton cuando ella no hizo ademán de moverse.

—¿No se refiere a los padres? —preguntó ella, fijándose en la pareja de edad avanzada que se colocaba al lado de Tom.

—Son nuestro tío Charles —explicó Dray—, y nuestra madrastra, Monica, que insiste en ponerse en la foto a pesar de que Tom y ella no se soportan. Así que, como ves, ni uno ni otro es lo que se dice la familia allegada. Y estoy seguro de que Penelope querría tenerte a su lado.

Cass no estaba tan segura de ello, pero él parecía haber tomado ya la decisión por ella, porque la tomó inmediatamente de la mano y la llevó al lado de Pen.

Fue entonces, después de sentir su mano, cuando Cass debería haberse ido corriendo. Después de haber posado para la foto y haber deseado a su hermana lo mejor, debería haberse marchado.

Pero como era una estúpida, se quedó. Ignoró lo que le sugirió el sentido común y decidió quedarse para descubrir si sería real aquella sensación que tenía cada vez que él tocaba su mano.

Y descubrió que lo era. Pero después de tres años, seguía sin saber darle nombre a aquello. Desde luego, aquel sentimiento destructivo y tortuoso que había sentido hacia Dray Carlisle no tenía nada que ver con el amor.

Daba gracias a Dios de que hubiera terminado después de unas cuantas semanas. Le daba gracias a su hermana, que por una vez, había sido la más sabia de las dos, ya que por aquel entonces ella estaba sumida en un completo caos.

La había invadido una especie de fiebre, caliente e intensa, que

la había vuelto completamente loca y había terminado de repente, dejándola débil y frágil durante mucho tiempo.

En esos momentos, ya se había recuperado, por supuesto. Solo le quedaba la rabia, pero eso no era malo y con ella sería capaz de soportar otro funeral sin derrumbarse.

Ya lloraría después, a solas, por su hermana pequeña.

Capítulo 3

Cass no llamó desde la estación. Tomó un taxi y llegó al crematorio a tiempo.

La familia Carlisle al completo estaba en la fila delantera. Drayton Carlisle la vio entrar y le indicó que se uniera a ellos, pero ella se puso atrás. Lo cierto era que no pertenecía a la familia.

La ceremonia fue bastante fría. El párroco habló de Pen como de una esposa devota, buena ama de casa y futura madre, además de otras falsas virtudes seguidas por una serie de tópicos de los que Pen se habría reído abiertamente si hubiera estado allí.

Al recordar a la verdadera Pen, Cass no pudo evitar que se le humedecieran los ojos. Pero sabía que, si se ponía a llorar, no podría parar.

Había otras personas que lloraban silenciosamente. Quizá fueran del grupo de amigos con los que Tom y su hermana salían y que pertenecían a uno de los clubes más selectos de la ciudad. Cass se fijó en que había dos mujeres embarazadas y se preguntó si la muerte de Pen las habría puesto en un estado de ansiedad.

Pero Pen había perdido su primer hijo por un problema en su útero y los médicos la habían advertido de que corría peligro de perder también a sus futuros bebés… así como su vida. Pen había sabido a lo que se arriesgaba.

Cass trató de pensar en ello mientras el sacerdote daba la bendición final, pero no la ayudó. Tenía ganas de gritar y quejarse por la crueldad de aquello, de llorar por la pérdida de su querida hermana, muerta cuando apenas era una niña.

No sabía si el servicio había acabado, pero ella necesitaba aire fresco. No lo planeó, pero una vez fuera, deseó escapar. Y estuvo a punto de conseguirlo… había alcanzado ya la puerta del crematorio cuando oyó unos pasos detrás de ella.

—¿Dónde demonios crees que vas?

Era la voz de Drayton Carlisle.

—A Londres.

—¡De eso nada! —Exclamó él, agarrándola del brazo—. Prometiste hablar con Tom, ¿te acuerdas?

—No sé muy bien lo que esperas. No conozco bien a tu hermano y no creo que pueda consolarlo.

—No sé si creerte… Pero me parece que mi hermano no quiere tu consuelo, cree que tú sabes por qué murió Pen.

—¿No se lo han dicho los médicos? —dijo ella, frunciendo el ceño.

—En términos técnicos, sí.

—¿Y quiere que yo se lo explique mejor?

—Dudo que estés cualificada para ello, hagas lo que hagas en el hospital.

—¿Cómo lo sabes? —replicó ella—. ¿Qué sabes en realidad de mí? Te diré una cosa…

—Espera. Admito que no sé mucho de ti, pero esto no se refiere a nosotros. Se refiere a Tom. Su cordura mental pende de un hilo y parece creer que tú puedes salvarlo. Así que no importa lo que pienses de mí o lo que yo piense de ti —continuó, agarrándola del brazo para evitar que se fuera—. Por favor, vuelve a la sala y habla con Tom.

—¡No puedes obligarme! —protestó Cass, que se vio obligada a regresar.

—¿No puedo? —Preguntó él cuando ya estaban casi al lado de un grupo de asistentes al funeral—. Estas personas eran amigos de tu hermana, así que hazlo por ella.

Cass se estaba empezando a enfadar. Dray la estaba tratando como a una niña que se porta mal en el colegio. Cuando finalmente la soltó, ella consideró de nuevo la posibilidad de escaparse, pero de repente vio a Tom y se quedó impresionada por su aspecto. Tenía unas profundas arrugas en la frente que le hacían parecer diez años mayor.

—Cass —dijo él al reconocerla—. Gracias a Dios que has venido. Necesito preguntarte algunas cosas. ¿Vienes?

—Claro.

—Gracias —dijo él, agarrándola de las manos—. Tú te la llevarás, ¿verdad?

—¿Cómo? —Cass no entendía a qué se refería.

—Tom, no podemos hablar de esto aquí —lo interrumpió Dray —. Vamos a casa. Tío Charles, ¿te importa llevar a Cassandra?

—Claro que no.

Cass fue detrás de ellos todavía asombrada por las palabras de Tom. «Tú te la llevarás, ¿verdad?». Supuso que se refería a las cenizas de Pen. Pero, ¿por qué? ¿Por qué quería que ella se las llevara? Quizá hubiera descubierto la verdad, aunque Cass esperaba

que no fuera así.

El tío Charles tocó suavemente el brazo de Cass y ella se dejó guiar hasta el coche gris.

—Ha venido mucha gente —dijo el hombre—. Era una chica encantadora, siempre lo pensé. Pobre Tom.

—Parece muy deprimido.

—¡Totalmente deprimido! Y aun así, cuando hable contigo…

Cass no dijo nada. No entendía qué podía decirle para que se sintiera mejor.

—¿Cómo estás tú? —preguntó el hombre.

—Tratando de aguantar —contestó, usando una frase que imaginaba el hombre entendería.

—Es lo único que podemos hacer… ¿Te quedarás esta noche?

—Me temo que no. ¿Sigue viviendo usted en el mismo lugar?

—Así es. No tengo intención de cambiarme. Es ideal para una persona. No envidio a Dray, viviendo él solo en aquel caserón.

—¿No se ha casado todavía?

—No y no piensa hacerlo por el momento. Le gusta disfrutar de la vida, aunque él no me cuenta nada. Tuvo una novia durante un año más o menos. Una tal Sophie, una buena chica, de buena familia. Parecía que iban en serio.

—¿Qué sucedió? —preguntó ella, a pesar de que no tenía mucho interés.

—Él no se decidía, así que ella se casó con otro. ¿Y tú? ¿Sales con alguien?

—Yo… no, ahora no.

—Bueno, hay tiempo —dijo el hombre, que evidentemente era de los que pensaba que lo mejor que podía pasarle a una chica era conseguir un marido.

Entonces, llegaron a las puertas de North Dean Hall y siguieron el camino que llevaba a la casa de campo de los Carlisle, que era, incluso, más grande de lo que ella recordaba.

Ya había coches aparcados en el patio y varias personas se agolpaban a la entrada de la casa, donde también estaban Dray y Tom.

—Dray ha encargado un pequeño bufé para los amigos íntimos y la familia —le informó el tío Charles mientras bajaban del coche.

—Preferiría hablar con Tom cuanto antes.

—Pero seguramente… bueno, si así lo prefieres… Ya veremos qué opina Dray.

A Cass no le importaba lo que dijera Dray. No tenía ganas de unirse a aquella reunión.

—Voy a bajar a la casa de verano —dijo entonces, alejándose antes de que el hombre pudiera detenerla.

Rodeó la casa y llegó a la terraza de atrás de la casa. Entonces, tomó el camino que conducía al río, frente al cual estaba la casa de verano. Era una construcción de cristal y madera.

Cass se sentó en las escaleras que había frente a la entrada. Hacía calor, así que se quitó la chaqueta y se arremangó la blusa que llevaba debajo.

El sol sobre su piel resultaba muy agradable y cerró los ojos, recordando la primera vez que había ido a North Dean, que había sido cuando se hermana se había casado con Tom.

Recordaba que aquel día se había sentido orgullosa de su hermana, pero que luego se había aburrido en el convite. Cuando había tratado de escabullirse después de la comida, el tío Charles había insistido en que lo acompañara al porche para enseñarle los regalos. Y cuando habían regresado, el baile estaba a punto de comenzar.

Los recién casados abrieron el baile y luego salieron Drayton y Kelly, la amiga de Pen que había hecho de dama de honor. Kelly llevaba un vestido muy sexy y era evidente que estaba flirteando con Drayton, pero este no parecía nada molesto. Era evidente que estaba acostumbrado a que las mujeres se le insinuaran.

Ella no se había dado cuenta de que había estado observándolos hasta que oyó la voz del tío Charles.

—Solo es un baile. No te preocupes.

—Yo… no sé a qué se refiere.

—Pero si creía… cuando Dray me pidió que… Lo siento, creo que me he equivocado. Mejor, olvida lo que he dicho. ¿Te apetece beber algo?

Cuando pasó un camarero, agarró una copa de champán y se la dio a Cass. A continuación, comenzó a hablarle de sus días en la armada.

Al poco, Dray se acercó hasta ellos. Cass se preguntó cómo habría logrado librarse de Kelly.

—Creo que debería sacar a bailar a mi nueva cuñada —dijo, agarrándola del brazo antes de que ella pudiera decir nada.

La condujo hasta la pista de baile y, allí, la agarró de la cintura y comenzaron a bailar un vals.

—Pensé que necesitabas que te rescataran —comentó Drayton.
—¿De tu tío Charles? ¿Por qué? ¿Es que también él es un mujeriego?
Entonces, él se puso serio.
—Posiblemente. ¿Eso es bueno o malo para ti?
—Depende… ¿es también millonario tu tío? —ironizó ella.
—Estoy empezando a pensar que quizá debería haberte dejado a su lado.
—Si crees que estoy interesada en conquistar a algún viejo chocho y ricachón, creo que te vas a llevar una decepción.
Él se dio cuenta de que había sido un insulto y la agarró por el brazo cuando ella hizo ademán de marcharse.
—¿Es así cómo me ves? —le preguntó Drayton.
Por supuesto que no. En primer lugar no era ningún viejo. Debía de tener unos treinta y tantos años. Y desde luego, tampoco estaba chocho. Pero sí era rico. Y eso quizá les resultara muy atractivo a muchas mujeres.
Pero no a ella.
El dinero no le importaba, el hombre…
—Todavía no te conozco lo suficiente —contestó ella.
—Ya me conocerás —replicó él.
¿Sería una amenaza o una promesa?
—Lo dudo, no creo que frecuentemos los mismos ambientes.
—Eso no es mayor problema.
—Para mí, sí —dijo ella con dignidad, esperando a que él la soltara.
Drayton la agarró entonces aún con más fuerza y, finalmente, la liberó.
Su instinto la advirtió de que tenía que marcharse de allí cuanto antes, pero antes tenía que recoger su bolso, así que se acercó a la mesa a por él.
El tío Charles seguía allí.
—Encantada de haberlo conocido —se despidió ella educadamente.
—¿Te vas ya? —preguntó él, mirando hacia Drayton, en la pista de baile.
A ella no le extrañó que otra mujer hubiera ocupado su lugar. Lo que le extrañó fue lo mal que aquello la hizo sentir.
Se asustó de sentirse celosa después de haber cruzado tan solo unas pocas palabras con él. Aunque también le resultaba una

experiencia fascinante. Y cuando él la miró a su vez a través de la gente que lo rodeaba, ella sintió que no podía apartar la vista.

Pero finalmente lo hizo y se dispuso a marcharse.

Y si el destino no hubiera intervenido, habría conseguido huir.

Cuando estaba dirigiéndose a la salida, vio que un chico la saludaba a lo lejos. Tardó unos segundos en darse cuenta de que no la estaba saludando, sino que estaba indicándole algo.

Cuando llegó a su lado, el chico comenzó a relatarle una historia entre sollozos.

De pronto, se dio cuenta de lo que había pasado y echó a correr hacia el río. Durante la carrera, perdió los zapatos y se le rasgó el vestido. Finalmente, se echó al agua en dirección a los brazos que pedían socorro. La corriente era muy fuerte y le costaba mucho avanzar.

Agotada y a punto de ahogarse ella también, sintió que unos fuertes brazos la agarraban.

—¿Y el chico? ¿Está por aquí? —oyó que la gritaban al oído.

Ella asintió.

—¡Agárrala!

Sintió que otro par de brazos la agarraba y la conducía hasta el embarcadero de madera.

Ya en tierra firme, esperó impaciente hasta que, aliviada, vio que salían dos cabezas del agua.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el hombre que había a su lado y del que ella se había olvidado—. Por cierto, soy Simon… Simon Carlisle.

Ella asintió y luego giró la cabeza hacia el agua, donde Drayton estaba remolcando al chico hacia ellos.

Entre todos ayudaron a sacarlo del agua. Cass le tocó el cuello y notó que su pulso era débil.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Simon. Pero Cass estaba ya sacando el agua de los pulmones del pequeño. Diez minutos después, el chico recuperó la consciencia.

—¿Podemos llevarlo a la casa? —preguntó Drayton a Cass, consciente de que ella era una experta en primeros auxilios.

—Sí… supongo que sí —contestó ella mientras los dientes comenzaban a castañetearle.

—Yo lo llevaré —propuso Simon, que ya se había vestido.

Los dos hombres habían sido lo suficientemente sensatos como para desnudarse antes de tirarse al agua. Solo Cass se había metido

vestida y en esos momentos estaba pagando las consecuencias.

—Toma. Quítate esa ropa y ponte esto —Dray le alcanzó su camisa seca mientras Simon levantaba al chico.

Cass dudó un momento. Luego, se dio la vuelta y comenzó a desabrocharse el vestido. Finalmente, se puso la camisa sobre la ropa interior mojada y echó a andar descalza junto a los dos hombres.

—Estás cojeando —remarcó Dray.

—No pasa nada —dijo ella a pesar de que le dolía la planta del pie.

—Y estás sangrando —añadió él, obligándola a detenerse. Luego, se volvió hacia su primo Simon—. Ve a la casa, Simon. Ahora os alcanzaremos.

Drayton la ayudó a sentarse sobre un tronco caído y comenzó a examinarle el pie.

—No puedes andar así. Parece que te has clavado algo.

Ella no hizo caso y se puso en pie. Entonces, sintió tal dolor, que tuvo que morderse el labio para no gritar.

—Deberías ser más prudente —dijo él, acercándose y levantándola en brazos.

Cass se agarró a su cuello y, al hacerlo, pudo observar detenidamente el atractivo rostro de él, que había quedado a pocos centímetros del suyo. También se fijó en su cuerpo fuerte y musculoso. Entonces, cayó en la cuenta de que todavía no le había dado las gracias por salvarla en el río.

—Yo… eh… te agradezco lo que hiciste, Drayton. Si no hubiera sido por ti…

—No tienes que darme las gracias y… llámame Dray. Además, tú has sido la más valiente de todos.

—¿Yo? Más bien, la más estúpida.

—La verdad es que trataste de salvar al chico a pesar de no saber nadar muy bien.

Ella se fijó en el rostro de él, que transmitía gran fuerza e inteligencia.

—Entonces, ¿vas a darme una segunda oportunidad?

—Ni siquiera sabía que te hubiera dado la primera.

Él se echó a reír y ella se fijó en el vello que cubría su pecho.

—Pensé que había arruinado todas mis posibilidades al insinuarme en la pista de baile.

—¿Te insinuaste?

Él asintió.

—De pronto, no te vi por ninguna parte y apareció el hijo de Simon al borde de un ataque de asma.

—No me di cuenta de que estaba tan mal —Cass había estado demasiado preocupada por el chico que estaba ahogándose—. ¿Está ya bien?

—Me imagino que sí —Dray no parecía demasiado preocupado—. Esos ataques que sufre William no tienen un origen físico, sino que suelen ser provocados por los nervios. Su madre se quedó cuidándolo mientras Simon y yo nos dirigíamos al río. Decidimos que sería mejor no avisar al resto de los asistentes.

Rodearon el toldo donde estaba montada la pista de baile sin que nadie reparara en que la hermana de la novia iba medio desnuda en los brazos del hermano del novio.

Se acercaron a la casa, de donde salió la esposa de Simon. Al verlos, arqueó las cejas.

—Simon ha llamado para que manden una ambulancia y me ha pedido que avise a los Stewart. Parece que el chico es hijo suyo.

Cass había conocido a aquella mujer brevemente durante la ceremonia. Al parecer, tenía un carácter bastante frío.

—Muy bien, pero ten cuidado —le advirtió Dray—. No hay necesidad de asustar a los padres ni de que se entere el resto de los invitados. Parece que el chico se pondrá bien.

—Sí, eso parece, aunque está armando un buen es cándalo. Vomitó sobre una de tus alfombras persas y ahora está llorando como si fuera un bebé…

—¿Quién está cuidando de él? —preguntó Dray.

—La señora Henderson y Simon —le informó.

—Muy bien, Camilla. Ahora, creo que lo mejor será que vayas a avisar a los Stewart.

Cass y Dray entraron en la casa.

—Ya puedes dejarme en el suelo —dijo Cass, pero Dray no le hizo caso.

Avanzó con ella en brazos por un pasillo y finalmente llegaron al baño. Allí, la dejó sentada sobre el retrete mientras humedecía una toalla con agua caliente. Luego, se arrodilló y comenzó a limpiarle con mucho cuidado la herida del pie.

—Parece que ya sangra menos, pero definitivamente creo que tienes algo clavado. Supongo que lo mejor será que te lo cure un profesional, pero en cualquier caso no te vendrá mal que te eche

antiséptico.

Él sacó un bote del botiquín y vertió una buena cantidad de líquido sobre un algodón. Cass apretó los dientes, consciente de que aquello iba a escocerle.

—Puedes maldecir si quieres —sugirió él mientras le desinfectaba la herida.

—No me tientes —dijo ella, cerrando los ojos hasta que él terminó su trabajo y el dolor comenzó a remitir.

—Ojalá pudiera —dijo él, sentándose en el borde de la bañera y fijándose en la expresión sorprendida de ella—, ¿qué hace falta?

Cass se preguntó si realmente estaría él interesado en ella. Pero lo dudada, así que decidió que lo mejor sería guardar silencio. Desgraciadamente, notaba que se estaba empezando a sonrojar.

Entonces, él le sonrió, como si supiera lo que ella estaba pensando.

—¿Parezco idiota? —dijo ella, contestando a lo que él había dicho.

—¿Por qué lo dices? ¿Es por el dinero? ¿O por ser de diferente clase social? Te aseguro que a mí no me importa que trabajes como cajera en un supermercado.

—Eso es muy amable por tu parte —dijo ella con ironía.

—Gracias.

Entonces, él la tomó por sorpresa en sus brazos y la besó.

Ella siempre recordaría aquel primer beso. Los labios de Dray eran cálidos y sabían a una mezcla de sudor, agua de río y colonia, que resultaba muy masculina. Cuando lo empujó, notó el tacto del vello húmedo que cubría su pecho y le dio un vuelco el corazón. Entonces, se le escapó un gemido al tiempo que abría los labios. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo cuando sintió la lengua de él, que se había aventurado a probar la dulzura de su boca. Cass reaccionó, agarrándose a su cuello.

La respuesta de ella era todo lo que cualquier hombre habría deseado, pero Dray no estaba preparado. Solo le había dado un beso y ya sentía un deseo como el que no había sentido por ninguna otra mujer. Tenía ganas de tumbarla en el suelo y hacerla suya.

Cass sintió que la sangre se le agolpaba en la cabeza mientras seguían besándose apasionadamente. Luego, se agarró al pelo de él y se olvidó de todo lo de más.

Pero, de pronto, Dray se apartó y ella perdió el equilibrio y se golpeó el pie herido contra la pared.

Cass gritó de dolor mientras se ponía en pie.

—Lo siento —se excusó Dray.

—Pues por la expresión de tu rostro, no lo parece.

—Lo siento, es que… Nunca habría pensado que…

Ella sabía que se refería a que nunca habría creído que ella fuera tan apasionada.

—Esto no prueba nada —aseguró ella.

—Lo sé —asintió él.

—Muy bien, pues si has terminado de hacerte el machote… me gustaría llamar a un taxi.

—¿Dónde quieres ir?

—A la estación de tren.

—Muy bien —dijo él, bajando la mirada hacia la abertura de la camisa de ella.

Cass se la cerró entonces, tratando de ocultar sus senos.

Dray abrió la puerta del baño con el pie y fue hacia el salón, donde se encontraba el niño rescatado, tumbado sobre el sofá. Estaban cuidándolo sus padres y el ama de llaves de Dray. El niño estaba muy pálido y seguía sollozando, pero parecía que ya estaba recuperándose.

Dray dejó a Cass en un sillón y le puso por encima una chaqueta de lana hecha por el ama de llaves. Cass se quedó tranquilamente allí mientras Dray hablaba con los padres del niño.

Dray se refirió a Cass como a la heroína que había salvado al chico. Simon Carlisle podría haber protestado, pero al parecer había desaparecido y Cass tampoco pudo decir nada, ya que en seguida llegó la ambulancia.

El diagnóstico del niño resultó optimista, pero decidieron llevarlo al hospital para asegurarse. Pensaron llevar también a Cass, pero finalmente estuvieron de acuerdo con Dray en que cualquier médico podría curarle el pie sin tener que esperar las abarrotadas consultas de urgencias que había los sábados por la tarde.

A Cass ni siquiera le preguntaron.

Cuando la ambulancia se fue finalmente y la familia Stewart desapareció, llegó de nuevo Simon Carlisle, ya duchado y con ropa limpia.

Dray le preguntó cómo estaba su hijo y Simon le contestó que bien. Al parecer, ya se había ido a casa con la madre. Él se había quedado por si hacía falta su ayuda.

Dray pidió a su primo que volviera a la fiesta para ver cómo

marchaba todo y luego le ordenó al ama de llaves que preparara el baño.

—No necesito un baño —protestó Cass, sintiéndose un poco ridícula al levantarla Dray, una vez más, en sus brazos.

—¿De verdad? Déjame que adivine: *Eau* de Támesis, con una mezcla sutil de agua de alcantarillado, neumáticos viejos y residuos químicos.

—Y supongo que tú crees que sigues oliendo a Rico Sabine.

—Ted Charles, por si acaso decides regalármela por navidad.

Ya estaba otra vez flirteando con ella, que no sabía cómo contestarle. No le parecía muy inteligente flirtear ella a su vez.

Afortunadamente, llegaron en seguida al primer piso y Dray la llevó al cuarto de baño que había al fondo del pasillo. Allí estaba el ama de llaves echando generosamente sales de baño en el agua.

Cass se preguntó si todo el mundo había notado su olor.

El ama de llaves salió en seguida, imaginando, quizá, que ellos querían estar a solas.

Pero Cass no quería. Recordaba lo que había pasado poco antes y no estaba preparada para otro beso.

—Aquí tienes toallas, jabón, champú y un albornoz —dijo él después de dejarla sobre una silla—. ¿Necesitas algo más?

—No.

—¿Ni siquiera que te frote la espalda?

—No, gracias —contestó alarmada.

—Es una pena —replicó él, dirigiéndose a la puerta.

Cass se tomó su tiempo y salió casi una hora después, envuelta en el albornoz y buscando al ama de llaves.

La mujer esbozó una sonrisa.

—El doctor está fuera —le informó.

—¿El doctor?

—El doctor Michaelson. El señor Dray lo llamó por teléfono. ¿Le digo que pase ya?

—De acuerdo.

Un minuto después, entró un hombre joven vestido elegantemente, que en seguida le indicó que se sentara sobre la cama.

—Espero no haberle estropeado el día —dijo Cass.

—No se preocupe. Además, Dray me ha dicho que me una a la fiesta después de que la mate o la cure.

—¿Es usted amigo de Dray? —quiso saber ella.

—Más o menos. Trabajo para la empresa Carlisle un día a la semana… Me llamo John.

—Hola, John. Yo soy Cass.

—Encantado. Es un corte feo.

—Creo que ha sido con un cristal.

—Puede ser. Y ahora, puedo intentar localizar el cristal con o sin anestesia, como quieras. Si te duermo el pie con una buena dosis, puedo hacer un corte más profundo y asegurarme de que todos los cuerpos extraños son sustraídos. La anestesia duraría unas cuantas horas, pero no te dolerá nada.

—Pero no me podré mover, ¿no es así?

El doctor asintió y esperó a que Cass se decidiera.

—Creo que es mejor lo de la buena dosis, ¿no? —dijo otra voz.

Cass miró por encima del hombro del doctor y vio a Dray, vestido con una camisa blanca inmaculada.

—Prefiero probar primero sin anestesia —afirmó ella categóricamente—. Y yo soy la paciente —añadió.

—Por supuesto —dijo John Michaelson, comenzando a abrir su maletín.

Dray no dijo nada, pero se dispuso a mirar desde la puerta.

Cass no quería quedarse inmovilizada durante horas, así que se agarró a la cama y apretó los dientes para no gritar. Pero fue todo inútil, el cristal había entrado profundamente. Aunque ella no pensaba detener al doctor.

Fue Dray quien lo detuvo cuando vio que ella tenía la frente llena de sudor.

—Por el amor de Dios, John, ¡ponle la inyección! ¿No ves que le duele mucho?

Lo había dicho con voz ronca, casi enfadado. John se detuvo inmediatamente y levantó los ojos hacia Cass.

—Creo que tiene razón. Puedo ver el cristal, pero necesito cortar más para llegar a él.

—De acuerdo, haz lo que creas que tengas que hacer.

Resignada, observó cómo preparaba la inyección y, mientras se la administraba, miró hacia la puerta.

Había esperado ver una expresión satisfecha en el rostro de Dray, pero su cara estaba muy seria y, en vez de quedarse, se dio la vuelta y se fue.

—Está preocupado —dijo John al ver que Cass fruncía el ceño.

—Me da igual.

—¿Sois amigos? —preguntó el doctor, un poco sorprendido.

—Apenas lo conozco —dijo ella sin mentir.

La anestesia comenzó a dormirle el pie y, pocos minutos después, el doctor extraía el trozo de cristal. Finalmente, le limpió la herida y se la vendó. Luego, se quedó un poco más hablando con ella, pero Cass no tenía muchas ganas de conversar.

No podía quitarse de la cabeza a Dray Carlisle.

Y aunque no quisiera admitirlo, tampoco podía sacárselo del corazón.

Capítulo 4

El sonido de unos pasos la devolvió al presente, al día del funeral.

Se dio la vuelta, esperando ver a Tom, pero era Dray quien se acercaba. Aunque se había quitado la chaqueta, todavía llevaba la corbata.

Se quedó mirándola unos instantes. Ella habría deseado llevar gafas de sol. No quería que él supiera que había estado llorando.

—¿Dónde está Tom? —preguntó, levantándose sin aceptar la mano de él.

—En la casa. No va a venir aquí.

—Muy bien —dijo ella, consultando el reloj—. Si quiere verme, ya sabe dónde vivo.

Cass se colocó la chaqueta sobre al brazo y comenzó a caminar hacia la salida.

—Espera. No está tomándote el pelo, aunque te lo parezca. Es que la casa de verano… le trae malos recuerdos.

—¿Malos recuerdos? —preguntó ella con incredulidad, pensando en que le gustaría saber hasta dónde llegaba la capacidad de inventiva de Dray.

—No tiene importancia.

Cass sospechó que le estaba ocultado algo.

—Tampoco es importante para mí ver a Tom —aseguró ella.

—De acuerdo. Si te digo la verdad, ¿vendrás a la casa?

Ella asintió, preguntándose si tenía otra opción.

—Tu hermana solía reunirse con uno de sus amantes aquí. Tom lo descubrió.

Cass no pudo contestar nada. Tragó saliva, pero siguió sin poder hablar. Quería llamarle mentiroso, pero tampoco estaba convencida.

—Ya lo sabías, ¿verdad?

—¡No!

—Pero no ha sido ninguna sorpresa para ti.

Cass hizo un gesto negativo. Había oído hablar de ello, pero no sabía los detalles.

—¿Fuiste tú quien se enteró? —se defendió—. ¿No serías tú quién se lo dijo a Tom?

—No, fue Tom quien me lo dijo a mí, pero no fue muy coherente. No me lo creí del todo hasta ahora. Pero es verdad, ¿no?

—No estoy segura.

—Sí que lo estás —dijo enfadado—. Quizá no estuvierais muy unidas, pero sí sé que hablabais abiertamente de vuestra vida sexual. Y no me engañas con esa expresión inocente —añadió—, porque ella me contó muchas cosas. Me dijo qué pensabais de nosotros. De los hombres, quiero decir. De todos tus amantes.

—¿Mis amantes?

—Eso es otra cosa que me contó… la agitada vida social que llevabas. Y vosotras, ¿qué os contabais exactamente? ¿La técnica? ¿La resistencia? ¿El número de orgasmos que tenías por noche con cada uno?

Cass hizo un gesto con la cabeza.

—¡Te lo estás inventando todo! Pen no diría algo así.

—¿Crees que no? —dijo, soltando una carcajada.

Cass se quedó pensativa un segundo. Pero no, estaba segura. ¿Por qué iba Pen a mentir acerca de ella?

—Pero no lo haces, ¿verdad? —continuó—. Me refiero a compararnos. No en un sentido real. Nosotros no somos nadie. Estamos aquí solo para echarte un buen…

—¡Calla!

El hombre la agarró por la espalda.

—¿Qué pasa? Pensé que a los del norte os gustaba que os hablaran con claridad.

—Tú y yo… ¡No fue así! Tú sabes que no.

—Yo pensé que no lo era, pero en ese momento yo era un soñador. Menos mal que tu hermana me avisó.

—¡No quiero escucharte!

—Pues vas a escuchar hasta que yo quiera.

Ella trató de soltarse, pero al no conseguirlo, le dio una patada en la espinilla.

Dray maldijo en voz alta, más por la sorpresa que por el dolor. Pero Cass no iba a tener oportunidad de repetir el ataque, ya que la arrinconó contra el árbol más cercano.

—¡Suéltame! —gritó con los ojos brillantes por la rabia mientras trataba de darle otra patada.

Dray la sujetó con fuerza hasta que dejó de luchar. Él no había deseado llegar a esa situación, pero había olvidado el carácter que tenía ella.

También recordó el resto al tenerla tan cerca y sentir cómo sus pechos subían y bajaban contra su cuerpo. Tan cerca, que su aliento le daba en la cara, así como su perfume. El problema era que lo recordó todo demasiado intensamente. Lo bien que se sentía cuando hacían el amor o lo perfectamente que su cuerpo se movía al ritmo del de él. También cómo la deseaba, al límite del dolor. Y lo estúpido que había sido, hablándole de amor, cuando para ella había sido solo sexo…

La respiración de Cass se convirtió en un susurro al darse cuenta de cómo era observada.

Dray le soltó uno de los brazos, pero solo para agarrar su barbilla. La obligó a que lo mirara y no le permitió que apartara los ojos.

—Dime entonces, cómo fue, Cass. Lo tuyo y lo mío.

—Yo… yo…

Cass ya no recordaba nada. No sabía por qué se estaban peleando, por qué estaban allí.

Se borró el tiempo pasado y de nuevo estaba en el centro de una emoción tan poderosa que no la dejaba razonar.

Era una fuerza que invadía su cuerpo al tiempo que las manos de él rodeaban su cintura y la abrazaban. Una enfermedad que se extendía mientras la boca de él buscaba la suya y, sin poder evitarlo, sus labios se separaron. Era como una droga que corriera por sus venas y llegase a su cabeza y su corazón.

No dijeron nada. Las palabras eran irrelevantes. Solo existía el deseo. El deseo de tocar y ser tocado, el deseo de reafirmar la vida en un día ensombrecido por la muerte.

O quizá solo fuera sexo, un sexo primitivo e inmediato, cuando él la levantó y la apretó contra la corteza del árbol sin dejar de besarla apasionadamente, casi con violencia. Luego, sus manos comenzaron a quitarle la blusa, casi rompiéndosela, para ver su piel desnuda, dolorida y anhelante de sus dientes y su lengua. Era otra Cass quien gemía, suspiraba y se aferraba a él mientras el deseo la tragaba como un torrente.

Dray estaba acariciando sus senos con la lengua cuando una voz los devolvió a la realidad. Una voz que los llamaba y que no podía ser ignorada. Una voz lejana al principio, pero que se fue acercando.

Dray Carlisle se detuvo y ella comenzó a empujarlo aterrorizada.

—No pasa nada, es mi secretario personal, Alec Stewart.

Cass no entendía por qué no tenía que preocuparse y se arregló apresuradamente la ropa. Pero en seguida le llegó la respuesta. Por supuesto que él no se preocupaba. ¡Él era un hombre rico, el poderoso Drayton Carlisle! Las reglas de la gente normal no servían para él porque podía hacer lo que quisiera.

En ese momento, recordó a su hermana y no pudo evitar una sensación de vergüenza. No fue capaz de mirar a Dray, así que miró al suelo, donde estaba su chaqueta. La agarró, y comenzó a caminar para alejarse lo más posible de Dray.

No sabía dónde iba, solo quería escapar mientras se preguntaba una y otra vez cómo podía haber hecho aquello… y justo aquel día. Cómo podía haberle permitido, a él especialmente, que la besara así.

Quizá él tenía razón y a ella le gustaba demasiado el sexo.

¿Pero era eso posible cuando en los últimos tres años solo había tenido una breve relación?

No, él tenía la culpa. Solo él conseguía excitarla con una simple caricia. Siempre había sido así.

Recordó una vez más el día de la boda de Pen, cuando el doctor la dejó en la cama tumbada. Ella estaba cansada y se quedó dormida en seguida.

La despertó una mano suave. La de Dray Carlisle.

—Tu hermana se irá en seguida. ¿Te sientes con fuerzas para bajar?

—Sí, claro.

—Te he traído algo de ropa para que te cambies —dijo, señalándole un vestido y la ropa interior que había sobre la cama.

—Gracias.

—Te espero fuera.

Dray se marchó y cerró la puerta sin hacer ruido. Parecía que ya no estaba enfadado con ella, solo distante.

Cass consultó el reloj y vio sorprendida que había estado dormida tres horas. Se puso la ropa y, poco después, mientras estaba cepillándose el cabello, él llamó a la puerta.

Al entrar, Dray tenía en los ojos una mirada intensa y ella pensó que nunca se acostumbraría a que fuera un hombre tan atractivo.

Intentó levantarse, pero se cayó sobre la cama. No era capaz de sostenerse en pie.

—Yo te bajaré.

—De acuerdo —dijo ella, temerosa de revelar lo nerviosa que la

ponía estar cerca de él.

—A menos que prefieras que te lleve el doctor.

—No creo que sea su trabajo.

—Haría una excepción tratándose de ti. Parece muy enamorado.

—¿Enamorado?

—Quizá me equivoque y el interés por saber dónde vives y lo que haces… sea puramente profesional.

—Apuesto a que no has resistido la tentación de decirle que soy cajera de un supermercado.

—Pues te equivocas, porque no le he dicho nada.

Cass no contestó. Se limitó a dejar que él la tomara en brazos y, así, salieron al pasillo.

—Nada, aparte de lo evidente, claro está —añadió él.

—¿Y qué es lo evidente?

—Que su interés no era bien recibido.

—Muy bien.

Pero no estaba muy bien. ¿Cómo sabía él si su interés sería o no bien recibido?

—O sea que tú crees que puedes hablar por mí.

—Estaba hablando por mí mismo.

Dray no dijo nada más. No hacía falta. La explicación estaba en su mirada y en el modo en que la tenía agarrada. Era evidente que la deseaba. Pero, ¿y ella?

Ella tuvo que reconocer que también lo deseaba.

Dray continuó bajando la escalera y llegó hasta el jardín. Cruzó el césped con ella en brazos, acariciándola, pero sin besarla. Luego, entraron en la zona donde estaba la fiesta y toda la magia se evaporó por el calor y el ruido y, sobre todo, por la cara de su hermana al verlos.

Todo el mundo conocía ya el incidente del niño rescatado y varias personas felicitaron a Cass, pero su hermana no se lo acababa de creer. Sabía que Cass no nadaba especialmente bien.

Esta le contó todo, sin esconder ni exagerar nada, pero debió ser el tono al hablar de Dray lo que puso sobre aviso a Pen.

—¿Y qué ha pasado entonces?

—Lo que te acabo de contar.

—Me refiero a qué ha sucedido entre Dray y tú.

—¿Qué?

—No te hagas la inocente, ha ido a la casa cada media hora para ver cómo estabas. Parecía que estabas a las puertas de la muerte —

era evidente que estaba celosa.

Pero Cass desechó la idea y pensó que lo que había molestado a su hermana era que ella le robara un poco de protagonismo en su gran día.

—Tranquila. Siento que haya pasado esto hoy… —dijo, agarrando las manos de su hermana y apretándolas—. Además, tienes razón, se ha preocupado por nada. Me imagino que tenía miedo de que lo pudiera denunciar por negligencia o algo así.

—¿Cómo ibas a denunciarlo?

—Sí, por no haber puesto vallas de protección en el río o por los cristales que había por el suelo —improvisó Cass.

Pen se quedó tranquila, aunque de repente puso cara de terror.

—No lo denunciarás, ¿verdad? ¡No puedes! Quizá pienses que son una panda de esnobs, que se lo merecen, pero yo tengo que vivir con ellos.

—Tranquila, Pen. ¿Crees que tengo aspecto de ir a casa y llamar a un abogado?

—No tenemos abogado.

—Exactamente. Además, lo único que quiero es olvidarme de ese incidente lo antes posible.

Pen pareció tranquilizarse un poco y consiguió esbozar una sonrisa al ver que Tom se acercaba, seguido de Dray.

Si la conversación con Pen la había hecho volver al mundo real, la mirada de Dray la puso de nuevo en órbita. Solo que en ese momento tenían espectadores.

Cass apartó la vista y trató de concentrarse en cualquier cosa y en cualquier persona menos en él. Poco después, Dray y otros amigos y familiares acompañaron a los novios a la entrada, donde los esperaba un coche con chófer que los llevaría hasta Londres, al hotel Ritz, donde pasarían su noche de bodas.

A ella la dejaron una vez más con el tío Charles y trató de concentrarse en lo que el hombre le decía, pero su mente parecía incapaz de funcionar razonablemente. Se tomó una copa de champán y luego otra, lo que no la ayudó precisamente. Quizá era lo que quería.

La música continuó y algunas parejas salieron a bailar. En un momento dado, Dray se acercó y se sentó a su lado. Sin mediar palabra, la agarró de la mano.

Había otras personas en la mesa, como el primo Simon, su tío y otros amigos. Pero a Dray parecía no importarle que lo vieran.

No hablaron mucho y Cass se sintió incómoda. Así que siguió bebiendo mientras Dray conversaba con los demás.

No quedaba mucha gente cuando Dray la llevó de nuevo a la casa. No le dolía nada el pie, pero no lo podía mover. Así que Dray daba por hecho que se quedaría allí.

Y ella aceptó.

La llevó a la habitación donde había dormido por la tarde, pero antes de dejarla sobre la cama, la llevó al cuarto de baño y prometió volver a buscarla diez minutos después, cuando ella se hubiera preparado para meterse en la cama.

Eso decepcionó a Cass, que se había imaginado la escena de él seduciéndola y su propia reacción. En ese momento, se sintió tonta y abandonada.

A los diez minutos, Dray volvió y la dejó sobre la cama. Ella se recostó sobre las almohadas y, con la bata puesta, se cubrió las piernas.

—Buenas noches —dijo él, apartándose de la cama.

—Buenas noches.

Lo dijo con un tono brusco y Dray se dio cuenta de que era por su comportamiento distante. Había tratado de hacer lo correcto, pero en ese momento se preguntó qué sería en realidad. Se quedó mirándola un rato. El deseo que sentía por ella no había desaparecido, ni siquiera disminuido. Solo se estaba controlando.

—Si te beso, no podré parar. No sería capaz. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Y no creo que estés preparada para ello —añadió sin rencor—, por eso prefiero esperar a que lo estés.

Pero Cass pensaba que, si esperaban, nunca sucedería nada. Al día siguiente, volverían al mundo real y se darían cuenta de lo imposible de su relación, de sus mundos tan diferentes.

No dijo nada. Simplemente se quedó mirando cómo Dray salía de la habitación y, ya desde la entrada, se volvía hacia ella de nuevo.

—¿Apago la luz?

Ella asintió.

—A mí también me gustaría que me dieras un beso —dijo, ya en la oscuridad.

Hubo un silencio absoluto. Cass contuvo el aliento y el tiempo pareció detenerse. Entonces, se oyó cómo la puerta se cerraba.

Cass tuvo un momento de angustia, pensando en que él se había

ido, pero, de pronto, oyó pasos sobre la mullida alfombra.

Dray se sentó en el borde de la cama.

—¿Estás segura? —dijo con infinita ternura.

—S… sí.

—No lo parece.

—Sí que lo estoy, pero si tú has cambiado de opinión…

—No seas tonta —dijo, tomándola entre sus brazos. La besó y, tal como había dicho, no se detuvo. Pero Cass tampoco quería que se detuviera. Incluso en ese momento, años después, seguía admitiéndolo. Hicieron el amor por vez primera, pero no fue la última. Continuaron haciéndolo durante tres maravillosas semanas más. Dray la llevó al teatro, a cenar y, los fines de semana, a su casa. Rieron, hablaron de muchas cosas e hicieron el amor, a pesar de que Cass no podía creerse lo que estaba sucediendo. La cajera y el ejecutivo, pensaba.

Todo terminó mal, por supuesto. Tom y Pen volvieron de su luna de miel y, de repente, todo se acabó.

No hubo explicaciones. Dray la abandonó sin más. Pen intentó consolarla. Le dijo que no era personal, que Dray lo hacía siempre. Cuando deseaba algo, lo tomaba, y cuando perdía el interés, lo dejaba.

Lo único que la salvó fue el orgullo. Él la había tratado como si no fuera nadie, así que decidió llegar a ser alguien. Volvió a la universidad y terminó la carrera.

Y allí estaba, después de hacerse doctora, pero parecía que nada había cambiado. Él seguía tomando lo que le apetecía y ni siquiera lo había detenido el hecho de que fuera el día del funeral de su hermana.

Capítulo 5

Estuvo corriendo entre la maleza y los árboles caídos sin saber muy bien dónde estaba. Empezó a correr más rápidamente cuando oyó que alguien la estaba llamando, pero de pronto se encontró con una valla de madera y se dio cuenta de que había llegado al límite de la propiedad de los Carlisle.

Pensó por un momento en saltar, pero finalmente optó por ser sensata. No sabía qué podía encontrarse al otro lado. Quizá hubiera perros guardianes.

—Parece que te has perdido —comentó Dray Carlisle detrás de ella.

Su actitud era muy fría. Parecía como si hubiera sido otro hombre el que la había estado besando poco antes.

—La casa está por allí —dijo él, señalando el camino por el que había llegado.

Cass decidió que no tenía más remedio que hacerle caso.

—Respecto a lo que ha pasado en el río… —añadió Dray.

—Me mentiste, ¿verdad?

—¿Que te mentí?

—Respecto a lo que te dijo Pen.

—Lo siento, sé que hoy no era el momento más adecuado para contártelo. Y tampoco debería haberte besado.

—Olvídalo —replicó ella—. Yo ya lo he olvidado.

—Te ha sido fácil, ¿no?

—Pues sí —mintió ella.

En ese momento, Tom salió de la casa y se dirigió hacia ellos.

—No podía ir allí —dijo él sin más preámbulos—. No a la casa de verano. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí —respondió Cass, asintiendo.

—Me enteré de que ella solía ir mucho allí —continuó Tom—. Supongo que lo hacía en el suelo, ya que no hay sofá. O quizá en la silla. ¿No te lo contó a ti?

Cass se quedó mirándolo en silencio. ¿Era eso de lo que quería hablar con ella?

Le dijo algo a Dray y se dio la vuelta para marcharse, pero él la agarró del brazo.

—Suéltame, ¿me has traído para esto?

—Cálmate —le pidió Dray—. No sabía de qué quería hablarte Tom.

—Sí, seguro. En cualquier caso, te diré que yo no sé nada de con quién se acostaba mi hermana. Nada en absoluto.

—Muy bien, te creo.

—No es cierto, pero te aseguro que estoy diciendo la verdad. He visto a mi hermana unas seis veces en los últimos tres años y en ninguna ocasión me habló de sus amantes. ¿Te enteras? —dijo ella casi gritando.

Dray se volvió hacia la casa y Cass se fijó en que la doble puerta estaba abierta para que entrara el aire. A través de esta, pudo ver la mesa donde estaban comiendo los invitados. Al menos, hasta que habían oído que alguien estaba discutiendo.

—¡Oh, Dios! ¿Crees que me habrán oído?

—Probablemente. Creo que lo mejor será entrar para tratar de calmar los ánimos.

—No esperarás que entre yo también —Cass no conocía a las personas que estaban allí y tampoco le apetecía.

—Hace mucho tiempo que no espero nada de ti, Cassie. Puedes irte, si quieres. Quizá sea lo mejor.

¿Irse? Como ya no la necesitaba para nada, le pedía que se marchara. Parecía que nada había cambiado.

—Ella no puede irse —dijo Tom entonces—. Dray, no sé qué hacer… Cass, por favor, tienes que ayudarme… —añadió mirándola con ojos desesperados.

—Está bien, Tom, me quedaré —dijo ella, rindiéndose a su súplica.

—Gracias —Tom cerró los ojos, aliviado—. Vamos a hablar a algún lugar apartado…

—Podéis ir a mi estudio —sugirió Dray. Tom asintió y se encaminó al estudio.

Cuando Cass se dispuso a seguirlo, Dray la agarró por el brazo una vez más.

—Iré lo antes posible. No te tomes nada de lo que te diga Tom demasiado en serio. Él no está bien…

—Ya me he dado cuenta. No te preocupes, me limitaré a escucharlo.

—Bien —respondió él, dejándola marchar.

Cass siguió a Tom hasta el estudio de Dray. Era una habitación llena de libros con un sofá antiguo y una chimenea.

Tom le preguntó si quería un whisky y ella rehusó. Él, sin embargo, se sirvió una buena cantidad.

—¿Tú la conocías mejor que nadie? —preguntó él al fin.

—Yo no diría eso.

—Pero sabías lo del niño, ¿verdad? —preguntó él, mirándola fijamente con sus ojos azules.

—La verdad es que no —contestó ella, sacudiendo la cabeza—. No lo he sabido hasta esta semana… ¿Cómo está? Pero es una niña, ¿no?

—No me refería a la niña, me refería al otro.

Cass sintió un pinchazo en el estómago. Claro, debería habérselo figurado.

—¿Al otro? —trató de simular.

—Tuvo un hijo antes —la boca de él hizo un gesto de dolor—. Los doctores pensaron que yo lo sabía, pero no era así. Sin embargo, estoy seguro de que tú sí que lo sabías.

Cass se dio cuenta de que no podía seguir negándolo. Además, ya no tenía sentido hacerlo cuando Pen había muerto.

—Es cierto, Pen tuvo un bebé antes de conocerte.

—¿Cuántos años tenía?

—¿Y qué importa eso?

—Sí que importa —dijo él enfadado.

—Tenía dieciséis años.

—¿Quién era el padre?

—Un chico al que conoció en una fiesta.

—Debía de gustarle para tener ese hijo.

—Supongo que sí —Cass no quiso contarle que, cuando su hermana se enteró, ya era demasiado tarde para hacer nada—. Pero era muy joven, Tom, y fue un error. Luego, quiso olvidar todo aquel asunto. Lo entiendes, ¿verdad?

Pero era evidente que Tom no lo entendía. Era evidente el daño que Pen le había hecho con todas sus mentiras.

—¿Y dónde estabas tú cuando pasó todo? —preguntó él, enfadado—. ¿Estabas demasiado ocupada como para cuidar de tu hermana?

Cass sabía que había algo de verdad en aquella acusación, ya que ella había estado por aquel entonces completamente inmersa en sus estudios.

—Lo… lo siento —se excusó Tom al ver que su comentario le había dolido a Cass—. No debería haber dicho eso.

—No pasa nada.

—Lo único que quiero es saber qué paso con el hijo de Pen.

—Murió al nacer —contestó ella.

Cass y Pen casi nunca habían hablado de aquello. Alexander Joseph nació dos meses antes de tiempo y murió casi inmediatamente. A pesar de que al principio Pen no había querido tener el niño, se quedó destrozada por su muerte.

—Pensé que había sido adoptado —dijo Tom—. Muchas parejas quieren desesperadamente tener un hijo. No debe de ser muy difícil.

—Me imagino que no lo es —replicó Cass.

—La mejor solución, ¿no crees? —Insistió Tom—. Pero, de todas formas, eso lo tienes que decidir tú. Yo no me considero con derecho a hacerlo. Lo mejor será que te la lleves hoy mismo.

—¿De qué hablas?

—De la hija de Pen, por supuesto.

Cass sacudió la cabeza, tratando de aclarar las ideas. Debía de ser un malentendido.

—Tom… ¿no me estarás pidiendo que…?

—Sí —la cortó él—. No he pensado en otra cosa durante los últimos días. Yo no puedo tenerla a mi lado.

Cass se dio cuenta de que, en el estado en que se encontraba Tom, aquello era cierto. Pero, ¿quién iba a quedarse con la niña? Los familiares más cercanos eran Dray y ella. Estaba claro que Dray se negaría y, en cuanto a ella, no tenía nada que ofrecerle a una niña.

—Tom, creo que estás demasiado alterado como para tomar una decisión semejante. No solo has perdido a tu mujer, lo que ya es terrible, sino que has descubierto cosas muy desagradables sobre su pasado. Pero la niña es tu hija y…

—¡No es hija mía! —exclamó Tom.

Cass se quedó helada. Y Tom interpretó su silencio de un modo indebido.

—Tú ya lo sabías, ¿verdad? Ya se lo dije a Dray.

Cass hizo un gesto negativo con la cabeza, pero Tom no se dio cuenta, ya que tenía la mirada clavada en el suelo.

—¿Era el mismo con el que se veía el año pasado o uno nuevo?

—De verdad que no lo sé, Tom. Apenas había visto a Pen durante los últimos dos años.

—Ya, claro, lo olvidaba —el hombre soltó una carcajada amarga —. Todas esas noches que pasaba fuera, diciendo que estaba

contigo. Era tan fácil… con un móvil puedes fingir que estás en cualquier parte. Solo que no estaba contigo.

Soltó otra carcajada. Era evidente que había pensado aquello cientos de veces, pero necesitaba hablar de ello una vez más.

—Tom, no tengo palabras para decirte cómo lo siento.

—¿De verdad? ¿Y también lo sentiste aquella vez que te llamé y mentiste para salvarla a ella?

—Sí, también lo sentí entonces, lo sentí mucho, pero pensé que tenía que hacerlo. Pen se dio cuenta de que había sido una estúpida y que era a ti a quien de verdad amaba. Prometió que no tendría más amantes.

—A mí me dijo lo mismo, pero solo después de que la obligué a que lo confesara todo… No se te da bien mentir, Cass, ¿lo sabías? Tu hermana lo hacía mucho mejor. En realidad, me creí que sería fiel después de aquello. Tonto de mí.

—Estoy segura de que quería serlo —dijo Cass, tratando de consolarlo.

Pero Tom no quería ser consolado. Solo quería saber la verdad.

—De modo que, ¿cómo se llamaba? Tengo derecho a saberlo por lo menos.

—De verdad que no lo sé.

Pen le había dicho que era un ejecutivo de Carlisle Electronics, pero nada más. Y en ese momento, no parecía muy adecuado decirlo, ya que Tom no la creería.

—Bueno, no importa. Imagino que él tampoco querrá quedarse con la niña.

—Tom, ¿por qué estás tan seguro de que no es tuya? ¿Te has hecho pruebas? Ella me dijo hace tiempo que os habíais reconciliado y que estabais pensando en tener un hijo.

—¿Cuándo fue eso exactamente?

—No recuerdo la fecha exacta. Quizá a primeros de octubre.

—Te mintió —aseguró Tom, haciendo una mueca.

—No creo.

Cass recordó la conversación con su hermana y no creía que en esa ocasión tuviera ningún motivo para mentir. Pen le había pedido que la acompañara al ginecólogo para pedirle consejo. Tom la había estado presionando para que tuvieran un hijo y ella quería enterarse de las probabilidades que tenía de quedarse embarazada sin correr peligro.

Cass habló claramente a Pen. Esta no debía, de ninguna manera,

tener un hijo. El riesgo era muy grande. Incluso hospitalizándola, había un cuarenta por ciento de posibilidades de que murieran ella o el niño, o incluso ambos. La única salida era que hablara sinceramente con Tom y le explicara todo.

Pen se había negado categóricamente y Cass le había dicho que, si se quedaba embarazada, los médicos descubrirían que no era la primera vez y seguramente se lo dirían a Tom.

—Te mintió —repitió Tom, interrumpiendo sus pensamientos—. Entonces ya estaba embarazada.

—¿Qué?

—En octubre ya estaba de dos meses.

—Creía que Dray me había dicho que el niño había nacido prematuramente —dijo Cass, frunciendo el ceño.

—Eso pensamos al principio —admitió Tom—, pero los médicos han asegurado que su nacimiento ha sido normal.

Cass se quedó callada. Eso quería decir que Pen había ido a verla, ya embarazada, buscando su aprobación. Como ella no se la había dado, había decidido mantenerlo en secreto y continuar sola.

—Las fechas lo demuestran —añadió Tom.

—¿Qué demuestran?

—Que no es mío —dijo, levantándose y haciendo un gesto que daba por terminada la conversación—. Gracias por venir. Me siento mejor ahora… No le digas nada a Dray, ¿de acuerdo?

—¿De lo de la niña?

—No, del otro niño. No quiero que lo sepa. No quiero que nadie lo sepa.

—De acuerdo. Si hay algo que pueda hacer por ti…

—Será suficiente si te llevas a la niña —respondió él, dirigiéndose hacia la puerta.

—Pero Tom…

Tom no la oyó o no quiso oírla, porque se marchó sin decir nada más.

Ella fue tras él, pero se detuvo al ver que se había unido en la entrada a Dray y al tío Charles, que estaban despidiéndose de los asistentes al funeral.

Cass no quería hablar con Tom en público y tampoco se sentía capaz de marcharse. Además, sabía que Dray iría tras ella. Así que se fue al salón y se sentó.

Trató de aclarar sus ideas. Se imaginaba que Dray sabía lo que Tom iba a pedirle y que estaba de acuerdo. Ella estaba allí para

solucionar un problema. Querían que, de camino a casa, recogiera a la niña del hospital y se la llevara con ella. Así de simple, como si no tuviera su propia vida.

Tom quería que cuidara de su sobrina mientras encontraban unos padres adoptivos, pero Cass sabía que si alguna vez llegaba a tener a esa niña en brazos, no querría dejarla marchar nunca de su lado.

En esos momentos, podía irse, claro. Nadie tenía derecho a impedírselo. Pero la niña de Pen, ya no de Tom, le impidió hacerlo.

Dray no tardó mucho tiempo en aparecer. Se quedó en la entrada, mirándola con una expresión de desprecio.

—No puedo creer que hicieras eso.

—¿El qué?

—Decirle a Tom que te llevarías a la niña.

Cass hizo un gesto de desesperación. Estaba harta de que aquella familia la juzgara erróneamente.

—Yo no he dicho eso.

—Él asegura que sí.

—No dije eso. Tom ha escuchado lo que ha querido escuchar.

Dray se quedó mirándola durante unos segundos, antes de encogerse de hombros.

—Muy bien. Entonces, no tienes intención de hacer nada parecido, ¿verdad?

—¿Creíste que lo iba a hacer? ¿Cuál era el plan? ¿Traerme aquí para el funeral y luego darme a la niña para que sea yo quien la cuide?

—No. Desde luego, a mí no me pareces una mujer maternal, ¿me equivoco?

—¿Qué sabrás tú? No me conoces.

—Es cierto, no te conozco. Y vamos a centrarnos en lo importante. Hay que tomar una decisión respecto a la hija de tu hermana. Como ya habrás descubierto, Tom está convencido de que no es suya… El problema es qué hacer.

¿Le estaba pidiendo su opinión? Eso parecía, pero ella no había tenido tiempo de pensarlo a fondo.

—Creo que Tom quiere darla en adopción.

—Sí y seguramente esa sea la mejor opción si no es hija suya.

—¿No compartes su opinión al respecto? —preguntó Cass, sorprendida.

—No del todo, por eso prefiero esperar a los resultados del

análisis de sangre.

—Sí, tu hermano dice que no se lo ha hecho todavía.

—No, pero yo sí. Y mi ADN debe de ser lo suficientemente parecido al de mi hermano como para de mostrar si hay o no conexión genética.

—¿Y ha aceptado Tom?

—Ha firmado la documentación necesaria —respondió Dray—. Lo importante es determinar la paternidad.

—Esa prueba no servirá de nada, a menos que sea hija de Tom.

—Ya lo sé. Tom dice que no sabes quién es el otro candidato.

—No.

Dray fue hacia la puerta y agarró el pomo. Cass tardó unos segundos en darse cuenta de que la estaba despidiendo.

—¿Puedo irme?

—Sí.

—Si resulta que la niña no es de Tom…

—No te preocupes, no te llamaré.

Cass debería haberse sentido aliviada al escuchar aquello, pero le dolió que a él le pareciera incapaz de cuidar a un bebé.

—¿Por qué querías que viniera?

—Tom quería hablar contigo. Yo no sabía por qué. Si no, lo habría pensado mejor… De todos modos, parece más tranquilo.

—Solo porque cree que me llevaré a la niña.

—Sí, bueno… podemos dejar que siga pensándolo hasta que tomemos una decisión al respecto, ¿te parece?

Ella asintió. No quería enfadar más a Tom.

—Gracias —murmuró brevemente—. Iremos por la puerta lateral.

Cass lo siguió hasta el garaje.

—Richard te llevará donde quieras —dijo, haciendo un gesto hacia el hombre que esperaba al volante.

—Muy bien.

—Me imagino que esto es una despedida —añadió Dray.

—Eso creo.

—Probablemente es lo más inteligente, considerando el efecto que tenemos el uno sobre el otro.

Cass deseó negarlo, decir que no ejercía ningún efecto sobre ella, pero él la estaba mirando de un modo que le hizo acordarse de su encuentro en el jardín poco antes.

—Tengo que irme.

Él no la detuvo. También quería que se marchara.

Capítulo 6

Había días buenos y días malos. Ese día, definitivamente, era de los malos. Cass había estado de guardia la noche anterior y había tenido que levantarse tres veces entre la medianoche y las siete, antes de comenzar su turno de día.

Como había dormido tan poco, le costaba mucho más hacer todo y lo hacía muy despacio. Cuando el cirujano Hunter-Davis bajó a hacer su ronda, pareció disfrutar pidiéndole su opinión sobre los pacientes para luego ridiculizarla.

Cuando ya terminaba su turno, se encontró en el vestíbulo a uno de los doctores más jóvenes.

—¿Vaya si es la encantadora doctora Barker! ¿Todo preparado para un fin de semana agitado?

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Si necesita compañía, yo estoy libre.

—¿De verdad? ¿No hay ninguna enfermera que seducir, doctor Wyatt?

—No debería dar crédito a todos los cotilleos del hospital, doctora Barker. Quizá es que no he encontrado todavía a la mujer adecuada —declaró el hombre, mirándola como si ella pudiera ser la elegida.

Cass soltó una carcajada.

—¿Le suele funcionar?

—La sorprendería… Sin embargo, si quiere algo más original…

—Gracias, pero no —Cass estaba harta de los doctores del hospital y de sus egos, así que echó a andar hacia la salida.

—La acompañaré al metro.

—¿No está usted de guardia? —preguntó ella, fijándose en que él llevaba puesta una bata blanca.

—Pero es mi hora de cenar —replicó él, quitándose la bata—, y me apetece tomar un poco de aire fresco.

—Muy bien.

Salieron a la calle principal y apenas habían empezado a andar por ella cuando un hombre se interpuso en su camino.

A Cass le entraron ganas de salir corriendo cuando vio que era Dray Carlisle.

—Tengo que hablar contigo —dijo él con evidente rabia en sus

ojos.

—No tenemos nada de qué hablar —contestó ella, tratando de seguir su camino.

—Solo cinco minutos —insistió él, bloqueándole el paso—. He estado esperando dos horas a que salieras.

—Mire, si no quiere hablar con usted… —comenzó a decir Chris Wyatt, pero la mirada que le dirigió Drayton le hizo callarse.

El joven doctor se volvió hacia Cass y le preguntó en un susurro si se trataba de un paciente.

Ella sacudió la cabeza.

—Creo que será mejor que nos dejes solos.

—Muy bien, yo hago el amor, no la guerra… —dijo Chris, levantando las manos.

Cass frunció el ceño ante lo inoportuno de la broma. Al volverse hacia Dray, vio que tenía el ceño fruncido y que estaba a punto de perder el control.

Chris se dio la vuelta y se encaminó al hospital.

—¿Así que es él?

—¿Que es el qué?

—¿Es uno de tus amantes?

—No seas ridículo, es solo un colega.

—¿Un médico amigo tuyo?

—Eso es —contestó ella, dándose cuenta de que él parecía haberse enterado ya de que era doctora.

—¿Hay algún pub por aquí? —preguntó él después de torcer el rictus.

—Allí arriba hay uno, ¿por qué?

—Para que tomemos algo.

—¿Qué?

¿Creía él de verdad que querría ir a tomar algo después del modo en que le había hablado?

—La otra alternativa es que nos pongamos a hablar aquí para que todos tus compañeros del hospital se enteren de nuestros problemas —dijo, mirando a un grupo de enfermeras que salían en esos momentos.

—Muy bien —Cass echó a andar.

A pesar de que el Star and Garter era el pub más cercano al hospital, ella nunca había entrado. Estaba débilmente iluminado y la música no estaba muy alta. Ella se fijó en que en una mesa estaban sentados dos estudiantes de medicina y prefirió sentarse en

la parte de atrás para estar más apartados. Mientras tanto, Dray fue a pedir las bebidas.

Al poco, fue a sentarse, llevando un vaso alto de cerveza en una mano y el vino blanco seco que ella había pedido en la otra.

Se quedaron en silencio unos instantes.

—Bueno, ¿vas a contarme para qué has venido?

—Tengo que hablar contigo y cómo tú no has contestado a mis mensajes…

—¿Mensajes?

—He dejado al menos tres en tu contestador durante las últimas cuarenta y ocho horas.

—He estado de guardia.

—También he llamado al hospital, donde me dijeron que no había ninguna celadora que se llamara Cassandra Barker, pero que sí había una doctora con ese nombre y que solo podían pasarme con ella si sabía su extensión. La verdad es que ha sido una sorpresa enterarme de que eras doctora.

—Sí, ¿verdad?

—No entiendo cómo tu hermana no nos lo contó.

Cass se encogió de hombros. Pen no debía de querer que ella pudiera aventajarla en ningún aspecto.

—¿Cuánto hace que terminaste la carrera? —añadió él.

—Un año.

—O sea, que cuando nos conocimos, debías estar ya en la universidad.

—No, entonces era cajera en un supermercado, ¿recuerdas?

Él la miró, arqueando las cejas.

—Bueno, la verdad es que tuve que dejar la carrera durante un par de años antes de especializarme.

Cass nunca admitiría que él había sido el principal estímulo para que retomara sus estudios.

—¿Por qué tuviste que interrumpir tus estudios?

—Circunstancias de la vida.

—¿Cuáles?

No podía decirle que había sido a causa del embarazo de Pen, ya que entonces rompería la promesa que le había hecho a Tom.

—¿Qué es esto… la inquisición? Será mejor que me digas por qué has venido a buscarme.

—Muy bien —contestó él, sacando un sobre de su chaqueta y dejándolo sobre la mesa.

Aparecía el nombre de Cass y su dirección, pero no llevaba franqueo. Al momento, reconoció la letra, pero no hizo ningún ademán de agarrarlo.

—Lo encontramos entre las cosas de tu hermana y no me pareció bien enviártelo por correo.

Cass asintió. Lo cierto es que habría sido una dura sorpresa.

—¿la has leído?

—Tengo ciertos escrúpulos, ¿sabes?

—¿Y Tom?

Dray sacudió la cabeza.

—Tom le pidió a la señora Henderson, mi ama de llaves, que limpiara los cajones y armarios de tu hermana. Ella fue quien encontró la carta y me la dio a mí directamente.

—¿Cómo está?

—Sigue un poco trastornado. Y en cuanto a la niña, la prueba del DNA ha demostrado que hay un lazo genético entre ellos.

—O sea, ¿que acepta que es su padre?

—No, acepta que sea hija de un Carlisle, pero no de él.

—¿Y de quién cree que es…? —Cass se quedó mirando fijamente al hombre que tenía delante.

—Veo que has llegado a la misma conclusión que mi hermano —dijo él con gesto burlón.

Cass pensó luego que no podía ser cierto. Dray nunca le haría algo así a su hermano.

—¿Por qué no abres la carta? Quizá averigüemos la verdad en ella.

Ella tomó el sobre y, al darle la vuelta, vio que su hermana había escrito por el otro lado: Para ser enviado en caso de que me pase algo. Luego, rasgó el sobre y sacó los folios que había dentro, atemorizada por lo que pudiera encontrar.

Leyó un par de líneas:

Querida Cass, si lees esto, supongo que será por que no me han ido demasiado bien las cosas.

Después, Cass se puso en pie y él hizo lo propio, quizá dispuesto a interponerse en su camino si hacía falta.

—Perdona, tengo que ir al servicio.

Él la miró con suspicacia, pero luego se fijó en que el bolso de ella seguía junto a la mesa y la dejó ir.

Ella, por supuesto, no necesitaba ir al lavabo. Lo único que quería era leer la carta en privado. Y con esa intención, se metió a una de las dos cabinas que había en el servicio de señoras.

Leyó la carta despacio y con ganas de echarse a llorar. En ella, Pen le explicaba que iba a ser madre, a pesar de que sabía que ella no estaría de acuerdo. Pero Tom estaba muy ilusionado y no quería contarle lo de su primer bebé.

Estaba yendo a un hospital en Londres y confiaba en poder ocultarle a Tom las fechas y los detalles del parto. Una vez tuviera el niño, sabía que la perdonaría cualquier cosa del pasado.

Si le pasaba algo a ella después del parto, le pedía a Cass que se ocupara de que la niña recibiera los debidos cuidados. Pero no le decía cómo hacerlo.

También le pedía que le dijera a Tom que lo amaba de veras y se despedía de ella como: «tu hermana pequeña, que tanto te quiere».

Cass leyó la carta una segunda vez, pero ya sin ganas de echarse a llorar. Llevaban tres años apenas sin verse y, sin embargo, Pen le pedía que arreglara todos los líos en que se había metido.

Finalmente, leyó la posdata.

Siento lo de Dray, pero estoy segura de que no te conviene. Es un arrogante. Pero eso sí, es tan sexy…

Cass se preguntó por qué su hermana necesitaría disculparse. También le chocaba que volviera a decir que Dray le resultaba sexy. Aquello le hizo pensar otra vez en lo que Tom había pensado acerca de Pen y Dray. Pero no podía ser verdad…

—¿Hola? —una voz le hizo salir de su ensimismamiento—. Doctora Barker, ¿está usted ahí?

—Sí, ¿quién es usted?

—Clemens, la estudiante de enfermería —dijo con tono nervioso—. Siento molestarla, pero su… eh… amigo me pidió que comprobara si estaba usted bien.

Cass soltó una maldición en voz baja.

—Estoy bien —dijo, abriendo la puerta.

Se lavó las manos mientras contaba hasta diez antes de salir. Aun así, seguía furiosa cuando llegó a la mesa donde estaba Dray.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él.

—¿Cómo te atreves? —le recriminó ella mientras se inclinaba hacia su bolso.

Pero él se adelantó, viendo cuál era su intención, y agarró el bolso para evitar que se marchara.

—Estaba preocupado por ti.

—¡Sí, seguro, dame mi bolso ahora mismo!

—Antes, siéntate —le ordenó él, colocando el bolso a su lado.

Si hubieran estado en cualquier otro pub de Londres, ella habría montado una escena hasta conseguir que se lo devolviera, pero ese lugar estaba lleno de médicos, doctores y estudiantes de medicina. No podía armar ningún escándalo, así que, finalmente, se sentó a la mesa muy enfadada.

—Lo siento —se excusó él—, pero tardabas mucho y estaba preocupado. Solo le pedí a esa chica que entrara al lavabo de señoras para…

—Esa chica es una estudiante de enfermería, así que yo soy su superior y no me parece buena idea que la mandes al aseo para ver si estoy bien.

—No pensé que le darías tanta importancia a algo así.

—Recuérdame que un día vaya a molestarte a tu trabajo. Seguro que no te gusta.

—Tampoco sería para tanto —dijo él.

Y ella pensó que llevaba razón. Cómo jefe de su empresa podía hacer lo que quisiera.

—Sí, seguro que tienes acostumbrados a tus empleados a los escándalos. Especialmente, si incluías en ellos a la mujer de tu hermano.

Él apretó la mandíbula ante aquella acusación.

—¿A qué te refieres exactamente?

—¿Te acostabas con mi hermana?

Él la miró con el ceño fruncido, haciendo evidente que aquella pregunta no le había gustado en absoluto.

—¿Dice eso Pen en la carta? —preguntó él, arqueando una ceja.

Cass sintió el impulso de romperle el pesado cenicero de cristal en la cabeza.

¿Cómo era posible que hubiera estado enamorada alguna vez de aquel hombre?

—¿Tú que crees? —preguntó ella mientras hacía ademán de agarrar su bolso.

Pero él la agarró por el brazo una vez más y la obligó a sentarse.

—Creo que una mujer perfectamente sana no deja una carta de despedida a su hermana antes de dar a luz. Y por tanto, deduzco

que tu hermana sabía que corría algún riesgo y por eso te escribió, diciéndote que tendrías que ocuparte de la niña si Tom descubría que no era hija suya… ¿He acertado?

Cass reconocía para sí que había acertado en todo salvo en que no le había pedido que se ocupara directamente de la niña, sino que le había dicho que velara por que estuviera bien.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —Acusó a Dray—. Sabías que la niña no era de Tom, sino que era tuya.

Dray la apretó con fuerza unos segundos; luego, la soltó, como si le desagradara tocarla.

—Yo no sabía ni sé nada por el estilo y, si tú y Tom os creéis que voy a cuidar de esa niña, os equivocáis. Así que si no tienes nada más que decir… —él vació su vaso de un trago.

Cass se quedó mirándolo fijamente. Nunca habría imaginado que Dray fuera a cuidar de la hija de su hermana.

Era evidente que él ya había dicho todo lo que tenía que decir, así que se puso en pie y le de volvió el bolso.

Todavía era de día cuando salieron del pub.

—Te llevaré en coche a tu casa —se ofreció él.

—No, gracias —ella ya había tenido suficientes emociones—. Tardaré menos yendo en metro.

—Seguramente —dijo él.

Se miraron el uno al otro como esperando que uno de los dos se despidiera, pero ninguno parecía tener ninguna prisa por marcharse.

Cass quería preguntarle algo. Lo llevaba pensando desde el día del funeral, pero no estaba segura de querer saber la respuesta.

—Escucha, respecto a la niña… —comenzó a decir impulsivamente, deteniéndose al ver la sorpresa en la mirada de él.

—Yo… ¿dónde está ahora?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque me preocupa.

—Está bien atendida.

—¿En qué sentido?

—No te preocupes. Le dan de comer y la asean como es debido.

Ella se mordió el labio antes de decir que lo que quería preguntar era si le estaban dando el cariño que todo niño necesita. Pero sabía que él se habría burlado de ella.

—Los niños necesitan algo más, aparte de las necesidades básicas. Si no, su capacidad de relacionarse con los demás puede

verse perjudicada.

Él se quedó mirándola en silencio durante un rato.

—Si necesitara un libro sobre cómo criar a los bebés, doctora, ya me encargaría de conseguir uno. Pero, si te prestas voluntaria para ayudar en la práctica…

¿Aceptaría él su ayuda? Cass lo dudaba.

—Lo haría si pudiera —contestó ella finalmente—, pero estoy trabajando mucho para labrarme un futuro en mi profesión.

—Ya me lo imaginaba y por eso no he venido aquí para pedirte nada parecido.

—¿Y entonces a qué has venido? —porque estaba segura que no había sido solo para hacer de cartero.

Él tardó un poco en contestar, como si estuviera eligiendo las palabras.

—Esperaba que tu hermana confirmara en la carta que Tom era el padre de la niña, pero por tu reacción parece que no ha sido así.

—No, no dice nada. Pero parece que ninguno de los dos hermanos quiere ser el padre…

Por el enfado que mostró el rostro de él, ella se dio cuenta de había ido demasiado lejos. Entonces, se dio la vuelta para alejarse, pero Dray la agarró por el brazo.

—Parece que estás segura de que me acosté con tu hermana… ¿Me puedes decir por qué?

—Todavía no lo has negado.

—¿Y qué cambiaría eso? Lo que sí voy a decirte es que tu hermana se hubiera mostrado bastante receptiva.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, que si yo hubiera querido… —hizo una mueca con la boca—… ella me lo había dejado bastante claro.

Fuera verdad o no, a Cass no le gustó escuchar aquello.

—Eres un canalla, Dray Carlisle… —dijo ella, tratando de liberarse.

Pero Dray le agarró el otro brazo y la acercó a él.

—¿De verdad? Pues en otra época no opinabas lo mismo. ¿Recuerdas?

—No, no me acuerdo.

—¡Mentirosa! Vamos a comprobarlo.

Olvidándose de la gente que pasaba por la calle, se inclinó sobre ella y la besó.

Cass trató de apartarlo en un principio, pero finalmente se rindió

y separó los labios al tiempo que cerraba los ojos. Entonces, soltó un gemido y respondió a su beso apasionadamente, olvidándose de todo orgullo o razón.

—Pues yo sí lo recuerdo —murmuró él, separándose para susurrarle al oído—. Lo recuerdo todo. El tacto de tu piel, los sonidos que hacías, el modo en que hacíamos…

—No —exclamó Cass, estremeciéndose al recordar también ella.

Él bajó los labios por su sien y sus mejillas, buscando de nuevo su boca. La besó de nuevo y ella no pudo evitar rodear su cuello con los brazos.

Cerró los ojos y dejó volar a su mente. Tan solo tres años antes amaba a ese hombre y él la amaba a ella. Entonces, habían compartido la misma pasión que los consumía en esos momentos.

Él levantó la cabeza y la miró con una expresión que dejaba claro que sentía algo por ella.

Pero no podía ser, se dijo a sí misma.

—No, nunca fue real.

—¿No? Pues a mí lo nuestro, Cassie, me pareció siempre muy real.

¿Cassie? Otro eco del pasado. Entonces, él solía llamarla así y a ella le gustaba que lo hiciera. Pero todo aquello se había acabado.

Sí que se acordaba de aquel tiempo. Precisamente, el problema era que se acordaba demasiado bien. Durante tres semanas, había vivido en un mundo de fantasía y, después, él, al cansarse de ella, la había de vuelto a la tierra de golpe. Quizá, si se lo hubiera dicho a la cara, todo habría resultado más fácil. Pero le había encargado a Pen que hiciera el trabajo sucio por él y eso había acabado de destrozar su corazón.

Así que, como no tenía ningún deseo de revivir todo aquello, trató de evitar la boca de Dray, que intentaba besarla de nuevo.

—Lo nuestro no existe, Dray. Nunca existió. Solo fue sexo y no estoy tan desesperada en este momento… De todos modos, te tendré en cuenta, si eso te complace.

Lo dijo como si a ella le diera totalmente igual. Observó que la expresión de él cambiaba por completo mientras apartaba las manos de su cintura.

—No te preocupes. Prefiero a mis elegantes amigas antes que una puerta giratoria.

—¿Sí? ¿Como a la mujer de tu hermano, por ejemplo?

Cass, sin esperar la respuesta de él, se alejó, ciega de rabia y

temblando de furia.

Nunca olvidaría el pasado.

Capítulo 7

Cass llegaba a North Dean Hall quince días después. Antes de llamar al timbre, se arregló el pelo. Era día laborable, pero quizá él estuviera en casa.

Le abrió la señora Henderson, el ama de llaves.

—¿Sí?

—Soy Cassandra Barker, la hermana de la fallecida señora Carlisle. Llamé la semana pasada.

—Por supuesto. Me temo que el señor Carlisle no está en casa. ¿La tenía que ver hoy?

—No concretamos el día. Pasaba por aquí y me he acercado por si podía ver a mi sobrina.

Trató de que pareciera algo normal, pero por dentro estaba muy nerviosa. Se había pasado toda la semana pensando en cómo sería la niña. Había sido toda una sorpresa enterarse de que habían llevado a su sobrina a North Dean Hall.

—¿Soy inoportuna? —preguntó con una sonrisa.

La señora Henderson sonrió a su vez, pero parecía distraída.

—Me imagino que no… No creo que le importe al señor Carlisle.

Cass, por supuesto, sabía que a Drayton sí le importaría, pero eso no le impidió entrar en la casa.

—Espere un momento en el salón… le traeré algo de beber y luego le enseñaré a la niña. En estos momentos, está dormida.

—No la despierte por mí —replicó Cass—. No tengo prisa.

—Bueno, si no le importa… ¿Le apetece un té o un café?

—Un café.

Cass se quedó a solas y, en vez de sentarse, se puso a caminar por el salón. Estaba nerviosa. Sabía que, si Dray hubiera sospechado que iba a ir allí, habría avisado a la señora Henderson para que no la dejara pasar.

Por otra parte, ella no estaba segura de haber actuado correctamente. El contrato del hospital se le había terminado justo el día anterior y le habían hablado de un puesto para ella en Slough, a unas horas de Londres. Podría irse y comenzar allí una nueva vida. De ese modo, no tendría que hacerse cargo de responsabilidades añadidas.

El problema era que, si dejaba a un lado las responsabilidades,

es decir, al bebé, no estaría actuando mejor que Dray Carlisle.

Quizá lo de ella era incluso peor porque, ¿cómo iba a poder hacerse cargo un ejecutivo como Dray de una niña pequeña? Ella sí que podría hacerlo. Por ejemplo, sabía que no era bueno para un niño el que le pasaran de mano en mano como a un paquete en el que la dirección no está del todo clara. Y aun así, ella no había hecho nada hasta el momento aparte de telefonear la semana anterior. Era entonces cuando se había enterado de dónde estaba la niña.

Incluso había ido allí sin estar convencida del todo, movida más bien por un sentimiento de culpabilidad. Desde que había leído la carta de Pen, no había podido dejar de pensar en su sobrina. No sabía lo que Pen habría querido que hiciera, pero tenía que hacer algo. Quizá si veía que la niña estaba bien cuidada, podría dejarla y marcharse más tranquila.

Esperó unos quince minutos. Después, salió al pasillo y oyó un llanto de bebé. Al seguirlo, llegó hasta la cocina de la casa.

La señora Henderson tenía al bebé en brazos. Sobre la mesa, había leche vertida y un biberón volcado. En la cocina, al fuego, había un recipiente con agua a punto de hervir.

—He corrido demasiado y se me ha caído —explicó la señora Henderson—. No le he podido hacer el café. Se despertó y…

—No se preocupe. Yo la sujetaré mientras usted prepara otro biberón.

Agarró a la niña, que continuó llorando, pero ella permaneció tranquila, murmurándole palabras dulces para calmarla hasta que el biberón estuvo listo.

Luego, se sentó en una silla para darle de comer. Hasta ese momento, la niña le había parecido igual que cualquiera de las que había tenido que tratar en pediatría. Pero al darle el biberón, se fijó en su boquita rosa, en sus ojos azules y en su pelo oscuro. No se parecía mucho a Pen, pero en seguida sintió un cariño infinito y se dio cuenta de por qué no había querido verla.

—No sé cómo darle las gracias —dijo la señora Henderson—. Normalmente le tengo la comida preparada, pero hoy se ha despertado antes y yo me pongo muy nerviosa cuando se pone a llorar.

—Es difícil, lo entiendo —replicó Cass—. ¿Por qué no prepara varios de una vez?

—No sabía que se podía hacer. Desde luego, eso facilitaría las

cosas —la mujer dio un suspiro—. Me gusta cuidarla, pero no he tenido hijos y… Teníamos una niñera, Melanie, pero ayer se fue sin avisar. Todavía no se lo he dicho al señor Carlisle.

Cass la miró sorprendida. ¿Cómo no se habría dado cuenta el señor Carlisle?

—Está en América —añadió la señora Henderson, anticipándose a la pregunta de Cass—. La señora Carlisle, la esposa del señor Simon, cree que es mejor esperar a que vuelva para decírselo. Solo espero que no me eche a mí toda la culpa.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Prefiero no hablar…

—De acuerdo —dijo Cass sin querer presionar a la mujer.

Pero era evidente que la señora Henderson estaba preocupada y necesitaba hablar.

—La chica parecía muy contenta antes de que el señor Carlisle se fuera —confesó—, pero no creo que solo fuera por Ellie.

Cass imaginó por quién sería, pero no hizo ningún comentario y se concentró de nuevo en la niña.

—¿Quiere que la agarre yo o prefiere que le haga el café?

—El café si no le importa. Lo tomaré aquí si no le parece mal.

—¿Está segura? Puedo llevarlo al salón.

—No se preocupe, no estoy acostumbrada a ser servida y me siento más cómoda en la cocina.

La señora Henderson estaba encantada con la sencillez de Cass. Pocos minutos después, estaban las dos tomando café y hablando relajadamente.

—Lo hace muy bien —dijo la señora Henderson, viendo cómo Cass entretenía a la niña después de que esta hubiera tomado el biberón.

—Cuando era adolescente, cuidaba muchas veces a los hijos de los vecinos. Es fácil, no se preocupe. Ya aprenderá.

En ese momento, sonó el teléfono y, aunque Cass no pudo oír la otra parte de la conversación, se dio cuenta de que al marido de la señora Henderson le había ocurrido algo.

Cuando esta colgó, le contó que, efectivamente, su marido se había roto la cadera trabajando y le habían llevado al hospital.

—Tendré que ir, ¿quién cuidará de la niña?

La mujer pensaba en alto, más que hablar con Cass, quien resistió el impulso de ofrecerse. Se había prometido a sí misma que no se implicaría.

—Puede llamar a Camilla, la mujer de Simon —sugirió Cass.

—No sé… Quizá diga que sí.

La señora Henderson telefoneó a Camilla y esta, aunque no parecía muy dispuesta a ayudar, aceptó ir más tarde a recoger a la niña para llevársela a que pasara la noche con ella. Cass, entonces, se ofreció a quedarse con la niña hasta que fuera Camilla para que la señora Henderson se pudiera ir al hospital.

—¡No le puedo pedir eso!

—No me lo está pidiendo, me estoy ofreciendo yo.

—No estoy segura…

Tampoco Cass lo estaba, ya que no iba a ser la visita rápida que había pensado.

Pero la señora Henderson le tomó la palabra y, después de arreglarse apresuradamente, salió corriendo para ir a ver a su marido.

Cass pensó que solo iban a ser dos horas. Trataría de disfrutar de la compañía de su sobrina y luego se olvidaría de ella igual que había tenido que hacer con otros miembros de su familia.

Hacía un buen día, así que decidió dar un paseo al aire libre. Colocó a la niña en el cochecito y salieron al jardín.

Dieron la vuelta a la casa y luego caminaron por el sendero de entrada. Los árboles formaban una cúpula a través de la cual se filtraba el sol de verano. La niña miraba hacia arriba, fascinada por las luces y las sombras que le daban en la cara. Cass tenía la misma sensación de fascinación al mirar a la niña.

Todos los bebés eran preciosos, pero algunos más que otros. Ellie era uno de ellos y eso hacía la situación más delicada. Muchas parejas habrían estado encantadas de tener una niña así, pero esta no tenía madre ni padre, a menos que uno de los Carlisle decidiera hacerse cargo de ella. Al mirarla, Cass se preguntaba cómo era posible que no lo hubieran hecho ya.

Ella, en otra etapa de su vida, se habría quedado con ella, pero no en ese momento. ¿Qué tenía ella que ofrecer a un bebé? No tenía un verdadero hogar ni dinero, aparte del que ganaba todos los meses.

Además, si Ellie se parecía en el futuro a Pen, no se lo agradecería. La infancia de Pen había sido muy triste debido a la falta de dinero. ¿Y no habría sido mucho peor si hubiera sabido que podría haber tenido una vida llena de lujos y comodidades?

Porque eso sí que podía ofrecérselo la familia Carlisle. Nada de

cariño, quizá, pero sí un lugar en la familia. ¿Por qué si no la había llevado Dray a su casa cuando podría haberla dejado en un centro en espera de su adopción?

¿Y qué podía ofrecerle ella? Cariño, nada más. Ella en el pasado había creído que eso era suficiente. Había amado a Pen y había pensado que había hecho lo mejor para ella, pero su hermana nunca había sido feliz. Siempre había estado buscando otra cosa, incluso cuando parecía tenerlo todo: dinero, una casa grande y un marido que la amaba. ¿Qué era lo que le había faltado?

En ese momento, miró a la niña y esbozó una sonrisa. Ellie era un nombre bonito, pensó. ¿Quién se lo habría puesto? Si había sido Dray, ¿no demostraría eso que él era el padre?

¿Demostrarlo? La verdad era que el hecho de haberla llevado a su casa dejaba el asunto bastante claro.

Tenía que aceptarlo. Dray Carlisle había hecho el amor con su hermana. ¿Por qué iba a importarle eso a ella? Sus sentimientos por él habían muerto hacía mucho tiempo. Era a Tom al que habían traicionado. Era Tom quien estaba destrozado por esa doble traición.

En su caso, se trataba solo de algo que había herido su orgullo, a la vez que le hacía recordar lo tonta que había sido años antes. ¡Qué fácilmente la engañaban por aquel entonces!

No le extrañaba que Dray hubiera pensado que se acostaba con todos. Nunca había sentido algo semejante por nadie, pura lujuria, aunque entonces hubiera pensado que era amor. Pero nunca había confiado en él lo suficiente como para poder emplear esa palabra.

Sin embargo, él sí la había usado y ese había sido su crimen. No tenía por qué haberlo hecho.

¿Qué le habría dicho a Pen? Quizá con Pen habría sido sincero y Ellie sería una niña deseada. ¿Era eso mejor o peor? Imaginaba que mejor, pero no podía evitar que le dejara un sabor amargo en los labios.

Tragó saliva y continuó caminando. Se detuvo cerca de la casita del tío Charles, temerosa de que este la viera. Siempre había sido muy amable con ella, pero, ¿y si Dray le había contado algo desagradable después del funeral?

Fue de nuevo hacia la casa y entró por la puerta trasera.

Eran casi las seis cuando Camilla Carlisle apareció, a pesar de que había prometido ir a las cinco.

—Oh, esperaba ver a la señora Henderson, ¿quién es usted?

—Soy Cass Barker, la hermana de Pen. He venido a ver a mi sobrina.

La mujer puso inmediatamente una expresión de disgusto.

—¿Sabe Dray que está aquí?

—No, he venido sin avisar. Pero no se preocupe, no voy a secuestrarla.

—Es una pena, eso solucionaría todos nuestros problemas. Pero imagino que estará muy ocupada con su trabajo.

—Algunas personas tenemos que trabajar para vivir al no habernos casado por dinero.

—¿Se refiere a su hermana? No creo que lo diga por mí porque tengo mi propia herencia.

—Me alegro por usted… La señora Henderson se fue al hospital hace rato y Ellie está durmiendo. Le he preparado algunos biberones. Están en el frigorífico.

Se puso a un lado para dejar que Camilla pasara.

—Parece que lo tiene todo controlado, así que no la molestaré.

—¿Cómo?

—Que no la molesto, me voy —dijo, evidentemente satisfecha.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el coche.

Cass corrió detrás de ella.

—Espere. La señora Henderson dijo que usted se la llevaría esta noche.

—Solo si era absolutamente necesario y, como veo que está usted aquí, no lo es —dijo, subiéndose al coche.

—¡No puedo quedarme! —exclamó, agarrando la puerta para que no la pudiera cerrar—. Y aunque pudiera, Dray no querría que me quedara.

—¿Es eso cierto? ¿Y por qué? —preguntó la mujer con expresión suspicaz.

—No querría que una desconocida se quedara en su casa —dijo Cass, sin querer entrar en detalles.

—¿Por si roba la plata de la familia? No importa, él tiene un seguro… Y ahora, si cierra la puerta…

—Ciérrela usted —dijo Cass, alejándose.

Camilla soltó una maldición y arrancó el coche, que unos segundos después se alejó a toda velocidad.

Cass volvió a la casa, preguntándose qué hacer. ¿Llamar a la señora Henderson para que volviera? No sabía en qué hospital estaba, así que le costaría encontrarla. ¿Llevarse a la niña a Londres

con ella? Eso era impensable.

Solo podía esperar.

Dio a la niña el biberón cuando se volvió a despertar y, más tarde, la bañó. Cuando todavía no eran las nueve, Cass decidió darle una última toma y acostarla.

Subió al primer piso y pasó por la habitación de Dray para tomar prestados un cepillo de dientes y una camisa antes de continuar hacia la habitación de la niña. Después de dormirla, se dio una ducha rápida y se acostó en la habitación de al lado.

A pesar de estar en una casa que no era la suya y en una situación de lo más extraña, Cass durmió unas horas. En mitad de la noche, oyó ruidos, pero al principio creyó que eran parte del sueño. Después de un rato, no pudo seguir ignorándolos.

Era el llanto de un bebé. Se levantó inmediatamente y fue a la otra habitación.

—Ya estoy aquí, Ellie.

Dio dos pasos hacia la cuna y se quedó helada. La habitación estaba a oscuras, pero entraba alguna claridad por la ventana y vio a una persona inclinada sobre la cuna. Por un momento, temió que fuera alguien que quería secuestrar a la niña y se asustó.

—Melanie, soy yo Drayton Carlisle.

La reacción inmediata fue un suspiro de alivio, pero en seguida, se puso nerviosa.

—Me temo que la he despertado yo. No estaba seguro de si tomarla en brazos —añadió Dray en voz baja.

—No soy Melanie —anunció Cass, acercándose y agarrando a la niña—. Tranquila, no pasa nada.

—¡Tú! —exclamó Dray, encendiendo la luz de la lamparilla.

—Sí —confirmó mientras la luz invadía la habitación—, yo.

—¡No me lo puedo creer! ¿Qué estás haciendo aquí?

—En este momento, tratando de dormir a Ellie. A menos que quieras hacerlo tú. En ese caso, te sugiero que utilices un tono de voz menos agresivo.

Le ofreció la niña.

—Muy graciosa, te espero fuera.

—Si es eso lo que quieres… —el tono de Cass fue despectivo.

—No, lo único que quiero es meterme en la cama.

Cass se encogió de hombros.

—No te preocupes —añadió él—, no era una proposición. Después de un vuelo de nueve horas, no tengo energías.

—No estaba preocupada —replicó ella secamente.

—Eso me parece interesante —añadió él desde la puerta.

—No quería decir… —pero no terminó la frase, por que él ya había salido.

Se quedó pensativa. Desde luego, era absurdo que ella estuviera allí, en su casa, sin su permiso y cuidando a esa niña, que quizá fuera su hija. ¡Debía de estar loca!

La niña dejó de llorar poco a poco y se durmió. Cass la puso cuidadosamente en la cuna y se sentó en la cama, sin querer salir todavía de la habitación. Cuando pasaron unos minutos, decidió que había dejado pasar suficiente tiempo.

No se oía nada en el pasillo. ¿Se habría ido Dray ya a su habitación? Esperó otros cinco minutos y luego se deslizó hasta la habitación de al lado.

Cerró la puerta con cuidado y, cuando se iba a meter en la cama después de encender la luz de la lamparilla, lo vio sentado en un rincón.

Parecía muy relajado. Llevaba unos pantalones de traje y una camisa blanca, pero se había aflojado la corbata.

—¿Qué haces aquí? —preguntó furiosa.

—Creo que eso lo tendría que decir yo. Vivo aquí, ¿recuerdas?

—Me dijeron que estabas en América.

—Me imagino que eso lo explica todo. ¿Cuántos días llevas aquí?

—He venido esta tarde para ver a la niña y tuve que quedarme porque el marido de la señora Henderson se rompió la pierna y no me quedó más remedio.

—¿Dónde está Melanie?

—Se ha marchado —Dray la miró con extrañeza—. No me mires así, yo ni siquiera la conozco… Seguramente, te echaba de menos —sugirió.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Adivínalo!

Dray se levantó y fue hacia ella. Cuando llegó a su lado, Cass ya no recordaba por qué estaban discutiendo.

—¿Crees que era su amante? —Preguntó con desprecio—. Sí, lo crees, ¿verdad? Tienes esa idea absurda de que voy por ahí seduciendo a todas las mujeres que se me cruzan. ¿Tienes esa baja opinión de mí o es por ti misma?

—¿Eso qué quiere decir?

—Primero me acusas de acostarme con tu hermana y de ser el padre de la niña. Luego, aseguras que he seducido a una adolescente a la que ni siquiera podría distinguir en una multitud. ¿Sugieres a alguien más? ¿Quizá a la señora Henderson?

—¿Quién sabe?

—Exactamente, ¿quién sabe? Tu opinión es que no discrimino, pero, ¿qué pruebas tienes? ¿Tienes tan baja opinión de ti que te crees que el que se acuesta contigo es peor que tú?

—Eso es lo más ridículo que he oído en mi vida. Si me acosté contigo, la única explicación es que fue un momento de locura, pero el resto es palabrería de psicólogo aficionado.

—Momentos.

—¿Qué?

—Momentos de locura. Más de uno. De hecho, fueron dieciséis. Diecinueve, si cuentas el sexo oral.

Cass se quedó muda, tanto por su franqueza, como por el hecho de que recordara exactamente el número de veces que lo habían hecho. Imaginó que Dray esbozaría una sonrisa irónica, pero permaneció serio, mirándola fijamente a los ojos como si quisiera que ella recordara exactamente cómo había sido.

Y Cass no necesitaba que la mirara para recordar aquel tiempo. Incluso enfadada como estaba, podía sentir la intensa atracción que había entre ambos y que amenazaba con imponerse a todos los demás sentimientos.

Entonces, sin pensarlo, le dio una bofetada. Era la primera vez que lo hacía y, al ver la marca de los dedos en el rostro de Dray, se apartó de él alarmada. Luego, intentó llegar a la puerta, pero Dray reaccionó rápidamente y la agarró por la manga con tanta fuerza, que la tela se rompió.

—¡Suéltame! —gritó, más furiosa que asustada.

—Pégame otra vez, ¿lo harías? Me imagino que no.

—¡Te lo has buscado tú!

—¿Por decirte la verdad? ¿Es tan duro admitir que hicimos el amor?

Cass lo miró con desprecio y trató de soltarse sin conseguirlo.

—No debería ser así —añadió él—. Lo supiste todo el tiempo.

—¿El qué supe?

—Que entre nosotros solo había sexo. Sé que no te hacías ilusiones, ¿verdad? No tenías planes de que lo nuestro durara más de dos semanas, ¿a que no?

¿Qué estaba diciendo? ¿Que él sí había tenido planes? Ella agitó la cabeza y él lo tomó por respuesta.

—No, claro que no.

—Yo nunca he dicho…

—¿Crees que el que no dijeras nada mejora las cosas?

—No lo entiendes…

—¡Pues claro que no! Es verdad, claro que no dijiste nada. Esperaste hasta que me enamoré locamente de ti y te lo confesé. Entonces, te fuiste sin decir nada. ¡Dejaste que tu hermana lo hiciera por ti!

Cass lo miró atónita.

—¡No me mires así! Sabías lo que yo sentía. Estaba a tus pies y tú seguiste sin decirme nada… porque es lo que te gusta, ¿verdad? —gritó, agarrándola fuertemente.

Cass notaba en su cara el aliento de Dray, igual que su rabia. Tragó saliva, pero siguió sin saber qué decir.

—La sensación de poder que tienes sobre mí es lo que sientes cuando te beso. Mira —cubrió su boca y la besó, silenciando cualquier protesta—. ¿Qué te ha parecido, dulce o amargo?

Cass negó con la cabeza. No quería seguir su juego, era demasiado peligroso.

—No tengo ningún poder.

—¿No? —preguntó, agarrándola por las caderas para que ella notara su miembro rígido.

Ella retrocedió inmediatamente y él no se lo impidió, aunque le alzó la barbilla.

—No estarás asustada, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Debería estarlo? —preguntó, mirándolo con gesto desafiante.

Fue un error. Los ojos oscuros de él se clavaron en los suyos, atrapándola.

Le costó un esfuerzo tremendo no temblar cuando él empezó a acariciarle el cuello.

—Tan fría y controlada… —el tono de él era de admiración, pero intentaba destruir su compostura.

Ella contuvo el aliento cuando la mano de él le echó hacia atrás el pelo de la cara y le acarició la mejilla.

—No sigas.

—Tengo que hacerlo —susurró contra sus labios.

Fue todo demasiado fácil. Dray no tuvo que forzarla. Ella se

quedó quieta durante unos segundos. Luego, respondió al beso apasionadamente, hasta que darse sin aliento.

Dray no le dio tiempo para que se recuperara, sino que la atrapó contra la pared y comenzó a acariciarla por todo el cuerpo. La besó en las sienes, en las orejas y en la mejilla. Luego, abrió el cuello de la camisa del pijama y siguió besándola por los hombros.

Cass se rindió antes de que la mano de él se metiera dentro de la tela, abriera los botones y acariciara sus senos. Primero los cubrió con la palma de la mano; después, se concentró en los pezones. Ella gimió y él cubrió el gemido con más besos.

La besó apasionadamente mientras sus manos palpaban sus senos. Suavemente al principio, luego más intensamente, atormentándola hasta que sus pezones se hincharon y ella se sintió débil, además de completamente excitada.

Fueron hacia la estrecha cama y Cass se tumbó de bajo de él como una víctima rendida. Él le abrió del todo la camisa y hundió la boca sobre sus senos mientras llevaba una mano a su vientre liso. Mano que fue bajando hasta llegar al lugar secreto entre sus muslos.

Era cierto. Él no había olvidado nada. Cómo tocarla, cómo acariciarla, como hacerla gemir de placer hasta tenerla rendida y suspirando por ser satisfecha.

Pero cuando él levantó un momento la cabeza, Cass oyó el llanto de un bebé.

—Ignóralo… durante un rato —suplicó él.

Cass lo intentó, pero le costaba concentrarse a pesar del deseo que sentía por él.

—Lo siento —murmuró finalmente—. No puedo.

Dray levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Lo entiendo.

Se apartó y se sentó en el borde de la cama, observando cómo ella se abrochaba la camisa. Mientras lo hacía, él no dejaba de acariciarle los muslos. Dray sabía el efecto que tenía sobre ella. Era evidente, después de todo.

Cass, medio vestida, corrió hacia la habitación infantil para tomar a Ellie en brazos. Imaginaba que Dray se quedaría en la otra habitación, pero la siguió y encendió la lamparilla de noche. Parecía que no quería dejar de mirarla.

Y la observó mientras paseaba con la niña en brazos por la habitación. Ella trató de concentrarse en Ellie, pero le costó hacerlo. Todavía le ardía el cuerpo por las manos de Dray.

—Es preciosa, ¿verdad? —dijo él.

—Sí.

—¿Sigues pensando que es mía?

Cass no contestó.

—Pues no lo es —añadió con firmeza.

Entonces, se acercó a ella y la abrazó por detrás.

Cass, sin embargo, retrocedió, decidida a que no la tocara. Si se dejaba, estaría perdida.

—Debes pensar que soy idiota —protestó—. ¿Crees que voy a creerte tan fácilmente y luego irme a la cama contigo?

Dray dejó caer las manos y apretó la boca. No le gustaba que lo llamaran mentiroso.

—No, creo que eres una cobarde —musitó—, porque tratas de ocultar la verdad y tus verdaderos sentimientos. Deseas una intimidad que te da miedo alcanzar. De manera que te alejas de cualquier cosa o cualquier persona que no puedas manejar.

Eran solo palabras, pero, ¿por qué le dolían tanto? ¿Porque eran ciertas quizá? O porque él sería quien en última instancia se marcharía sin mirar atrás?

Cass pensó en todo eso mientras volvía a la cama donde habían estado a punto de hacer el amor. Se acurrucó, completamente destrozada, y trató desesperadamente de ignorar el deseo que la devoraba por dentro.

Capítulo 8

Lo que ocurrió al día siguiente no estaba planeado. Lo último que Cass pensó cuando se quedó dormida fue que se marcharía nada más despertarse. Pero la detuvo el llanto de la niña.

La sacó de la cunita y fue al baño de la planta de abajo. No se veía a Dray por ninguna parte y eso la tranquilizó. Dio de comer a la niña y se quedó observándola un rato para recordar sus pequeñas manitas, su cara y su pelo, creyendo que sería la última vez que la vería.

Cuando la niña se quedó de nuevo dormida, Cass la dejó en el cochecito, recogió su abrigo y se sentó, esperando a que Dray apareciera. Imaginaba que seguiría dormido, recuperándose del viaje del día anterior.

Pasaron varios minutos hasta que finalmente sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Soy Dray.

—Sí.

—¿Has visto la nota?

—¿Nota?

—Sí, te dejé una debajo de la puerta.

Cass se quedó pensativa unos segundos. ¿Cuándo se la habría dejado? ¿Y por qué? ¿Temía otro encuentro con ella?

—¿Dónde estás ahora? —preguntó finalmente.

—En el trabajo. Tenía una reunión a las ocho que no podía cancelar.

No mencionó el hecho de que la había dejado con un bebé que no era responsabilidad de ella.

—No te preocupes —continuó él, leyéndole el pensamiento—, la solución está de camino. La agencia mandará en seguida una suplente.

—¿La agencia?

—La de niñeras.

—Entiendo… Y esperas que yo le haga la entrevista.

—¿Qué? —preguntó él, claramente sorprendido—. Claro que no. La agencia ya ha revisado sus referencias. Tú solo tienes que dejarla a Ellie.

«Como si fuera un paquete», pensó Cass.

—¿Tengo que hacerle el contrato?

—¿Hacerle el contrato? —repitió él, enfadado—. Si quieres hacerlo… pero no es necesario. Espera, luego te llamaré, ahora tengo que dejarte.

—¡Espero que no me hagas esperar mucho tiempo! —concluyó bruscamente mientras colgaba el teléfono.

Pero un segundo después, el teléfono volvió a sonar. Ella lo ignoró, lo cual no fue muy inteligente, ya que continuó sonando hasta que despertó a Ellie, que se puso a llorar. Cass siguió sin contestar y agarró a la niña, a la que se llevó fuera para darle una vuelta.

North Dean Hall había sido el hogar de la familia Carlisle durante cuatro generaciones, pero era aún más antiguo. Sus habitaciones grandes y de altos techos hablaban de una familia rica y de muchos hijos atendidos por un ejército de criados. Sugerían grandes fiestas y veladas prolongadas hasta el amanecer.

En ese momento, estaba tan vacía, que Cass pensó con aprensión en el eco que provocaría su risa en el opresivo silencio. Dray había elegido vivir allí, pero, ¿y Ellie? ¿No se sentiría sola en esas habitaciones interminables? ¿No se sentiría abandonada y olvidada? ¿O la riqueza supliría todo eso?

Cass no sabía la respuesta. Solo sabía que no le gustaba tener que dejar a su sobrina con una chica cualquiera a la que ni siquiera conocía. Así que, cuando esta llegó, con síntomas de un fuerte catarro, la echó, hizo una llamada, empaquetó lo más importante y preparó dos biberones para el viaje. Cuando el taxi llegó, estaba lista.

No pensó en lo que estaba haciendo hasta que estuvo en el tren de camino a Londres. Y para entonces, era demasiado tarde. No había pensado en nada más que en cuidar de Ellie. Ni siquiera se había dado cuenta del esfuerzo que requería cuidar a una niña pequeña y de todo lo que hacía falta.

Cuando finalmente llegó a la estación, estaba agotada de abrir y cerrar el carrito, así como de tener que llevar todos los demás enseres, además de la niña. Cuando esta se quedó dormida, ya cerca de casa, sintió un gran alivio.

Cuando finalmente llegaron, dejó a la pequeña en el vestíbulo mientras vaciaba el contenido de una gran bolsa sobre la mesa de la cocina: pañales, toallitas, una muda de ropa, leche en polvo…

No tenía cuna, claro, ni juguetes ni dinero de sobra para

comprar ese tipo de cosas. Miró a su alrededor, fijándose en aquella casa que jamás había sentido como su hogar, y tuvo que recordarse una vez más el motivo por el que había llevado allí a la niña. Para ello solo tenía que acordarse de la niñera que había ido aquella mañana, una adolescente recién salida del instituto. Y luego estaba Dray, un hombre que vivía tratando de esquivar cuidadosamente el matrimonio y los hijos.

Al mismo tiempo, una voz interior le habló de todo aquello de lo que iba a privar a su sobrina. La mansión de veinte habitaciones en Berkshire, una educación en colegios privados, los juguetes, ropa y regalos…

—Pero esas cosas no son importantes —dijo en voz alta, aunque sin mucho convencimiento.

Porque, ¿qué iba a ofrecerle ella a su sobrina? ¿Amor? Nunca había sido muy buena en eso. ¿Una familia? Solo quedaba ella y ¿qué pasaría si muriera? ¿Un futuro? Ella no podía pensar más allá de las próximas horas.

¿Qué había hecho? Cass miró a su sobrina dormida y empezó a darse cuenta de la realidad. No lo había pensado minuciosamente. Había reaccionado impulsivamente, como siempre que Dray Carlisle estaba cerca, y tendría que hacer frente a las consecuencias.

Para tratar de distraerse, comenzó a abrir el correo que encontró sobre la alfombra, pero solo sirvió para recordarle las graves consecuencias de su comportamiento. Entre las facturas, había una notificación del estado actual de su préstamo para estudiar y una carta del trabajo que iba a empezar en breve. De hecho, era el lunes de la semana siguiente cuando empezaría a trabajar en Slough y tendría que llevarse con ella a la niña.

Desde luego, no iba a ser fácil. Había trabajado mucho para llegar a ser médico y no parecía un oficio compatible con el hecho de ser madre a la vez. Al parecer, tendría que tomar una decisión: o su carrera o la niña.

No había tomado todavía una decisión cuando llamaron al timbre de la puerta, ya de noche. Supo que era Dray antes de apartar la cortina. Habían hablado por teléfono poco antes.

—¿Cass?

—¿Sí?

—¿Está contigo?

—Sí.

—Muy bien.

La línea se cortó, como si él no hubiera sabido qué decir. Cass no tuvo otro remedio que interpretar ese muy bien. ¿Le parecía muy bien que la tuviera ella allí? ¿O también quería decir que iría a buscarla?

Sería inútil escapar. Dray, con muchos más recursos, terminaría encontrándola. Así que se quedó sentada, pensando en qué habría querido decir él y en qué prefería ella que hiciera.

Finalmente, tuvo que enfrentarse a la verdad. En un momento de locura o inconsciencia se había llevado a Ellie, pero, ¿de verdad quería hacerse cargo de ella? Pensó en todos aquellos años en los que había estado cuidando de Pen y sobreviviendo con trabajo duros. Había sido una vida difícil, ¿quería repetirla?

No.

Apenas había llegado a la entrada cuando Dray llamó de nuevo. Cass abrió y lo dejó entrar. Parecía sorprendido, como si pensara que iba a tener que tirar la puerta abajo.

—¿Has venido por ella? —preguntó sin preámbulos Cass.

—¿A qué si no?

—Está en el salón.

—Espera un momento —ordenó Dray, agarrándola del brazo.

No le dio otra alternativa.

—No quiero discutir —dijo ella con frialdad.

—¿Crees que me importa lo que tú quieras? Tardas dos meses en venir a ver a la hija de tu hermana y luego apareces de repente y te comportas como Mary Poppins… Pero en ti solo es apariencia, porque la has tenido un día y ya has tenido bastante, ¿verdad?

Cass no pudo evitar ruborizarse, avergonzada.

—Sé que he actuado precipitadamente y quizá tengas derecho a estar enfadado…

—¿Enfadado? ¡Enfadado no es la palabra! ¡Enfadado no explica ni una mínima parte! ¿A qué demonios te crees que juegas, echando a la niñera?

—No me pareció adecuada para la niña.

—Sí, claro, ella no sabía cómo hacer una traqueotomía, ¿verdad? ¿O era porque no sabía hacer un masaje cardiaco?

—Le pregunté solo qué haría si Ellie dejaba de respirar o se atragantaba, eso es todo —le explicó Cass—. Creo que son dos preguntas normales. La chica también tenía un fuerte catarro y, por si no lo sabes, los bebés son muy frágiles y en seguida se contagian de las enfermedades respiratorias.

—Pareces un libro. Pero ahí se acaban todos tus conocimientos sobre los bebés, ¿verdad?

—La verdad es que no —protestó, recordando que había estado cuidando niños en su adolescencia.

—¿Era cierto, entonces? —dijo él, entornando los ojos.

—¿El qué?

—Tu hermana sugirió que habías tenido un hijo cuando eras jovencita.

—¿Cómo?

—Lo que has oído.

—¿Pen dijo que yo había tenido un hijo?

—No con esas palabras exactas, pero lo insinuó cuando diste por finalizada nuestra relación.

—¡Yo no di por finalizada nuestra relación!

—No, tú no tenías el coraje necesario. Fue Pen quien me explicó que la experiencia te había hecho alimentar una opinión bastante cínica de los hombres, pensando que ellos solo buscaban divertirse y las mujeres erais quienes os quedabais luego con los hijos.

Cass frunció el ceño. Era cierto que le había dicho algo así a Pen años antes, pero, ¿por qué y cuándo se lo había dicho su hermana a Dray?

—No llegué nunca a saber si lo pensabas por experiencia propia y, la verdad, tampoco quise saberlo.

Porque era lo que le convenía, pensó Cass. Por aquel entonces, seguramente quería dejarla ya y había utilizado el comentario de Pen como excusa.

—Yo nunca fui tu tipo ideal de mujer, ¿verdad?

—Quizá no. ¿Es cierto que tuviste un hijo?

Cass se ruborizó violentamente y luchó entre decir la verdad o silenciarla por la promesa que había hecho a Tom de no revelar el embarazo adolescente de Pen.

—Tu silencio me confirma que sí. ¿Qué pasó?

—Fue un niño. Murió al nacer —contestó ella.

Intentó decirlo de manera fría, pero la voz la traicionó y reveló la tristeza que aún sentía por aquel bebé.

Dray se dio cuenta.

—Lo siento —dijo, sorprendiéndola.

Cass hizo un gesto. No quería su compasión. En ese momento, Ellie comenzó a llorar. Cass, aliviada, se volvió hacia la cocina, que era donde estaba la niña.

Dray la tenía todavía agarrada, aunque ya más suavemente. Pero al intentar ella soltarse para ir a por la niña, él le apretó el brazo con fuerza.

La niña gritó de nuevo y Dray aflojó la mano. Cass permaneció unos segundos quieta y luego salió corriendo a la cocina.

No era extraño que la niña se hubiera despertado. Cass le había hecho una camita en un cajón cubierto con una sábana doblada, así que no era la cuna ideal.

Agarró a la niña, pero esta continuó llorando.

Dray Carlisle la observó desde la entrada, cosa que no era de mucha ayuda. Cass estuvo tentada de darle a la niña, pero no tenía mucha confianza en que él lo hiciera mejor.

En lugar de ello, trató de ignorarlo y meció a la niña hasta que esta comenzó a tranquilizarse.

—Lo haces de un modo que parece fácil —comentó Dray.

Podía haber sido un cumplido, pero Cass no quiso tomarlo como tal.

—¿Has traído la sillita del coche?

—¿Por qué te la trajiste? —preguntó él después de asentir.

Era evidente que se refería a por qué lo había hecho para luego dejar que él se la llevara con tanta facilidad.

—Creí que podría cuidar de ella —admitió—, pero no estaba siendo realista. Tengo que devolver el dinero del préstamo estudiantil y el lunes que viene empiezo un curso de prácticas. No puedo cuidarla y trabajar como médico a la vez. Por otra parte, ¿cómo se tomaría Ellie en el futuro el que yo la prive de todas las cosas que tú puedes darle?

Dray observó a la niña, acurrucada y tranquila en los brazos de Cass.

—Es difícil saber lo que será mejor para ella a largo plazo.

—Así es. Pero sí sé lo que puedes hacer a corto plazo. Tendrás que contratar a una niñera fija que la cuide durante sus primeros años. La niña necesita estabilidad.

—Claro… aunque solo va a estar conmigo hasta que Tom se haga cargo de ella.

—¿Tom? Creía que él no tenía nada que ver.

—Prefieres que sea yo el malo de la película, ¿verdad? Pues siento disgustarte, pero Tom es el padre de Ellie.

—¿Es cierto?

—Totalmente cierto… tengo la prueba de ADN que lo confirma.

Cass quería creerlo. Nunca había deseado que fuera la hija de Dray.

—Creí que Tom se había negado.

—Lo convencí.

Empleó un tono extraño que hizo preguntarse a Cass por los métodos que habría utilizado.

—¿Va entonces a cuidar de Ellie?

—Eso está por ver. Tom sigue relacionando a Ellie con tu hermana y sigue convencido de que esta le fue infiel hasta el día en que murió.

—¿Y es cierto?

—Es posible.

Cass lo interpretó como un sí y descubrió que la verdad le dolía, pero trató de ocultar sus sentimientos.

—¿Quieres preguntarme algo más, como por ejemplo, quién era el hombre?

Se estaba burlando de ella porque ambos sabían la identidad del hombre. Él quería hacerla sufrir más. Vengarse, quizá, por el pasado.

—No —contestó.

—Ya lo sabes, ¿verdad?

—Sé lo justo.

Cass no quería oír los detalles de su aventura con su hermana. El hecho en sí ya le era suficientemente doloroso.

—He recogido las cosas de Ellie —continuó—. Están en la mesa de la cocina.

Era, sin duda alguna, un modo de decirle que ya se podía ir, pero él no parecía tener ninguna prisa.

—¿Y las tuyas?

—¿Las mías?

—Sí, tus cosas. Necesitarás algo de ropa, me imagino.

—¿Perdón? —preguntó confundida.

—Te vas a venir a North Dean Hall —afirmó en un tono frío.

Cass se quedó muda por la sorpresa. ¿De verdad creía él que podía darle órdenes?

—Tranquilízate, es para cuidar de Ellie hasta que consiga otra niñera. Si encontramos una que te parezca apropiada, claro.

—No puedo irme contigo —aseguró ella.

—¿Por qué no?

—Para empezar, tengo que dejar esta casa antes de empezar mi

nuevo trabajo.

También tenía que encontrar la nueva casa en que iba a vivir, comprar un coche y algo de ropa.

—¿Dónde vas a trabajar?

—En Slough.

—Desde North Dean Hall, hay trenes para allá. Además, tengo un coche pequeño, un deportivo, que puedes usar.

Cass soltó una carcajada. ¿De verdad se creía Dray que quería aparecer en su nuevo trabajo en un coche deportivo? ¡Desde luego no era lo más apropiado!

—No pensé que quisieras tenerme de nuevo en tu casa —dijo, ocultando sus pensamientos.

—Lo que yo quiera no importa —replicó él—. La realidad es que tengo que cuidar de una niña pequeña y no sé cómo darle de comer, bañarla o cambiarle los pañales.

—¿Y la señora Henderson?

—Se irá hoy al hospital hasta que su marido mejore —explicó—, así que mientras tú haces la maleta, yo recogeré las cosas de la niña y las llevaré al coche.

Cass siguió a Dray con la niña en brazos mientras este recogía las cosas de la niña de la cocina y las llevaba al vestíbulo. Luego, se quedó esperando en la entrada mientras él volvía del coche con la sillita.

—¿No puede ayudarte Camilla Carlisle? —sugirió.

—Camilla Carlisle me habría ayudado si alguien no la hubiera hecho enfadarse.

—Fue muy grosera conmigo —protestó Cass—, aunque me imagino que no me creerás.

—Pues sí te creo —declaró, sorprendiéndola—. Camilla tiene sus razones para no sentir ningún cariño hacia tu hermana y ese sentimiento lo vierte también en ti.

—Entiendo —Cass no iba a arriesgarse a indagar en ello.

—Lo dudo. Pero si aceptas lo inevitable y te vas a hacer la maleta, yo me encargaré de la niña.

Cass podía negarse. ¿Cómo iba a obligarla él, después de todo? No podía hacerlo, claro, pero el problema era Ellie.

—Me quedaré uno o dos días —aceptó finalmente—. Asegúrate de que le sujetas bien la cabeza.

—Eso sí lo sé.

El hombre agarró a la niña, aunque la sostuvo a una distancia

prudencial de su ropa como si temiera que esta fuera a manchársela.

Cass se quedó observándolo unos segundos. Luego, subió las escaleras de dos en dos y fue a su habitación, donde metió lo esencial en una bolsa. Oyó que Ellie comenzaba a llorar mientras una voz masculina trataba de tranquilizarla. Luego, la niña se calló. Cuando bajó las escaleras, Dray estaba haciendo muecas a la niña para entretenerla.

Parecía muy relajado y Cass se preguntó si le habría mentido respecto a sus habilidades con la pequeña.

—¿Lista?

—Sí.

Dray puso a la niña en la sillita y la llevó, además de la bolsa de viaje de Cass, al coche, un todoterreno.

—Ponte el cinturón —le dijo a Cass al sentarse al volante.

Pero Cass seguía teniendo dudas.

—¿De verdad no hay nadie que pueda cuidarla? ¿Alguna novia tuya?

—¿Mía? ¿Qué te hace pensar que yo tenga novia?

—Eres rico —replicó con descaro Cass—. Los hombres ricos siempre están rodeados de mujeres.

Dray hizo una mueca antes de responder.

—Pues yo debo de ser un caso extraño —aseguró—. Tengo un montón de dinero, pero ninguna novia. Quizá debería poner un anuncio en el periódico. Hombre feo, pero extremadamente rico, busca una cazafortunas para tener una aventura. ¿Qué te parece?

Cass no se molestó en contestar. Fue él quien continuó hablando.

—No, pensándolo mejor, ya he tenido bastante para cien años.

Lo dijo en un tono que sugería que se refería a la relación que ellos habían tenido.

Cass seguía pensando en una respuesta adecuada cuando él, de repente, se inclinó sobre ella. Ella parpadeó y se comportó torpemente mientras le colocaba el cinturón de seguridad.

Él esperó hasta que salieron a la carretera para seguir hablando.

—Si sospechas que esto es parte de un plan para seducirte, siento desilusionarte. No tengo intenciones de atacarle en cuanto Ellie se quede dormida. Lo de la noche pasada fue… una equivocación.

—Eso hace que me sienta mucho mejor —contestó Cass, dolida.

Los ojos de Dray se apartaron un segundo de la carretera, preguntándose cuál sería la razón del enfado de ella. ¿No acababa de prometerle comportarse como un caballero?

—Nada de lo que hago te parece bien, ¿verdad, Cass? ¿Por qué?

Cass hizo un gesto con la cabeza, negándose a contestar. ¿Qué podía decirle? Ni ella misma entendía sus sentimientos.

La conversación se interrumpió y ambos se concentraron en sus propios pensamientos.

Cass recordó el final de su relación. Habían quedado entre semana para ir a cenar fuera. Ella había salido del supermercado para irse a casa corriendo a darse una ducha y cambiarse. Se estaba arreglando el pelo cuando Pen apareció sin previo aviso.

Acababa de volver de su luna de miel y lo primero que había hecho, al llegar a Londres, había sido hacer le una visita a Cass para preguntarle por qué había estado viendo a su cuñado.

Cass se mostró tranquila, casi indiferente, ante la rabieta de Pen que, en seguida, cambió de táctica y aseguró que no quería verla sufrir. Dray Carlisle era encantador, pero no tenía ninguna intención de casarse. La familia siempre bromeaba acerca del hecho de que jamás hubiera tenido una relación larga. ¿Creía que ella iba a ser diferente?

Cass apenas la había escuchado porque estaba segura de que entre Dray y ella había una relación muy especial. Cuando llegó el taxi, agarró su abrigo y su bolso, y dejó a Pen hablando sola. Pen le había gritado algo, pero ella ya había salido.

Cuando Dray no llegó al restaurante a la hora, Cass imaginó que sencillamente iba a retrasarse. Esperó y esperó hasta que, después de más de una hora, aceptó que no iría.

Entonces fue cuando se preguntó si su hermana la habría querido advertir de algo. Había regresado a su casa, pensando continuamente en las palabras de Pen. Llegó a las diez y su hermana seguía allí.

—Dray no ha aparecido, ¿ha llamado?

—Lo siento, Cass, tenía que darte yo el recado, pero te fuiste. Dray me pidió que te dijera que no iba a ir.

—¡Oh! —exclamó aliviada—. ¿Está enfermo? Debería llamarlo.

—No, no va a estar. Se ha marchado.

—¿Marchado? ¿Dónde?

—A París.

—¿Por trabajo?

Pen dudó un momento, pero luego negó con la cabeza. Cass vio el gesto de compasión de su hermana.

—Está con otra, ¿verdad?

Pen hizo un movimiento afirmativo y Cass sintió que su mundo se derrumbaba. No preguntó los detalles a Pen, no podía oírlos. Cuando su hermana comentó que se quedaba, Cass se metió en la cama para ocultar sus sentimientos.

Fue la primera de muchas noches en las que lloró sola en su habitación. Tenía los ojos hinchados cuando al día siguiente fue a trabajar.

Pen pasó unos días con ella en Londres. Tom estaba fuera por motivos de trabajo y ella no quería quedarse sola en casa. A Cass no le apetecía mucho confiarse a su hermana porque no estaba segura de que esta mantuviera el secreto, pero seguramente Pen se daba cuenta de lo enfadada que estaba. Cuando se acercaba el fin de semana, un fin de semana que Cass pensaba pasar con Dray en North Dean, fue Pen la que sugirió ir a Yorkshire a visitar a su tía.

Cass recibió con agrado la idea para así cambiar de aires y descansar.

Cuando finalmente volvió a Londres, creyó que no iba a volver a saber nada de Dray, pero de repente, la llamó por teléfono. Fue dos semanas después de la ruptura y ella todavía estaba muy triste.

—Cass, tenemos que hablar —dijo sin la menor señal de remordimiento en su tono.

—No, no tenemos nada de lo que hablar —contestó.

Y colgó el teléfono.

En ese momento, se preguntó si él la acusaba de haber terminado todo por su negativa a hablar aquel día. Era una estupidez, por supuesto. Él había sido quien había terminado la relación, yéndose a París con otra mujer.

Si conseguía recordar aquello, el dolor y los celos sentidos, estaría a salvo. Porque era algo que no quería volver a experimentar.

Trató de olvidar el pasado y fijó la mirada en la ventanilla del coche. Ya era de noche y una fina lluvia caía sobre el cristal. No se dio cuenta de que habían llegado a North Dean hasta que él detuvo el coche.

Ella había imaginado que él la dejaría sola en cuanto dejara sus cosas dentro, pero no fue así. Dray cuidó de Ellie mientras ella preparaba el biberón en la cocina y, cuando le dio de comer, Dray

se quedó observándolas tranquilamente.

Cass fingió ignorar su presencia, incluso cuando trataba de adivinar sus pensamientos. ¿Se estaba preguntando cómo había sido capaz de tener una relación con alguien como ella? ¿O la miraba simplemente para aprender a cuidar de Ellie? Después de todo, en teoría ella había tenido un hijo que había muerto.

Deseaba no haberle dejado que pensara una cosa así, pero en ese momento le parecía muy tarde para negarlo.

—Voy arriba —declaró en un momento en que no pudo aguantar más aquellos ojos penetrantes.

—Buenas noches —se despidió él sin hacer ademán de seguirla.

Aquella noche fue una repetición de la anterior. Bañó a Ellie, la acostó y luego se fue a la cama.

Pero en esa ocasión, permaneció despierta, escuchando los sonidos de la noche y preguntándose si se oían pasos al otro lado de la puerta.

Al principio, Cass imaginó que temía la llegada de él, pero cuando fueron pasando las horas y se dio cuenta de que iba a pasar la noche sola, su miedo se convirtió en frustración.

Finalmente, dejó de mentirse a sí misma y se enfrentó a la verdad. Tres años antes había amado a Dray Carlisle. Lo había amado a pesar de todos los motivos que había para no hacerlo. Y después de tres años, nada había cambiado.

Estaba dispuesta a todo.

Capítulo 9

Pero él no. Y eso que tuvo todas las oportunidades para intentar algo, ya que su visita se prolongó, en primera instancia, a una semana y luego a dos mientras seguían buscando una niñera estable. Pero al parecer, él ya no tenía ningún interés en ella.

Debía de ser la ironía de la vida. Cuando ella finalmente había aceptado que sus sentimientos por aquel hombre eran los mismos que tres años antes, él de repente se mostraba insensible a ella.

Quizá debería estar agradecida. Otra aventura con él la habría destrozado.

Pero lo peor fue que él en ese tiempo había vuelto a ser el mismo Dray del que ella se había enamorado. El hombre inteligente, ingenioso y provocador. El hombre que la podía enojar y hacerla morirse de risa casi al mismo tiempo.

Por supuesto, ella sospechaba que había algo raro. ¿Por qué aquel cambio? Porque la necesitaba, imaginaba. Dray había contratado temporalmente a una nueva ama de llaves, Jill, pero esta solo podía cuidar a Ellie durante el día. Por las noches era Cass quien tenía que ocuparse de la niña. Afortunadamente, Ellie dormía bien. Si no, Cass no podría haber aguantado las largas jornadas de trabajo de su curso de prácticas.

Se podría haber ido, claro. Ya había pasado allí más días de los que había prometido. La rutina, sin embargo, le sentaba bien. Tardaba menos de una hora en ir al trabajo, no en el coche deportivo, sino en un utilitario que Dray había conseguido de no sabía dónde. Luego, se pasaba la mayor parte del día acompañando a una de las doctoras a punto de jubilarse. Una mujer encantadora que mantenía el entusiasmo por el trabajo a pesar de los años. Cass se dio cuenta de que había elegido bien su carrera y, a pesar de que trabajaba mucho, por las noches le quedaba suficiente energía para cuidar de su sobrina. Cenaba con Dray y hablaban de los acontecimientos del día como amigos. El único problema era que tenía que ocultar sus verdaderos sentimientos.

Mientras tanto, habían entrevistado a varias niñeras y ninguna resultó adecuada.

Hasta el momento, las habían desechado por ser demasiado habladoras, demasiado inmaduras, demasiado sosas o poco fiables.

Era evidente que Dray no se dejaba engañar fácilmente.

—No sirve —declaró una tarde en que Cass no trabajaba.

Acababan de entrevistar a una chica de unos veinticuatro años que parecía totalmente enamorada de Dray.

—¿Por qué exactamente? —quiso saber Cass, que se preguntaba si Dray habría notado la atracción de la chica o sería por alguna otra razón.

—Es demasiado…

—¿Demasiado qué?

—Frívola.

—¿Frívola?

¿Qué demonios buscaba Dray en una niñera? Acababa de rechazar a una mujer encantadora porque le había resultado demasiado seria.

—Creí que querías a alguien con una actitud menos seria ante la vida.

—Sí, claro, hay un término medio entre la frivolidad y la angustia —respondió, aunque ella no habría llamado frívola a la última candidata. Quizá fuera un poco efusiva, eso sí.

—Veamos, entonces, queremos a alguien joven, pero madura. Cariñosa, pero no sentimental. Responsable sin ser demasiado seria y preparada para asumir una serie indeterminada de trabajos como madre de Ellie. Que a la vez se muestre independiente y respete tu vida privada… ¿Me dejo algo?

Dray notó la ironía de Cass, pero como la relación entre ellos había mejorado, se echó a reír en vez de enfadarse por la crítica.

—Creo que es todo —confirmó Dray, esbozando una sonrisa—. ¿Crees que pido mucho?

—Un poco… especialmente cuando tú no ofreces un contrato fijo.

—No puedo hasta que Tom decida lo que quiere hacer.

—Es cierto.

Cass sabía que Tom había vuelto a trabajar, pero no había visitado todavía a la niña.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Ellie?

—El día después de que naciera.

—Le parecerá que ni siquiera es real.

—Posiblemente… pero se niega a venir aquí.

Cass frunció el ceño.

—Creí que ya habíais solucionado vuestras diferencias.

—No todas —Dray hizo una pausa—. Tom sigue pensando que tuve una aventura con su mujer.

Cass notó un nudo en el estómago. En los últimos días, había conseguido no pensar en ello.

—¿Y tú? —añadió Dray, mirándola fijamente—. ¿Qué piensas?

—No lo sé.

Cass ya no estaba segura. Quería pensar que nunca había sucedido nada entre Pen y él, pero el deseo no era suficiente para hacer que eso fuera verdad.

—O sea que crees que soy culpable hasta que no se demuestre mi inocencia. Pues no pienso demostrar nada.

¿Porque no podía o no quería?, se preguntó Cass, mirándolo a los ojos.

Él aceptó su mirada y fue Cass quien tuvo que apartar la suya, temerosa de revelar sus sentimientos por él.

Dray maldijo algo entre dientes y luego echó la si la hacia atrás. Cruzó la habitación y salió antes de que Cass se diera cuenta de sus intenciones.

—Hay otra chica a la que tenemos que entrevistar —gritó ella.

—Hazlo tú. Yo no soy de fiar.

—Yo no he dicho…

Pero él ya había cerrado la puerta. Cass se quedó a solas, tratando de averiguar la verdad a partir de la reacción de Dray. O era el mejor actor del mundo o jamás había tenido una aventura con su hermana. Seguramente, se negaba a decirlo claramente por orgullo.

Pero Cass había considerado la situación desde su propio punto de vista y pensaba que, dejando a un lado sus celos, esa última aventura de Dray sería una traición a Tom y no a ella. ¿Y qué posibilidad existía de que fuera cierto? La primera vez que ella había visto a Dray, este estaba muy preocupado por Tom y por el tipo de chica con el que iba a casarse. La segunda vez, había sido el día de la boda y, aunque él debía tener todavía sus reservas, se había mostrado alegre por su hermano. Le había pedido que fuera al funeral por Tom y también le había pedido que se quedara por él. Por último, se había llevado a Ellie hasta que Tom pudiera cuidarla.

Aparentemente, todo lo que hacía era para proteger a su hermano pequeño. ¿Cómo entonces iba a herirlo del modo más doloroso? ¿Era Pen tan irresistible?

El sentido común le decía que Dray Carlisle no tendría jamás

una aventura con la mujer de su hermano. Y si hubiera ocurrido, habría sido una relación profunda, intensa y duradera. Si hubiera ocurrido…

Esa pregunta se quedó rondando en su cabeza hasta que, algo más tarde, Dray llamó por teléfono.

—Dray, lo de antes… —comenzó a decir Cass.

Pero él la interrumpió en seguida de un modo brusco.

—Tom ha aceptado finalmente ver a Ellie. Os mando un coche en este momento. ¿Podéis tú o Jill llevarla a su despacho?

—Yo… claro, por supuesto.

—Bien, el coche llegará allí dentro de media hora —su tono fue frío y distante. Luego, colgó antes de que ella pudiera hablar de nuevo.

Cass se habría sentido muy triste si hubiera tenido tiempo. Pero no fue así, ya que tuvo que darse prisa y ayudar a Jill, la niñera de Ellie, a bañar y cambiar a la niña. Le pusieron su mejor vestido para el encuentro con su padre. A continuación, Cass fue a acompañar a la niña en el coche que Dray había enviado, ya que a Jill le habían prometido la tarde libre.

Cass nunca había estado en Carlisle Electronic Systems. Tuvieron que pasar por una entrada de seguridad y llegar hasta un moderno edificio de cristal oscuro. Más allá, estaba la fábrica, el edificio original de ladrillo, con zonas más nuevas de aluminio y acero.

Cass despertó suavemente a Ellie cuando llegaron al aparcamiento. Se había quedado adormilada y la pequeña siesta la había dejado de buen humor.

Con la niña en brazos, siguió al conductor hasta la recepción. Cass se daba cuenta de que todos la miraban con curiosidad. Poco después, llegaron a una zona privada en cuya entrada había dos mujeres.

Una de ellas habló por un interfono con Tom.

—Su visita ha llegado, señor Carlisle.

—Bien —se oyó responder a Tom—. Hazlas pasar, Joan. Luego, Carol y tú os podéis marchar.

Las dos parecieron sorprenderse, ya que eran solo las tres y media, pero ninguna dijo nada.

Joan salió de detrás de su mesa y, esbozando una sonrisa hacia Cass y la niña, las llevó al despacho de Dray.

Era muy amplio y, desde la ventana, había una vista panorámica de la ciudad.

Dray se levantó e hizo un gesto de sorpresa.

—Creí que vendría Jill.

—Le había prometido que podía irse a las cuatro. ¿Dónde está Tom?

—En su despacho —dijo, inclinándose y pulsando un botón—. ¿Tom?

—¿Sí?

—Ya tengo esas cifras.

—De acuerdo, voy en seguida.

—No sabe que la he traído, ¿verdad? —preguntó Cass horrorizada.

—Si lo supiera, en estos momentos estaría de camino al ascensor.

—¿Crees que está bien hacerlo así?

—Es un poco arriesgado, lo admito, pero creo que ciertas cosas hay que resolverlas de un modo u otro.

Lo dijo como si fuera un simple asunto laboral.

Cass imaginó el plan de Dray. Reunir al padre y a la niña… o quizá no. Pero en cualquier modo, la responsabilidad de la niña pasaría a ser de su padre.

La puerta se abrió antes de que a Cass le diera tiempo a preguntar a Dray si lo hacía solo por deshacerse de la niña.

Tom dio dos pasos y luego se quedó inmóvil al verla con la niña en brazos.

Su primera reacción fue la de querer salir corriendo. Pero el horror dio paso a la fascinación al ver a la preciosa niña de enormes ojos a la que había visto por última vez cuando era un pequeño bulto arrugado.

Pasaron unos segundos eternos y Tom, de nuevo, pareció dispuesto a desaparecer. Entonces, Cass reaccionó a tiempo.

Se acercó al hombre y le dio la niña. La sostuvo, sin embargo, hasta que se aseguró de que él la agarraba debidamente. Luego, retrocedió.

Por un momento, él pareció casi asustado de lo que tenía en las manos. Quizá era la primera vez que sostenía a un bebé. Pero la sorpresa primera se convirtió pronto en admiración.

Cuando finalmente esbozó una sonrisa y Ellie respondió con otra, Cass sintió un gran alivio.

—Es preciosa —comentó Tom, todavía admirado—. No lo sabía —añadió después de unos minutos.

Podía haber querido decir que no sabía que Ellie era preciosa, pero Cass pensó que se refería a algo mucho más profundo. Que no sabía que se iba a sentir así al verla. Era evidente que Tom se había enamorado de su hija.

—Pensé… estaba tan enfadado cuando me enteré de lo del otro hijo… Una mentira más a añadir a todas las que me había dicho. Parecía que todo era mentira. Pero Ellie no es mentira.

—No, no lo es —replicó Cass.

—Es preciosa —repitió Tom emocionado.

El hombre se volvió y fue hacia la puerta. Como tenía la niña en brazos, Cass hizo ademán de seguirlo, pero Dray la detuvo.

—Déjalo, necesita estar a solas con ella.

Cass se había dado cuenta de ello, pero le preocupaba Ellie.

—¿Y si se pone a llorar? ¿Estás seguro? —preguntó, volviéndose y mirándolo fijamente a los ojos.

—Entonces, hará lo que la mayoría de los hombres harían —aseguró secamente—, dártela. Mientras tanto, quizá podrías explicarme tú eso del otro hijo que ha dicho Tom. Presumo que hablaba de tu hermana.

La cuestión era si mentir o no. Había prometido no contar nada, pero Tom lo había dicho ya casi todo.

—Sí.

—¿Y?

—Pen tuvo un hijo, siendo muy joven.

—¿Lo dio en adopción?

—No, el niño murió.

—¿Lo mismo que el tuyo?

Cass asintió.

—¡Vaya coincidencia!

Cass intentó mantener la mirada, pero no pudo evitar una expresión de culpabilidad.

—¿Era niño o niña?

—Niño.

—¿Cuándo sería su cumpleaños?

—El veinticuatro de abril.

—¿Y el de tu hijo?

—Yo… —Cass trató de inventarse rápidamente una fecha.

—Déjame adivinar, el veinticuatro de abril.

—Sí —admitió finalmente.

—Entonces, solo queda una pregunta. ¿Era tuyo o de ella?

A Cass la parecía inútil seguir mintiendo. La reputación de Pen ya estaba manchada y a Tom no parecía importarle ya lo que Dray pudiera pensar.

—De ella.

Él asintió, como si la verdad no le sorprendiera.

—Bueno, es fácil imaginar por qué lo mantuvo en secreto.

—¿Qué otra opción le quedaba? —replicó ella—. Si tú y el resto de la familia os enterabais de que había tenido un hijo con dieciséis años, ¿qué habríais hecho?

—Pero, ¿por qué tuvo que decir que habías sido tú la que había pasado por esa experiencia?

—No fue exactamente así, ¿no? Tú fuiste quien sacó esa conclusión.

—Quizá —admitió—, pero en ese momento no era extraño que yo no pudiera razonar con claridad. Me acababas de dejar y le pediste a tu hermana que me lo explicara.

—¿Qué? Espera un minuto. Fuiste tú quien no acudió a aquella cita. Fuiste tú quien eligió irse a París.

—Hubo una crisis repentina en las Bolsas europeas. Tom y yo no tuvimos más remedio que ir. Imaginé que lo entenderías… en vez de utilizarlo como excusa para salir con otro.

Cass lo miró anonadada. ¿De qué demonios le estaba hablando? No había habido ningún otro. ¿Y Tom había ido con él? Pero si Pen había dicho que…

Que Tom estaba fuera por trabajo, sí, pero que Dray estaba con… no había dado detalles. Sencillamente, había dejado que Cass se lo imaginara todo por sí misma.

Hizo un gesto de impaciencia y, de repente, comenzó a recordar lo que pasó entonces.

Dray interpretó mal su gesto.

—No lo niegues. Te llamé aquella noche y también al día siguiente, pero no estabas. Pen trató de ocultarlo, pero todo acabó sabiéndose.

—Sí que estaba en casa —murmuró Cass en voz baja.

—Sí, ¿y todas las otras veces que llamé? ¿O el viernes cuando volví, y fui en persona a tu casa y te esperé hasta la una de la madrugada?

—Me había ido a Yorkshire —admitió con aire distraído.

Cass estaba esforzándose por aceptar que Pen lo había planeado todo para estropear su relación con Dray.

—Si eso es verdad, ¿por qué tu hermana me dijo todo aquello? ¿Por qué me hizo pensar que te habías ido fuera con un amante?

—No lo sé.

—¿Me estás diciendo que mintió?

Cass tampoco quería aceptarlo. Por supuesto, sabía que Pen mentía muchas veces, pero jamás habría imaginado que fuera capaz de algo así… contra ella.

—Las cosas que dijiste en el funeral… lo de mi promiscuidad… ¿te lo dijo Pen?

Dray vaciló unos segundos antes de contestar.

—Me hizo algunos comentarios cuando volvió de su luna de miel y descubrió que estábamos saliendo juntos. Yo no hice caso, pero cuando me fui a París y desapareciste, ella añadió detalles más específicos. Decía que quería salvarme de hacer el ridículo —concluyó con amargura.

Cass lo veía todo claro en esos momentos. Pen se había reído de ambos.

—¿Me estás diciendo que mintió?

—Sí —contestó finalmente—. Nos mintió a los dos.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —añadió él con escepticismo.

Cass tampoco lo sabía. ¿Por celos? ¿Le molestaba que Cass triunfara donde ella había fracasado? Le parecía una razón tan terrible, que buscó otra, aunque solo fuera para dársela a Dray.

—Quizá quería saber lo tolerante que eras con el pasado de tus amigas —sugirió—. Y tú, evidentemente, no superaste la prueba.

—¿Sí? Pues lo cierto es que te seguí llamando hasta el día en que me colgaste. Eso me hizo comprender que no querías volver a verme.

—¿Importa tanto quién hizo qué a quién? —dijo finalmente—. Tú nunca me habrías tomado en serio. Yo solo era la cajera de un supermercado.

—¡Si hubiera tenido un poco de sentido común, no habría salido contigo ni un solo día!

—¡Muy bien! Ahí te quería yo ver.

—¿Dónde exactamente? ¿Sentado fuera de tu casa como un adolescente loco de amor, esperando a que volvieras de la cama de otro?

Parecía que seguía creyendo las mentiras de Pen y Cass ya estaba cansada de tratar de convencerlo de lo contrario. Además, eso no cambiaría nada.

—Todo eso pertenece ya al pasado —concluyó.

Y se habría marchado si él no la hubiera agarrado del brazo.

—¿Sí?

Dray la obligó a darse la vuelta y la besó.

Al principio, aquello la sorprendió tanto, que no pudo reaccionar. Pero cuando el beso se fue haciendo más apasionado, exigiendo una respuesta, sintió una mezcla de pasión y rabia que la hizo gritar al tiempo que abría los labios para él. Entonces, de nuevo se abandonó a aquella sensación donde el tiempo y el espacio no tenían importancia y la única realidad eran sus cuerpos juntos y su corazón palpitante.

Cuando finalmente se separaron, Dray respiraba entrecortadamente y la miró a los ojos, buscando la verdad.

—Dime si esto pertenece al pasado, Cass.

La habría besado de nuevo y ella le habría dejado, si no hubiera sido porque la puerta se abrió sin avisar.

Era Tom con Ellie en brazos. Se quedó mirándolos a ambos.

Cass se retiró en seguida, aunque era evidente lo que estaba pasando entre ellos.

—Yo… lo siento —dijo Tom sorprendido.

Cass se recuperó antes que Dray.

—¿Quieres que la agarre yo, Tom?

Cass abrió los brazos y Tom se la dio, aliviado, aunque sin dejar de mirarla. Parecía que entre ellos había surgido un lazo que los unía.

—Necesito volver a North Dean Hall, ¿puedes llevarme? —le preguntó a Tom.

—Sí, claro —replicó en seguida, antes de dirigirse a su hermano —. ¿Me necesitas para algo?

—No —aseguró Dray, mirando a Cass acusadoramente por escapar de la situación.

A Cass no le importó.

Tenía muchas cosas en qué pensar. Necesitaba averiguar lo que quería ella. En cuanto a él, había dejado bastante claro lo que quería.

—¿Dray y tú estáis…? —comenzó Tom, ya de camino hacia la casa.

No dijo nada más y esperó a que ella terminara la frase con la palabra adecuada, pero Cass tampoco la tenía. No estaban enamorados y tampoco salían juntos, aunque se vieran porque era

inevitable.

—No —contestó finalmente.

—Cuando volví, creí que…

—Fue solo una breve vuelta al pasado, eso fue todo.

—Claro, me olvidaba que Dray y tú estuvisteis… la verdad es que nunca supe con exactitud lo que pasó. Dray no quería hablar del tema y Pen solo dijo que os habíais dado cuenta de que erais incompatibles.

Cass sintió una rabia renovada. Pen, con sus mentiras, había sido quien lo había arruinado todo.

—Tenía razón —dijo, sin embargo—. No teníamos… nada en común. ¿Qué planes tienes para Ellie? —añadió, cambiando de tema.

—No lo sé. Me gustaría llevármela pronto a casa, pero no sé si podré manejar la situación.

—¿Tienes ama de llaves?

—No. Pen siempre prefirió tener dos personas que fueran a limpiar cada día.

—No será fácil, pero si tienes dos personas que se encargan de la casa y contratas a una niñera, podrás resolver la situación.

—Sí, claro… tengo que pensarlo.

Parecía estar un poco nervioso y Cass no quiso presionarlo. De momento, ya era suficiente con el interés que estaba mostrando por Ellie.

Cuando llegaron a North Dean, le pidió que entrara para que se encargara de la niña mientras ella le preparaba el biberón. El hombre pareció totalmente perdido cuando ella sugirió que se lo diera. Mientras tanto, ella se tomó una taza de café, observando cómo padre e hija empezaban a conocerse.

Dray apareció poco después y, aunque Cass pensó que le gustaría la escena, no lo demostró. Rechazó la taza de café que ella le ofreció y salió de la cocina sin decir nada.

—Si está molesto, es conmigo —dijo Tom, tratando de tranquilizarla—. Creí durante un tiempo que Pen y él habían… tenido una aventura.

Hizo una pausa.

—Es ridículo, lo sé. Ni siquiera estoy seguro de que ella le gustara como persona —continuó Tom—. Se me ocurrió porque pensaba que Ellie no podía ser hija mía.

La niña se había quedado dormida como un angelito. Se parecía

mucho a los hermanos.

—Lo pensé porque la niña debía nacer a mitad de verano, así que, cuando nació en mayo, comencé a pensar que había mentido sobre las fechas y no entendía por qué había mantenido en secreto los dos primeros meses de embarazo.

—Yo te puedo ayudar con eso. Pen vino a verme para preguntarme por los riesgos que correría si volvía a quedarse embarazada. Yo, sin saber que ya lo estaba, traté de convencerla para que no lo intentara. Debió de querer asegurarse de todo antes de decírtelo a ti.

Tom asintió.

—Ahora me parece posible, pero en aquel momento, dudaba de todo. Cuando el doctor me dijo que no era su primer embarazo, me puse paranoico… ¿Por qué me lo ocultó?

—Pensó que la rechazarías.

—Sí, pero al descubrirlo, comencé a pensar en las fechas y recordé que yo había pasado una semana en América en la época en que ella debió quedarse embarazada. Con lo cual, llegué a la conclusión de que Ellie no podía ser mía.

—Considerando la situación, no creo que nadie pueda culparte.

—Aparte de Dray, querrás decir. Cuando me trajo la prueba de ADN que confirmaba que era una Carlisle, como yo seguía estando seguro de que no era mía, lo acusé de ser él el padre. Dray no lo negó, pero sé que él es así. Nunca defiende lo indefendible ni se disculpa por los errores de otra persona.

—¿Quieres decir que reaccionaría igual siendo culpable o inocente?

—Creo que sí. Lo único que me dijo fue: levántate, vístete y hazte las pruebas. Desde entonces, apenas hemos hablado. Lo he estado evitando, pero solo por que me sentía estúpido por las acusaciones que le hice. Sé que, aunque le gustara mucho Pen, es demasiado decente para hacer algo así.

Cass no estaba tan segura.

—Quizá debería ir a hablar con él ahora —comentó él—. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Me doy cuenta de que no te puedes quedar aquí para siempre, cuidando de Ellie.

—No, me iré en cuanto encontremos a una niñera adecuada. De hecho, he hablado hoy con una que podría servir… Quizá quieras conocerla.

—Cla… claro, me imagino que debería. ¿Puedes prepararlo todo?

Cass asintió, aunque decidió no presionarlo más por el momento.

Poco después, Tom le hizo un gesto de despedida con la mano y ella se fue arriba a bañar a Ellie para acostarla. Desde su habitación, vio que Dray y Tom estaban hablando en el patio.

No podía oír lo que decían, pero sí vio que se despedían con un abrazo y que Tom sonreía ampliamente.

Hacia las ocho, cuando por fin durmió a Ellie, bajó de nuevo a la cocina. No tenía muchas ganas de encontrarse con Dray, pero tenía hambre.

La mujer que estaba allí temporalmente como ama de casa les había preparado la cena. Se la comieron en silencio, uno enfrente del otro. Cass estaba muy nerviosa, así que le resultaba más fácil beber que comer. En seguida se terminó su primera copa de vino.

—¿Quieres otra? —preguntó Dray.

—¿Por qué no?

—Eso, ¿por qué no? Emborrachémonos y echemos culpa al vino —añadió él, llenándose también su copa.

Cass podría haber ignorado el comentario, pero no lo hizo.

—¿De qué le vamos a echar la culpa?

—De lo que va a ocurrir.

—¿Y qué va a ocurrir?

—Bueno, primero nos pelearemos un poco porque es lo que siempre hacemos y lo hacemos muy bien. Luego, vamos a hacer el amor porque los dos lo queremos y lo hacemos todavía mejor… ¿O no te acuerdas?

Cass lo recordaba, por supuesto. ¿Cómo podía olvidarlo? Además, él la estaba mirando como si ya estuviera desnuda.

Cass estaba sorprendida por la franqueza de él, aunque tampoco demasiado. El sexo había sido lo que los había unido desde el principio. Hablar de amor había sido solo un intento de adornarlo.

—¿No dices nada? ¿Quiere eso decir que podemos saltarnos la fase de la pelea e ir directamente a lo principal?

—No, en realidad significa que, como me siento muy halagada por esa romántica proposición, creo que también pasaré por alto esa fase y me iré directamente a la cama. ¡Sola!

Al terminar de decirlo, se levantó y fue hacia la puerta. Oyó que la silla de él se movía.

—¡Espera! —le ordenó Dray.

Pero ella siguió hacia el vestíbulo y comenzó a subir las escaleras. Para cuando llegó al descansillo, se dio cuenta de que él la seguía y de que ya era demasiado tarde. Corrió el último tramo que le quedaba hasta las escaleras del último piso, pero él la atrapó y la hizo girarse.

—¡Suéltame! —protestó ella, más enfadada que asustada.

—Lo haré en seguida, no hay necesidad de que te asustes. No te voy a hacer nada que tú no quieras.

—Tengo que ir a ver a Ellie —insistió ella.

Dray miró el cinturón que ella llevaba atado a la cintura, donde estaba sujeto el interfono infantil. La luz encendida era la verde y eso indicaba que no había ningún problema.

—Invéntate otra excusa.

—De acuerdo. Tengo que marcharme a la cama antes de que hagamos algo que los dos lamentemos después.

—Yo no lo lamentaré.

—Te lo digo en serio. ¡Te daré una bofetada!

—Lo sé.

—¿Y no te molesta?

—La última vez que lo hiciste terminamos haciendo el amor.

—Eso no va a volver a suceder —insistió ella, tratando de soltarse—, así que, si eso es todo lo que quieres de mí…

—No, eso no es todo. Si lo fuera, ¿no crees que me buscaría a otra? Supongo que sabrás que no eres la mujer más fácil del mundo.

—¿De verdad? Tenía la impresión de que pensabas justo lo contrario.

—Me refería al carácter, pero si quieres hablar de lo otro…

—No especialmente.

—Pero yo sí. Tengo que confesar que quizá fui un estúpido por creer a tu hermana. Pero yo te quería, a pesar de todo. Te deseaba, aunque te acostaras con todos los hombres con los que te encontrabas, y te seguí deseando mucho después de que tú me abandonaras —admitió con una voz llena de deseo. Cass se quedó en silencio.

—Y todavía te deseo, Cass —admitió, acariciándole la mejilla.

—¡No hagas eso! —protestó ella, apartándose.

—¿Por qué no?

—¿Por qué me deseas? ¿Soy un trabajo que has dejado sin terminar? ¿Es eso lo único que soy para ti?

—No, y si me dejas, te lo demostraré.

—No te gusta que te abandonen, ¿verdad? Pues, si es así, yo no fui quién te dejó. Fue Pen quien acabó con nuestra relación.

—No te entiendo.

—Cuando quedamos en vernos en el restaurante, yo fui como estaba planeado. Pero cuando volví a casa, Pen me dijo que te habías ido a París. Y al mismo tiempo, me insinuó que no habías ido solo… y no me refiero a Tom.

—¿Esperas que me lo crea?

—No me importa, pero es la verdad.

—Aquella noche, te llamé a casa y no estabas.

—Sí que estaba, me acosté muy pronto.

—Me contestó tu hermana y me aseguró que te diría que había llamado. Al día siguiente, volví a telefonear y, entonces, fue cuando me dijo que habías conocido a otro. Yo pensé que no era cierto. Estaba tan seguro, que fui a tu casa directamente desde el aeropuerto y me quedé sentado fuera, esperando. Pero tú no apareciste.

—Me había ido a ver a unos parientes que tengo en Leeds para no quedarme en casa todo el día, llorando y quejándome. Así que, ya ves, los dos estábamos igual, creyendo que era el otro el que nos había dejado.

—¿Y por qué me lo dices precisamente ahora? —preguntó él tras un silencio.

—Porque por eso sigues deseándome, ¿no es así? Soy la única chica que se atrevió a terminar contigo antes de que lo hicieras tú. Pero no fue así. Yo también me sentí abandonada, igual que tú.

Dray soltó una carcajada amarga.

—¿No me crees? —Dijo sin ocultar su resentimiento—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—El que creas que solo te deseo por venganza. La verdad es que no tiene ninguna gracia. Es bastante triste que tengas tan baja opinión de ti misma.

—Espera un momento. Si ese comentario se puede aplicar a alguien, no es a mí.

—¿Ah, no? ¿No se te ha ocurrido pensar que te deseo porque eres la mujer más inteligente, fuerte y leal que he conocido jamás?

—Yo… yo….

—¿O porque cada vez que sonríes, algo bastante raro, descubro lo guapa que eres? —Continuó, mirándola fijamente a los ojos—.

¿O quizá porque he pasado noche tras noche imaginándote desnuda, tocándote los pechos o acariciándote el vientre y escuchando tus gemidos? —su voz se volvió un susurro mientras enterraba el rostro en el pelo de ella.

La ternura del gesto emocionó a Cass, que cerró los ojos y sintió los labios de él contra su sien. Finalmente, ella se dejó llevar por sus sentimientos y buscó ciegamente la boca de él.

Fue un beso que deseaba y temía a la vez. El deseo corrió tan deprisa como la sangre en sus venas, embriagándola y penetrando en su corazón.

Dray la tomó en brazos y la llevó hacia la habitación más cercana, la suya. Pero para entonces, Cass ya no sabía dónde estaba.

Capítulo 10

La dejó sobre la alfombra cercana a la cama y la besó mientras le desabrochaba la falda, que cayó al suelo sin hacer ruido. Luego, se apretó a su cuerpo y ella tembló al sentir su miembro erecto.

Dray comenzó a acariciarle los muslos al tiempo que silenciaba sus protestas con besos. Luego, buscó la piel delicada que había entre ellos.

Finalmente, él se apartó. Cass fue incapaz de decir nada. Cuando se arrodilló para quitarle los zapatos y las medias, ella se quedó completamente paralizada.

La dejó solamente con las braguitas y apretó la cara contra la fina tela. La besó hasta que el deseo se enroscó y desenroscó como una serpiente cuya intensidad la hizo encogerse. Cass agarró el cabello de Dray, pero no para apartarlo.

Él, entonces, comenzó a incorporarse despacio al tiempo que subía las manos y besaba su piel desnuda. Levantó poco a poco el jersey de ella hasta que, sin resistencia, se lo quitó por la cabeza.

El aire frío de la noche tocó la piel caliente de Cass, pero no le importó. Se sentía como una muñeca sin voluntad propia, deseando solo que jugaran con ella. Fue totalmente complaciente cuando él la tomó en sus brazos y una vez más buscó su boca.

Pero en esa ocasión, el beso fue un gesto de posesión primitivo e íntimo, una invasión que se vio confirmada en la lengua que entró imitando el acto del amor. Cass se sorprendió por su pasividad. Soltó un gemido y trató de aferrarse al cuerpo de él. Dray la llevó hacia la cama y separó sus piernas con uno de sus poderosos muslos. Luego, la levantó hasta ponerla a su nivel y comenzó a rozarse hasta que ella gritó de placer y sus braguitas se humedecieron.

De repente, se separó. Ella temió por un momento que él hubiera recuperado la razón. Pero en seguida se fijó en que solo se estaba desabrochando la camisa.

A continuación, Dray tomó una de sus manos y se la llevó al cuerpo para que Cass lo acariciara. De sus músculos tensos emanaba un intenso calor y tenía el torso húmedo.

Dray se llevó la mano al cinturón. Pero quería que fuera ella quien lo desnudara. Cass lo entendió. Él no iba a intentar seducirla.

Ella tenía que demostrar claramente si quería o no que sucediera aquello.

Y Cass solo pudo hacer una cosa. Era como si sintiera un apetito desconocido. Un apetito que no sabía que existiera y que en ese momento podía matarla de no ser satisfecho.

Le desabrochó el cinturón con manos temblorosas y trató de hacer lo propio con el primer botón. Pero o era difícil de abrir o ella estaba demasiado nerviosa. Habían pasado tres años desde la última vez que había hecho el amor con aquel hombre.

—Está bien, yo lo haré —se ofreció él con una sonrisa.

Cass se recostó en la cama y esperó a que él terminara de desnudarse. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y pudo ver la forma de su cuerpo. Si tenía pensado parar, tenía que ser ya.

Pero no dijo nada. Era inútil utilizar palabras cuando sus cuerpos podían decirlo todo. Desde el comienzo había sido así, desde el día de la boda de su hermana cuando, siendo apenas unos desconocidos, habían hecho el amor.

Cuando Dray terminó de desnudarse, se tumbó a su lado y la atrajo hacia así. Ella notó su miembro erecto contra las piernas y sintió la boca seca.

Dray le quitó el sujetador y ella contuvo el aliento cuando le rozó uno de los pezones con el dorso de la mano. Cuando se lo metió en la boca, no pudo evitar un grito.

Seguidamente, volvió a acariciar sus pezones con las manos y la boca hasta que ella comenzó a retorcerse de placer. Entonces, él bajó hasta su vientre y metió las manos bajo las braguitas hasta encontrar su zona más secreta. Separó los pliegues húmedos de la delicada piel y la tocó sabiamente mientras ella temblaba de placer. Finalmente, Cass, en un impulso, levantó las piernas para protegerse de la intromisión.

—Tranquila, no te preocupes. No te haré daño.

Dray le susurró palabras dulces mientras sus dedos la acariciaban profunda y lentamente. Ella quería gritar. ¿No iba a hacerle daño? ¿Cómo podía decir eso? Quizá físicamente no se lo hiciera, pero no estaba tan segura de que su corazón estuviera a salvo.

Sin embargo, no le dijo que se detuviera. No pudo hacerlo.

Se quedó allí, permitiendo que él la tocara como nunca otro hombre lo había hecho. Gimió por aquel placer tanto tiempo olvidado, animándolo a que continuara hasta que las caricias fueron

tan intensas, que casi no podía soportarlas.

Dray se detuvo cuando ella estaba al límite, le puso ambas manos sobre la cabeza y se inclinó una vez más sobre sus pechos.

Cass levantó las caderas hacia él y, finalmente, sin avisar, él se hundió por completo en ella. El primer grito de Cass fue una mezcla de placer y dolor, pero en seguida se recuperó y notó lo poderosamente que él la llenaba. Sintió cómo su movimiento, fuerte y duro, llegaba a todo su ser. Hacer el amor con aquel hombre era maravilloso. Una dulce agonía le hizo enrollar sus piernas al rededor de él y dejarlo que la llevara hasta el éxtasis.

No hablaron, permanecieron tumbados, conteniendo el aliento y sin decir nada. Finalmente, se volvieron el uno hacia el otro para hacer de nuevo el amor. Despacio al principio, más deprisa después y, finalmente, de un modo casi desesperado, como si fuera la última vez.

Fue Cass quien se despertó la primera al amanecer. Miró al hombre que había a su lado y se tocó el corazón instintivamente. Lo que había sucedido el día anterior no había curado sus heridas, las había agravado.

Dray abrió los ojos y esbozó una sonrisa lánguida, pensando, evidentemente, en la noche pasada. Cuando fue a abrazarla, ella se incorporó, apartándose de él.

—¿Qué pasa? No me digas que te arrepientes.

—Es mejor que vaya a ver a Ellie —se disculpó.

—La niña está bien —aseguró Dray, mirando al interfono y dándose cuenta de que solo era una excusa.

—Mira, no quiero discutir…

—Estupendo, porque se me ocurren cosas mejores que hacer.

También a Cass se le ocurrían y ese era el problema. Con lo de la noche pasada corría el riesgo de ser esclava de nuevo. Recordó el dolor que había sufrido tres años antes y pensó que tenía que protegerse.

—No puedo, Dray —dijo, levantándose y agarrando una sábana para envolverse en ella.

—¿Qué no puedes?

—Implicarme contigo.

—¿Implicarte?

—Sí, emocionalmente.

Por un momento, Dray pareció sorprendido, pero en seguida, la sorpresa se convirtió en rabia.

—¿Y qué ha sido lo de esta noche? ¿De nuevo solo sexo?

—Yo… yo… me imagino que sí.

—Entonces, vete… vete al diablo.

Ella notó su dolor, que era igual que el suyo propio. Pero el suyo era a causa del amor mientras que el de Dray…

Levantó los ojos hacia él, pero ya se había dado la vuelta y se disponía a levantarse. No se molestó en ponerse nada encima. Simplemente, fue hacia el cuarto de baño y cerró la puerta con pestillo antes de que a Cass le diera tiempo de decir nada.

Todo estaba terminado, pensó ella, sintiendo un gran remordimiento. Si no hubiera dicho nada, podrían haber pasado juntos algunas semanas o meses. Incluso un año. Y eso habría sido mejor que nada, ¿no?

Entonces, oyó correr el agua de la ducha. Dray se estaba lavando para quitarse el olor del acto amoroso. La había olvidado fácilmente años antes y la olvidaría igual de fácilmente en el futuro. ¿No era eso una pista?

Sintió los ojos llenos de lágrimas y, en ese momento, oyó que la ducha se paraba. Se envolvió en una sábana y salió para darse una ducha en la habitación que solía usar y que estaba al lado del dormitorio de la niña. A continuación, se dispuso a recoger sus cosas. Tuvo que sentarse antes un rato al lado de la ventana porque las lágrimas no la dejaban ver.

Oyó que la puerta se abría y cerraba, pero no se volvió, sino que apretó el rostro contra la ventana para esconder su llanto.

—Has estado llorando —dijo él sorprendido—. No te entiendo.

—Me has gritado —replicó ella.

—Me has rechazado.

—No ha sido así —insistió Cass.

—¿No? Yo así lo he sentido.

—Te expliqué lo que pasó en el pasado.

—Yo te estaba hablando de anoche. ¿Cuándo planeas hablar de eso, dentro de tres años si volvemos a coincidir?

—No era solo sexo, fue…

Pero Cass no podía decir la palabra «amor». Estaba segura de que él se echaría a reír.

—Sí que siento algo por ti —admitió—, y me gustaría que siguiéramos juntos durante un tiempo.

—¿Un tiempo?

—No… no lo sé. Un mes o dos. Quizá más.

—Sé más específica —ordenó él con la misma frialdad.

—Cómo?

—Dime una fecha.

—¿Una fecha?

—Sí, de cuándo piensas marcharte.

Cass lo miró atónita. ¿Estaba bromeando?

—Necesito saberlo —añadió muy serio.

—¿Por qué? Seguro que me dejas tú antes.

—No te dejaré.

—¿Por qué? ¿Por Ellie?

—¿Qué tiene que ver Ellie con todo esto?

—No voy a dejarte antes de que soluciones todo, si es eso lo que te preocupa —prometió ella.

—Ellie no tiene nada que ver. Tom se la llevará tan pronto como encuentre una niñera adecuada —hizo una pausa y la miró a los ojos—. ¿De verdad crees que es por eso por lo que quiero que te quedes? Puedo pagar a una profesional —añadió con exasperación.

Cass sabía que era cierto y se sintió como una estúpida.

Dray la tomó de la mano.

—Quiero que te quedes por mí.

—Entonces, me quedaré —aseguró ella. Dray esbozó una breve sonrisa.

—Insisto en que quiero saber por cuánto tiempo.

—Pero, Dray, podría inventarme cualquier fecha y eso no querría decir nada. Esto no es un trabajo ni podemos firmar un contrato.

—Podemos hacerlo. Podemos firmar un contrato.

—¿Un contrato? ¿Qué tipo de contrato?

—El que hacen dos personas que se comprometen a estar juntas.

—¿Estás hablando de…?

—Matrimonio.

—¡Eso es una locura! Vamos, Dray… casamos tú y yo…

—¿Crees que somos tan incompatibles?

—Pues claro. Tú eres rico y yo pobre. Tú… Somos muy diferentes.

—¿Solo porque yo soy rico y tú pobre? ¿Y qué pasa? Cásate conmigo y también serás rica.

—¿Crees que voy detrás de tu dinero?

—Claro que no —contestó Dray, dando un suspiro—. Quería decir solo que tú no saldrías perdiendo.

—¿Y tú qué conseguirás con nuestra unión?

Dray se quedó pensativo unos segundos.

—Buena compañía, relaciones sexuales estupendas y un par de hijos si todo sale bien.

Cass se preguntaba si le estaría tomando el pelo, pero Dray parecía hablar en serio. Ella le había preguntado algo y él lo había contestado.

—¿Quieres tener hijos?

—Es una posibilidad.

—¿Conmigo?

—Es la idea. Cuando estés preparada, claro. Me doy cuenta de que ahora necesitas concentrarte en tu trabajo. Bueno, ¿qué me respondes?

—No sé… ¿no es un poco precipitado? Hemos pasado solo una noche juntos.

—Creo que puedo confiar en mi juicio sin necesidad de una relación más larga. Yo tengo treinta y seis años, una buena posición económica y he mantenido relaciones con una extensa variedad de mujeres, tu hermana excluida.

Cass se ruborizó por el comentario final, aceptando lo estúpida que había sido.

—Me parece que me crees, eso espero. Por muy atractiva que me hubiera resultado, jamás habría hecho nada con la esposa de mi hermano.

Cass asintió y admitió para sí que los celos la habían confundido. Pensó en Pen y en las mentiras que había dicho para separarla de Dray. Quizá Pen también se hubiera arrepentido y por eso en la carta le pedía perdón por el asunto de Dray. Pero Cass necesitaba más tiempo para perdonarla.

—Pues tú a Pen sí le gustabas.

Dray se encogió de hombros.

—No tanto como nuestro primo.

—¿Tu primo? ¿Simon?

—Exacto. Sospechaba de él y, finalmente, me lo ha confirmado. Ahora se siente fatal, pero en aquel momento estaba muy enamorado de tu hermana. Imagino que fue un escape después de tantos años con Camilla.

—Me sorprende muchísimo. Nunca pensaría que Simon pudiera gustar a Pen.

—Quizá ella solo quería llamar la atención.

Ese comentario demostraba que Dray la había conocido bien. Cass no pudo evitar cerrar los ojos debido a al vergüenza que la invadió.

—Siento mucho las cosas que Pen hizo a tu familia. Debí intentar que no se casara. Yo sabía que era demasiado joven para ello.

—¿Y tú? ¿Eres demasiado joven?

—Yo nunca fui joven. Eso es lo que solía decir Pen —contestó sin pensar—. Soy demasiado anticuada para los tiempos que corren.

—Dejarás de serlo si te casas conmigo.

—¿Es esa una razón suficiente? —preguntó, pensando en que nada podría compensar la falta de lo más esencial.

—Quizá no, pero créeme, si das tiempo al tiempo, puede que te acabes enamorando de mí.

La palabra «amor» resultaba extraña en los labios de Dray y ese amor, si alguna vez había sido real, había muerto hacía tiempo. ¿Sería capaz de esperar toda una vida a que ese amor volviera a crecer?

No, no iba a hacerse ilusiones ni a creer falsas promesas.

—No es tan fácil enamorarse. No creo que te despiertes un día y descubras de repente que estás enamorado de mí. No creo que suceda de esa manera.

—Yo ya me despierto cada mañana enamorado de ti.

—¿Estás enamorado de mí? —preguntó sorprendida.

—¿No es evidente?

—Yo… pero por el modo en que te has comportado últimamente…

—Me resultó difícil verte otra vez y descubrir que mis sentimientos seguían siendo iguales. Además, me alarmé por lo fácilmente que perdía el control —admitió—. Pensé que me había vuelto inmune a ti, pero estaba equivocado. Así que decidí mantenerme lo más lejos posible de ti para protegerme. Pero cuando apareció la carta de tu hermana, quise probarme de nuevo.

—Fuiste muy grosero.

—Estaba muy celoso de ese médico —replicó.

—No tenías por qué. Ni de él ni de nadie. Desde que estuve contigo, solo he tenido una aventura y la tomé como una terapia. Quería olvidarte.

—¿Y lo conseguiste?

Ella lo miró fijamente, sin ocultar nada. Dray vio el amor que

había reflejado en su rostro y sus ojos.

—¿Lo olvidaste? —repitió, sin embargo.

—Creí que sí, pero después de un tiempo, me di cuenta de que no y de que iba a ser una enfermedad incurable. Porque te amo, Dray Carlisle. Te amé hace tres años, te amo ahora y te amaré siempre.

Él la tomó entonces en sus brazos y comenzó a besarla.

—Será mejor que me ames siempre, porque yo no voy a apartarme de tu lado nunca más.

—Te amaré —prometió ella.

—Entonces, ¿por la iglesia o por el registro civil?

—¿Qué? ¿No vamos a vivir un tiempo juntos de prueba?

—¿Para qué?

Era una buena pregunta.

Dray le estaba pidiendo que confiara en él, que aceptara la fuerza de su amor y confiara en el amor de ella misma. Era como la gente solía hacer. Se conocían, se enamoraban y se casaban, sabiendo que habría épocas buenas y malas, pero aceptando que iban a estar siempre juntos.

—De acuerdo, casémonos —concluyó Cass.

Lo hicieron un mes después en una iglesia modesta y, en cierto sentido, no fue el día más feliz de la vida de Cass, porque en algunos momentos se acordó de aquella otra boda. A pesar de todo, lamentaba mucho la pérdida de su hermana pequeña.

Pero siempre se acordaría de un momento. Fue el instante después de que hicieran los votos y él le pusiera el anillo en el dedo. Se miraron a los ojos y ambos descubrieron en los del otro una promesa que nadie más pudo ver. La promesa de que su amor duraría siempre.

Fin